

Tray Mocha

REVISTA

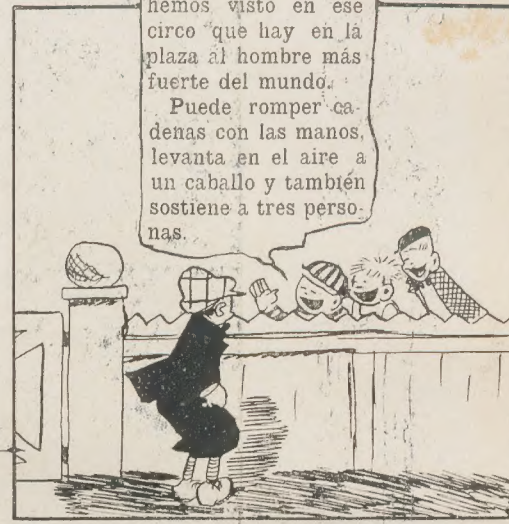
SEMANAL



"PATIO FLORIDO"

Por Luis Borrero

N.º 848





FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912

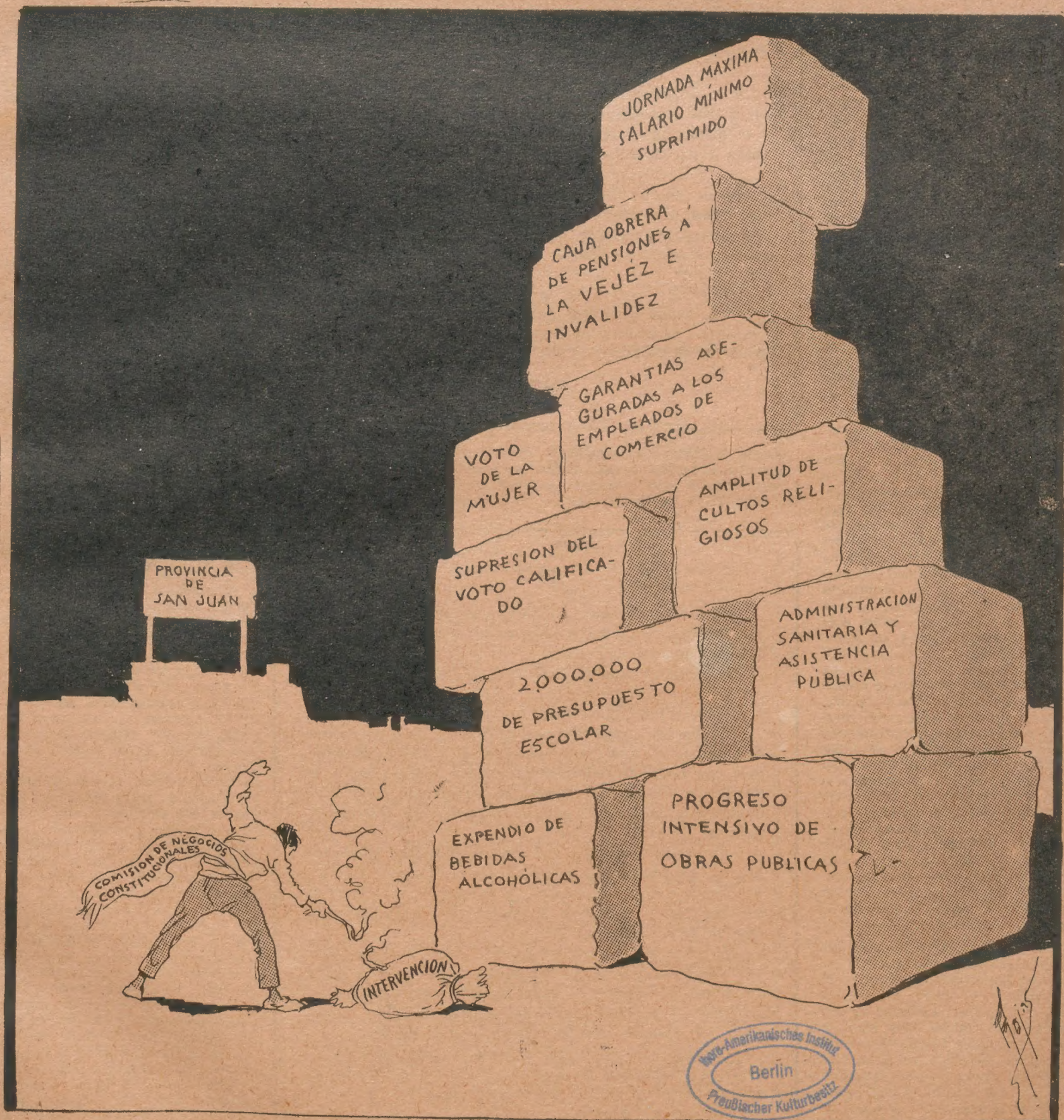
Dirección, Redacción y Administración: CERRITO 607

Año XVII

Buenos Aires, julio 24 de 1928

N.º 848

La bomba, por Rojas



Firme en su resolución
se dispone, con gran celo,
a provocar la ignición;
pero, ¿no hará la explosión
que todo se venga al suelo?

Era Robustiano Jiménez un hombre en extremo vulgar; más que vulgar, ordinario. Su ancha faz, húmeda constantemente por el copioso sudor que le manaba de todos los poros; su abdomen fenomenal que, cual fuelle de fragua, se inflaba, y desinflaba, alternativamente, produciendo el ruido de un escape de vapor; sus manazas honrosamente encallecidas en las más rudas faenas agrícolas, y en general, todo su físico denotaba en él al trabajador campesino ayuno de ilustración y buenas formas.

Genoveva, la esposa de Robustiano, era el reverso de la medalla. Hermosa, espiritual y sumamente aristocrática en tendencias y costumbres, representaba la antítesis más perfecta del carácter y la figura de su marido. Cuando Robustiano, en su casa de San Luis Potosí, presentó a su esposa con Gonzalo Galán, éste se quedó alelado. Jamás hubiera Gonzalo creído que Robustiano pudiera casarse no siendo con una mujer tan corriente como él, o poco menos, en todo caso; pero considerar que un hombre tan burdo se hubiera unido a una mujer fina, bella y elegante, como la que estaba en su presencia, le parecía monstruosidad incomprensible. Pensó entonces que aquella pobre joven carecía de inteligencia, y al casarse con Robustiano, sólo había buscado el bienestar físico, única aspiración de los que padecen pobreza intelectual. Porque ya es tiempo de que se diga que Robustiano era rico. Su padre, mayordomo de una gran estancia había labrado a fuerza de trabajo, un regular capital que Robustiano, mediante economías y laboriosidad, había triplicado. El y Gonzalo se habían conocido en México, en ocasión de que el padre del primero se propuso dedicarlo a las letras; pero como había pasado la época de que éstas con sangre entraban, a Robustiano se le quedaron fuera, y no le hubieran entrado aunque lo desollaran, porque ya su naturaleza era "per se" refractaria a toda ciencia. En el colegio, había sido el hazmerreír de todos los alumnos, con excepción de Gonzalo, que se dolía de la rudeza del chico y en no pocas ocasiones le ayudó a componer sus temas, únicos que jamás fueron aprobados. Robustiano guardaba por ello inmensa gratitud a su amigo, y por eso fué que, al encontrarlo en San Luis, lo llevó a su casa, le presentó a su esposa y le hizo vivas instancias para que se hospedara con ellos. Gonzalo aceptó sólo en parte las finezas de su antiguo condiscípulo, pues si bien se comprometió a comer y cenar todos los días con el matrimonio, durante los que permaneciera en San Luis, se reservó la libertad de dormir en el hotel.

Desde las primeras palabras que se cruzaron entre Gonzalo y la esposa de Robustiano, comenzó aquél a rectificar el juicio que en un principio habíase formado de sus facultades mentales. Muy lejos de ser tonta, poseía Genoveva una inteligencia despejada, y era su conversación de la persona instruida que no hace mérito de serlo. Esto aumentó la perplejidad que a Gonzalo le había causado el matrimonio de su amigo con la joven, cuando aquél hizo la presentación entre ambos, pues no podía explicarse como Genoveva se había resuelto a unirse con un individuo de

INUTIL TRAICION

Por Manrique de Lara

quien era visible que le mortificaban en alto grado los modales inciviles y la pobreza de su discurso. gada, asistía a la ordeña de las vacas y no se desdeñaba de extraer por sus propias manos el lácteo

EL AMOR DE LOS ANDES

Mi amor no es como el niño de la visión Pagana. Conquistador o Inca, yo siento aquel afán que pone bajo el pecho la tierra americana con ímpetus de río y espasmos de volcán.

Si os ablandáis al ruego culminaré la vida me sentiré más digno de mi épico blasón, y os quedaréis, señora, mirando sorprendida como le nacen alas de cóndor al león.

Sabed, señora mía, que soy uno de aquellos que tienen algo en su alma de un alma tropical. Los déspotas me asombran: pero yo soy como ellos; ¡Después que ellos libaban rompían el cristal!

Sabed que sois el culto de mi pasión avara por vos hiciera esfuerzos que nadie imaginó. Después... os mataría para que nadie osara poner su pensamiento donde lo puse yo.

José Santos CHOCANO.

Poseía Robustiano un gran estable en los suburbios de San Luis y una estancia muy inmediata a la ciudad. Todos los días, de madru-

jugo de las ubres más opimas. Después, se iba a la estancia y de allá volvía a la hora de la comida o muchas veces hasta por la noche. Ge-

SI

Si toda la fortuna la jugaste a un golpe de los dados y la perdiste, y tu pecho no tembló, sino que pensaste: amasaré otro caudal.

Si todo tu afán lo pusiste en la bella mujer que te amaba y un día te traicionó, y entonces todo desgarrado y confuso dijiste: ahora quedo solo y seré libre.

Si lograste asegurar fama de probo y de bueno y por doquiera te acogían con sonrisas, pero un día la calumnia hizo que todos te volvieran la espalda escarneciendo tu nombre, y pensaste: la verdad no la afectan los juicios humanos, y seguiste tu camino impasible, sin querer defenderte.

Si habías conquistado el aplauso y dejaste huella luminosa, pero la envidia se volvió contra ti, artera y feroz, y renegaron de ti los cobardes y murmuraron los viles al ver que todo tu afán caía por tierra, y tú pensabas en la manera de recomenzar.

Si en tu misma persona te hostilizan y molestan y el odio te acecha y la pobreza te aguarda, y los hados todos te vuelven el rostro, y tú sigues adelante contra los hados, sintiendo en la frente la violenta voluptuosidad del relámpago, que anuncia catástrofe, pero ilumina sombras.

Si cada vez y tras cada tropiezo te levantas más erigido y sereno, más inteligente y jovial, y no pierdes la fe y conservas el don de avanzar por alguno de los caminos gloriosos; si todo esto y más has sido capaz de hacer, entonces, de verdad, eres un hombre.

Rudyard KIPLING.

noveva, enjretanto, se estaba metida en su casa y se distraía cosiendo, leyendo o tocando el piano, lo que hacía con rara habilidad; y como Gonzalo era un adorador de la divina Euterpe, y algo picado también de la araña literaria, cuantas veces se presentaba la ocasión, invitaba a Genoveva para que diera rienda suelta a su inspiración lírica o entablaba con ella conversación sobre temas de literatura. En tales ocasiones, Robustiano bostezaba ruidosamente y no era extraño que dejara a su esposa y a su huésped engolfados en disquisiciones artísticas para ir a dormir la siesta o a despachar algunos encargos para la estancia.

Gonzalo tenía una grandísima curiosidad por penetrar en el misterio de aquel casamiento; pero nunca se había atrevido a preguntarle a Robustiano, quien por otra parte, evitaba toda alusión al asunto. En cuanto a Genoveva, Gonzalo era suficientemente discreto para no enredarse con ella en un tema que pudiera comprometerlos ante los ojos de su amigo, pues si bien disfrutaban muchas veces de libertad para hablar a solas, no podían saber en qué momento se iba a presentar el marido.

Por aquellos días, se preparaba en la Lonja de San Luis un baile muy suntuoso. Era entonces la Lonja uno de los mejores Casinos del país, y sin disputa, el más animado de ellos. En su espléndido salón de baile se daban cita todas las familias de la buena sociedad potosina con mucha frecuencia; pero en aquella ocasión la fiesta era extraordinaria, pues se daba en honor de un magnate extranjero. Grande era el entusiasmo que reinaba entre damas y caballeros, quienes no hablaban de otra cosa que de los preparativos que se hacían para la fiesta y de los que ellos mismos, sobre todo las damas, traían entre manos con la confección de sus trajes.

En casa de Robustiano nada se decía del baile, ¿ni cómo había de decirse? El no sabía más que de vacas y toros padres; y Genoveva, con ese respeto de sí misma que engendra la superioridad, había levantado entre ella y el mundo una barrera infranqueable, ya que no podía alternar, a causa de su marido, con sus antiguas amistades, las personas de su rango y su carácter.

Tuvo Gonzalo la idea de hacer que aquella mujer tan guapa, que debía lucir extremadamente en traje de recepción, concurriera a la fiesta. Claro que el matrimonio no estaba invitado a ella, pero Gonzalo contaba con la buena disposición de sus amigos los socios del Casino y le pareció fácil conseguir para Robustiano y su mujer la invitación correspondiente. Un día, a la hora de la comida, preguntó a Genoveva si no desearía concurrir al baile. De pronto, ella se echó a reír solamente de pensar que pudiera presentarse en la reunión con su marido; pero Gonzalo insistió, y valiéndose de toda su influencia sobre su amigo, que era mucha, arrancó por fin a éste su consentimiento. Genoveva, entonces, previendo la posibilidad de asistir al sarao, y aunque sobresaltada todavía con la idea de la mala figura que haría Robustiano entre personas de la alta sociedad, acabó por acceder, considerando que Gonzalo

iría con ellos y que no sería del brazo de su esposo, sino del que su huésped, como ella haría su entrada en el salón.

Robustiano, que dicho sea en justicia, no escatimaba el dinero a su mujer, le dió carta blanca para sus arreglos; mas él se negó obstinadamente a mandarse hacer un traje adecuado, alegando que aún conservaba una fúnebre levita cruzada que le había servido para su boda. Fué en vano que le hicieran ver su esposa y su amigo lo impropio de aquella prenda. El declaró rotundamente que de no ir envuelto en ella, prescindiría de la fiesta, retirando a su esposa el consentimiento otorgado. Ante declaración semejante, los contrarios arrieron bandera y no se trató más el punto suntuario, por lo que a Robustiano concernía.

Llegó la noche tan deseada y, a muy buena hora, Gonzalo ocurrió a la casa de su amigo. Lo primero que vió fué a Robustiano enfundado en su levitón, el cual le producía tal embarazo que parecía "un toro con pretal", según su gráfica expresión. Como la prenda tenía ya larga fecha y su dueño había ganado en carnes, solamente un botón pudo entrar a duras penas en el ojal, quedando un sector muy importante del vientre al descubierto; y por detrás, entre ambos faldones, asomaban también otros desbordamientos de su recia musculatura.

Momentos después se presentó Genoveva, que venía sencillamente deslumbradora. Vestía un elegantísimo traje de piel de seda color salmón, que modulaba a la perfección sus formas de diosa; liso, sin encajes, listones ni otro adorno que sus brazos mórbidos y sonrosados, su estatuario seno y su garganta, tallada al parecer en mármol de Paros, sosteniendo la airosa cabeza artísticamente tocada al estilo griego. Los cabellos de un rubio ceniciento; los ojos, de un verde claro, y la majestad de toda su persona, prestaban a aquella figura admirable el aspecto de Palas Minerva sin casco... y con abanico. ¿Dónde había aprendido aquella gentil mujer la sobriedad, en la elegancia, que es lo que distingue esencialmente a las damas de buen tono, o "bien", como ahora se dice? ¿Quién sabe! Tal vez la distinción era innata en ella, acaso la traía en la sangre y era un signo atávico de su raza.

Tal como Genoveva lo había previsto, luego que hubo dejado su abrigo en el guardarropa, Gonzalo le ofreció su brazo y fué así como hizo su entrada triunfal en el salón; porque triunfo fué haber hecho enmudecer con su presencia a todos los circunstantes, y triunfo haber arrancado un "¡ah!" de admiración a todos los labios. Dejola Gonzalo sentada junto a una antigua amiga, que mucho se alegró de haberla vuelto a ver, lo que no ocurría desde que se había casado, y él volvió a hacer compañía a Robustiano, que se había quedado cohibido a la puerta de la sala. Gonzalo era un hombre prudente, a fuer de experimentado. Cuidábase de no despertar los celos de Robustiano con sus asiduidades para Genoveva, y de que aquél no se aburriera muy pronto, porque era lógico que entonces querría marcharse. Se sentaron los dos amigos en la sala de juegos, donde Gonzalo propuso a su compañero que hicieran un partido de dominó; pero Robustiano ¡hombre feliz!, no sa-

bía ningún juego. Pidió entonces Gonzalo unas copas de cualquier cosa para matar el tiempo, y, sobre todo, para entretener su impaciencia, pues ardía en deseos de ir a ver a Genoveva, de acercarse a ella

acerca de sus sentimientos respecto de la mujer de su amigo. Si hasta entonces el respeto que debía a la casa en que se le brindaba tan cordial hospitalidad había atado su lengua y refrenado los vuelos de

PALABRAS PARA MI VERSO

Hondo silencio inmóvil, abierto, reposado, del campo, de los viejos caserones en ruínas, de las plazas vacías, sonoras, de las finas transparencias del agua, del huerto abandonado...

Hondo silencio inmóvil del mar, arrodillado al ancho de las roncadas soledades marinas. Hijo soy de este albino silencio: unas divinas palabras, en la noche su voz me ha revelado.

Y estas palabras limpias, luminosas y bellas quiero para mi verso: una sarta de estrellas vertebrando un concepto claro, rígido, frío.

Unas palabras grises, alisadas, redondas, como esas piedrecitas que entre un rumor de frondas lame y pule la lengua milenaria de un río.

Francisco IZQUIERDO.

con la libertad que permiten los bailes modernos y de hablarle sin ambages ni temores en el aislamiento en que se hallan las parejas mientras dura la danza. Porque Gonzalo no se hacía ya ilusiones

su imaginación, aquella noche se sentía dispuesto a todo, acallando cualquier impulso noble y dando rienda suelta a la pasión que avasallaba su espíritu. Y con tal fin adoptó un plan infernal, que con-

ANECDOTA

Cuando Vanderbilt ejercía el humilde oficio de pescador, se acercó un día a Mr. Jacob Balke, cajero del "Jarrow Bank", de Nueva York, solicitando una protección del Banco para ensanchar sus negocios.

—¿Toma usted licor?

—Muy poco — contestó Vanderbilt.

—Muy bien — replicó Balke —; estamos a dos de enero; si para dentro de un año no ha tomado usted una sola copa de gin o de otro licor, venga usted a verme en esta misma fecha.

Transcurrió un año. Vanderbilt volvió a ver al banquero y éste le preguntó:

—¿Acostumbra usted a aventurar algunas sumas al juego?

—Pocas veces; y solamente en el "Faro Power" y en la lotería.

—Perfectamente. Tiene usted otro año para probar si puede dejar la costumbre del juego, y vuelva a verme en el año entrante.

Con toda la tenacidad que caracteriza al yanqui, se presentó al año siguiente Vanderbilt en casa del banquero, y éste le recibió con afable sonrisa preguntándole a la vez:

—¿Consuma usted tabaco?

—¡Lord God! — exclamó Vanderbilt — ¿Qué marino puede pasar sin pipa?

—Usted, amigo mío. Haga la prueba por un año, y venga a verme este mismo día.

Transcurrió un año y el banquero no recibió la visita del pescador, por lo cual encargó a uno de sus dependientes que le avisara.

—Ayer — dijo a Vanderbilt cuando se presentó — estuve todo el día esperando su visita.

—Era inútil venir — le contestó el después famoso millonario — porque con tres años que llevo de trabajar, sin que ningún vicio me arrastre al derroche, he prosperado en mis negocios de tal manera, que hoy no necesito ya de la ayuda de nadie para que mis negocios vayan viento en popa.

sistía en embriagar al conñado esposo. Pidió primero que les fuera servido un licor, después otro, y luego otro más. Robustiano, poco acostumbrado a libaciones, con aquella revoltura muy pronto se sintió indispuerto, acabando por perder enteramente el sentido. Entonces Gonzalo lo hizo conducir por dos mozos a un cuarto de la servidumbre y fuese él inmediatamente a solicitar el honor de bailar con Genoveva, a quien dijo que Robustiano había salido un momento para regresar luego.

No había querido bailar Genoveva a pesar de haber sido muy solicitada. Evitaba el trato con sus antiguas amistades varoniles, quizás con el propósito de no tener que hablar de su matrimonio. Con todo, era joven, era bella, y no es de extrañar que se sintiera halagada con los homenajes de que se la hacía objeto. Tampoco bailó con Gonzalo, quizás para no humillar con su preferencia a quienes la habían invitado antes; pero cuando llegó la hora del ambigú, Gonzalo le ofreció su brazo y ambos pasaron al comedor, que estaba arreglado con una suntuosidad y una elegancia que para sus festines las hubiera querido el asirio Baltasar. Millares de bujías eléctricas lanzaban desde el techo haces de luz; en la mesa, sobre niveles manteles estaban colocados artísticamente los plateados cubiertos y la fina vajilla; dorados candelabros esparcían ráfagas que se quebraban a través de la cristalería en chispas de todos colores. Piezas montadas, cojines de flores y las viandas en sus grandes fuentes dejando escapar vapores olorosos excitaban la sensualidad gastronómica de los comensales. Sólo Gonzalo no pensaba en comer, bien que con los ojos devoraba a su compañera. Por decir algo, le preguntó:

—¿Es esta la primera vez que asiste usted a una fiesta aquí?

—La primera desde hace muchos años, y será la última aquí o en cualquiera otra parte — contestó.

—¿Tan mal se siente usted? ¿Por qué?

—Después se lo diré.

Aquello era una promesa de confidencias que Gonzalo ansiaba con el mayor de los anhelos. Pronto dejaron la mesa, pues ni una ni otro mostraban interés por los manjares, y se dirigieron a una salita de descanso, lejos del bullicio de los salones, donde la fiesta continuaba con mayor entusiasmo aún que como había empezado. Aquel rincón del edificio, dedicado especialmente para el reposo de los espíritus y de los cuerpos, estaba discretamente iluminado. Tomó Genoveva asiento en un confidente, bajo soberbio ramo de jazmines. Gonzalo acercó una silla, y durante largo rato no hizo más que contemplar en silencio a Genoveva, temeroso de disipar con su voz la fascinación a que se sentía sujeto. No hablaba, cierto; pero, ¿no se dice a veces mucho más que con palabras con la actitud y la mirada?

La música se oía a lo lejos, y el perfume de los jazmines, junto con el que emanaba de aquella mujer hechicera, habrían dado al traste con el ánimo del calavera más empedernido, como con las resoluciones del anacoreta más austero. Gonzalo se hallaba en la situación

que pintan los versos de Manuel Flores:

Como al ara de Dios llega el creyente,
Trémulo el labio al exhalar el ruego,
Turbado el corazón, bajo la frente,
Así, mujer, a tu presencia llevo.

He ahí como estaba Gonzalo: "turbado el corazón, baja la frente..."

Genoveva era una mujer de carácter; mas en aquella ocasión se hallaba también conmovida visiblemente. Sentada en el sofá, tenía las manos enclavijadas sobre su regazo. La cabeza apoyada en el alto respaldo del mueble, y la vista fija en los artesonados; pero mirando en realidad hacia el interior de su pensamiento, como si evocara quién sabe qué recuerdos. Un ligero temblor de sus manos y una casi imperceptible convulsión de sus labios, acusaban la tempestad interna que se estaba desarrollando en su temperamento pasional.

Por fin, Gonzalo tomó entre sus manos las manos de seda de Genoveva, sin que ella, al parecer, se diera cuenta de lo que hacía, y a riesgo de romper el encanto inenarrable del momento, que valía para él toda una vida, murmuró:

—Genoveva, presiento algo terrible en lo que me ofreció usted decirme. Yo poseo una parte del secreto de su vida; pero mucho es lo que ignoro todavía; y, sobre todo, lo que me tiene suspenso, lo que me hace que me tiemble el corazón, amedrentado, es el juicio que haya usted formado del secreto mío; de ese secreto tan mal guardado que escapa por mis ojos cuando la miran, por mis manos trémulas cuando estrechan las suyas, y por el hondo suspirar de mi pecho, inhábil para contenerse. ¿Cuál será la pena con que usted castigue la osadía de haber dejado a mi corazón que le consagre todos sus latidos?

Al oír esto, Genoveva experimentó como un choque violento que la volviera a la vida. Desasíó de las de Gonzalo una de sus manos, que pasó por su frente, recogiendo hacia atrás una guedeja rebelde; de sus largas pestañas resbaló una lágrima que humedeció los dedos de Gonzalo, y dijo quedo, muy quedo, como dice su postrera confesión un moribundo:

—No; no voy a castigar a usted, porque no soy la impecable que pueda tirar la primera piedra. La culpa de usted es mi propia culpa; más grave aún en mí por cuanto no soy libre...

—¿Genoveva!

—Quiero únicamente que sepa usted cómo se creó esta situación en que me hallo, para que no la juzgue efecto de mi veleidad.

—¿Juzgar mal a usted! ¡Yo! ¿Me cree usted capaz?

—¿Quién sabe! Oígame usted: un hombre inteligente, como es usted — siguió diciendo Genoveva en el mismo tono de voz susurrante, — no pudo menos que haber comprendido el misterio atroz de mi vida. Sus ojos han penetrado hasta las más hondas profundidades de mi alma y han descubierto el martirio a que vivo condenada. ¡Entregarse para toda la vida a un ser imbecil y deforme, y tener, tal vez, hijos semejantes a él! ¡Qué horror! Pero lo que usted no sabe, ni casi lo sé yo misma, es cómo se realizó eso. No conocí a mi madre; dicen que era una mujer hermosa y muy distinguida; mi padre murió hace diez años, dejándome al cuidado de un herma-



—¿No le ha encargado nada mi vecina, carnicero?
—No, señora.
—Entonces ya sé donde está la gallina que me falta.

no suyo, que era casado y tenía dos hijas. Estas y su madre me odiaban de todo corazón, porque yo tenía la fortuna o la desgracia de atraer, más que mis primas, las atenciones de la sociedad, no obstante que ellas eran ricas y a mi nada me dejó mi pobre padre, quien en sus últimos años se vio sometido a duras pruebas por la adversidad. Para mayor desdicha mía, murió también mi tío, que era el único de aquella casa que no me aborrecía; y tan luego como

esto ocurrió, fui puesta a la puerta de la calle por mis inhumanos parientes. Una amiga generosa, poco menos desgraciada que yo, me acogió en su morada, me alimentó y me atendió en cuanto sus escasos recursos se lo permitieron, entretanto me buscaba alguna ocupación lucrativa. Entonces fué cuando Robustiano, que era pariente de mi amiga, me propuso que me casara con él. ¿Qué sabía yo, pobre niña siempre humillada y siempre maltratada por mi tía y mis pri-

mas, de las andanzas de la vida? Mi amiga, a quien yo debía tanta gratitud por su ayuda cariñosa, tomó el partido de Robustiano, y yo me creí por ello obligada a dar mi consentimiento, considerando que, acaso, mi presencia en aquella pobre morada comenzara ya a ser molesta.

Hizo una breve pausa, cual si su voz necesitara un descanso. Y luego prosiguió:

—En la casa de mi padre fui criada con el mayor recogimiento, si bien no me faltaba el trato de las antiguas amistades de mi madre. En la de mi tío ocupé una posición secundaria, que me tuvo siempre relegada al último término. Ni lecturas ni amistades habían abierto mis ojos, y como ver es saber, yo nada sabía de lo que me esperaba en el matrimonio; cuando se me desplegó el velo del misterio conyugal, ya estaba irremisiblemente perdida para la felicidad y para el amor. ¡Qué horrible despertar! Pero no se detiene el curso de la vida, y como yo soy incapaz, por mi soberbia, de mendigar consuelos, me encerré en mi casa para ocultar mi desilusión, y también para evitarme tentaciones. Porque ahora que ya he dejado de ser la inocente de antes, me temo de mí misma y recelo de mis pasiones contenidas hasta hoy. Esta noche que me he visto adúltera, admirada y festejada por los hombres, he llegado a preferir a los tedios de mi vida los terrores de la muerte. No me juzgue usted mal; yo no creo ser mejor ni peor que las demás mujeres: soy más franca, eso es todo. Muy rara ha de ser la que, no siendo fea, al recogerse en su alcoba, después de una fiesta, no eche una mirada al espejo y se diga: "Hoy estuve guapa". Yo lo podría decir esta noche: ¡Dios mío! ¿Y para quién? ¡Para mi marido, un hombre que admira más una vaca fina que a su mujer; un hombre que, lo mismo cuando duerme que cuando come, me causa la impresión de un cerdo! Confieso que soy cruel; que no debería tratar así a mi esposo, que no me ha hecho otro mal que el de haberse casado conmigo. Pero, ¿acaso no es ese el mayor que de él pudiera haber recibido? Por lo demás, a nadie le he dicho una palabra de todo lo que, movida por no sé qué extraños resortes, estoy hablando desde hace rato, ni a nadie se lo diré después. Soy demasiado orgullosa para hacerlo. Hay, sin embargo, momentos en que es tal la tensión de los nervios, que escapan de la mente los pensamientos como escapan los gases por la válvula de un caldero que ha estado demasiado tiempo sometido a la presión del vapor. ¿Quién puede detener un torrente que se despeña?

Y el torrente se despeñó... en lágrimas abundantes que brotaron de sus ojos. "Al estro el narrador detuvo el giro, y luego prosiguió, tras un suspiro..."

—Había yo rogado a Robustiano que nunca me presentara a sus amigos. Me proponía vivir aislada enteramente y hasta llegué a proponerle que nos instaláramos en la estancia. Mi retraimiento tenía por objeto evitar las comparaciones, que en todos los casos tenían que resultar desventajosas para mi marido. Pero ya vió usted como fué él mismo quien me puso delante la tentación. Usted calló muchos días, mas no hay nada que pueda permanecer oculto a la perspicacia de una mujer y mucho menos si es algo que halague su vanidad. Yo

LA ILUSION DE MARIA

María ya está contenta porque tiene una ilusión: vió pasar un mozalbete y piensa que la miró.

En María el mozalbete ni siquiera se fijó; pero ella piensa que sí y vive con la ilusión.

Hoy ha sido un mozalbete y el otro día un señor: una ilusión se le va y le viene otra ilusión...

Bástale poco a María para embarcarse en amor un barquito de papel y allá va con su ilusión...

Esperando está María una cartita de amor del señor o el mozalbete... Esperando... ¡qué ilusión!

Al ver María al cartero, le ha latido el corazón... ¡pero ha pasado el cartero y ha pasado la ilusión!...

De papel era el barquito y el barquito se mojó... Si los barquitos se pierden, otros hace la ilusión.

Escribiendo está María una cartita de amor: escribiendo está María una carta de ilusión:

"Querido, espero tu carta y tu carta no llegó: querido, ya que me matas, no me mates la ilusión."

¡Pero la pobre María, que así le escribe a su amor no sabe, al poner el sobre, ni nombre ni dirección!

¡Ilusión!...

Guardadas con unas flores secas, que nadie le dió: María conserva algunas cartitas de éstas, de amor...

¡Ilusión!...

Vicente MEDINA.

he sorprendido infinitas veces su pensamiento y he sentido su mirada penetrar hasta el fondo de mi alma, donde se escondía el dolor de mi vida. He asistido a sus vacilaciones y a las torturas a que su espíritu se ha visto sometido, solicitado de una parte por la caballería y la honradez, y de la otra por una pasión menos noble, ciertamente, pero más poderosa. Yo he participado de esas torturas y he luchado como usted; pero estoy viendo que la fatalidad nos ha vencido... ¿qué hacer?

—¿Qué hacer, Genoveva? Cumplir nuestro destino; porque es muy cierto que yo he luchado largos y penosos días contra el amor que me consume; es mucha verdad que mi temperamento honrado se rebelaba ante la idea de ser infiel a un amigo que, confiado en mi hidalguía, me abrió las puertas de su casa; pero como dice usted muy bien, ¿quién puede detener un torrente que se despeña? Por otra parte ¿sabemos siquiera si Robustiano ama a usted? ¿No es posible que él sea tan infeliz como usted misma?

—Eso es indudable, yo lo sé perfectamente.

—Siendo así, la unión de ustedes fué una equivocación de ambos que urge rectificar. Huyamos, Genoveva, embarquémonos en una nave que nos lleve muy lejos y nos deje en playas desconocidas. Allí correremos un denso velo sobre el pasado y gozaremos de nuestro amor, apurando ese minuto de vida que se llama el tiempo.

Convino Genoveva en la fuga y concertaron que Gonzalo saliera al siguiente día con rumbo a Aguascalientes; pero que en el primer cruzamiento de trenes retrocediera para dirigirse a Tampico, donde esperaba a Genoveva que se iría poco después.

De pronto se apagó la luz en el saloncito. Abstraídos en su conversación y en sus proyectos, no se dieron cuenta de que la fiesta había terminado y los invitados se habían retirado ya. Levantáronse con sobresalto, se buscaron en la obscuridad; Gonzalo tropezó con uno de los brazos desnudos de Genoveva, y al sentir la temperatura de aquella porcelana tibia, su sangre se encendió, y por efecto de un movimiento instintivo en ambos, sus labios se juntaron en un beso culpable. Así sellaron el pacto ignominioso que acababan de celebrar.

Salieron del gabinete cuando la servidumbre apagaba las últimas luces. Mortificados por lo que los mozos pudieran pensar de su permanencia en aquel sitio, la explicó Gonzalo con la indisposición de Robustiano, de la cual Genoveva no tenía la menor noticia; y fueron a ver si aquél estaba ya en estado de volver a su casa. Lo encontraron aún con el pesado sueño de la embriaguez, y no sin grandes dificultades lograron meterlo en un auto, en el que fué transportado a su domicilio.

Gonzalo se fué a su hotel y se echó vestido sobre la cama, donde en vano trató de conciliar el sueño. Su cabeza era un volcán en ignición. ¡Había traicionado a un amigo generoso que le brindaba hospitalidad! ¡Iba a arrojar la deshonra en aquel hogar que si hasta entonces no había sido la morada de la felicidad, lo había sido por lo menos del honor! ¡Qué miserable proceder; y todo por gozar de un placer prohibido que al fin y a la postre vendría a ser un tormento

OBSEQUIO

Dos grandes productos nacionales

KALISAY



es el Aperitivo Quinado que recomiendan los médicos para uso familiar, por ser un verdadero estimulante de gran valor tónico y digestivo; y el

Vinagre OMEGA

que se obtiene del mejor vino argentino sin ácido acético artificial, base de los vulgares vinagres tan perjudiciales para el estómago e intestinos. EL VINAGRE OMEGA obtuvo, por su pureza, el Primer Premio de la Municipalidad y Gran Premio y Medalla de Oro en la última Exposición de la Industria Argentina.

El valor del contenido de cada estuche excede de \$ 1.50 mn. Sin embargo, se remite, libre de gastos, a todo el que nos envíe \$ 0.50 en efectivo o en estampillas de correo.

Sres. LAGORIO y Cía., Lda. (S. A.)

24 de Noviembre 480, B. Aires.

Deseando recibir el Estuche que anuncian, acompaño \$ 0.50 centavos.

Nombre
Domicilio
Localidad
P. C. Provincia

F. M.

para los culpables! Pero ¿cómo retroceder? La suerte estaba echada y había que seguir adelante.

Se levantó desesperado, y como ya lucía el sol de la mañana, fué a tomar un baño pensando que la frescura del agua disiparía la fiebre de su pensamiento. Terminada la ablución, no quiso quedarse en el hotel: tenía miedo de encontrarse solo, y al mismo tiempo quería huir de sí mismo lejos, muy lejos... "Un caballo, un caballo, campo abierto, y dejadme frenético correr..."

Para aquietar sus nervios tomó, por fin una resolución heroica: ¡no huiría con Genoveva! Eso era lo honrado; eso era lo debido; eso era lo prudente. Aquella misma tarde, cuando estuvieran de sobremesa, él haría ver a la joven todo lo reprochable de su conducta y sin duda la disuadiría de su mal propósito.

Tranquilo ya y en paz con su conciencia, vagó por las calles de la ciudad hasta la hora de comer, y llegada ésta, se presentó en la casa de sus amigos abrigando pro-

ANECDOTA

El doctor Juan Díaz-Caneja, notable abogado español, defendía en un juicio oral a un individuo acusado de asesinato. Al final de la defensa, buscando un argumento efectista, abrazó a su defendido, diciendo:

—Vea el Tribunal, vea el jurado, como hago justicia a la inocencia del reo.

Al salir éste absuelto fué a ver a su defensor y después de darle las gracias quiso, al despedirse, abrazarle afectuosamente. Díaz-Caneja, detuvo la acción diciendo:

—Alto allá y no te entusiasmes. Estos abrazos no están permitidos más que delante del Tribunal...

yectos de la mayor delicadeza. Pero ¡oh fragilidad de las resoluciones humanas cuando van en contra de la inclinación del hombre! Apenas vió a Genoveva; apenas se sintió acariciado por el ardiente mirar de aquellos ojos glaucos, se figuró que le echaban en cara su cobardía, reclamándole el cumplimiento de lo pactado, y dió al traste con sus buenas resoluciones.

Temprano se despidió de la pareja porque se sentía muy mal en presencia del confiado amigo tan vilmente engañado. Dijo a éste que partiría al siguiente día por haber sido llamado urgentemente de su tierra, y que ya no volverían a verse en razón de tener que hacer algunos preparativos para su viaje. Robustiano prometió ir a despedirlo a la estación, y habiendo estrechado muy efusivamente la mano a Genoveva, se marchó al hotel. Allí empezaron de nuevo sus preocupaciones y sus terrores. El pensamiento, que dicen ser el arca de todos los tesoros para el hombre feliz que tiene tranquila la conciencia, es la caja de Pandora para el que se siente turbado por los remordimientos. Para disculpar su mal proceder, decíase Gonzalo que tal vez Robustiano estaba tan deseoso como Genoveva de aquella separación; que ésta era inevitable, y que aun cuando él renunciara a Genoveva, no por eso ella dejaría de abandonar a su marido no importaba cómo ni con quién. Que por otra parte nada habían convenido él y ella respecto de sus futuras relaciones, no siendo su propósito el hacer de ella su amante, sino tan sólo ponerla a salvo para que pudiera adoptar el género de vida que mejor le acomodara. ¡Empeño vano de engañarse a sí mismo! Su conciencia le gritaba muy alto: ¡Obras mal! ¡Vas a cometer una perfidia!

Gonzalo habíale cobrado horror a la cama, a causa del mal rato que había pasado en ella la noche anterior; así es que se tendió en un sofá y allí comenzó a aletargarse. Sus sienes quemaban y por todo el cuerpo sentía un calorífico insoportable. Por fin quedóse dormido...

Cuando despertó, tuvo la sensación de que se había perdido en su propio cuarto. Estaba acostado en la cama; pero la luz no entraba por donde solía. Los muebles, las puertas, todo estaba al revés. Quiso incorporarse, mas no pudo: parecióle que estaba ligado fuertemente. Paseó en derredor una atónita mirada ¡y cual no sería su sorpresa al encontrar a Robustiano junto a la cabecera del lecho!

—¿Qué tal, hombre, cómo te sientes? — le preguntó aquél.

—Muy mal. ¿Qué me ha pasado? ¿En donde estoy? ¿Por qué me trajeron aquí?

—Estás en mi casa, acostado en mi propia cama. Te pusiste malo en el hotel y pensé que te curaríamos mejor aquí. Ya estás aliviado y pronto te levantarás.

¡Se encontraba, pues, en casa de Robustiano y éste no le guardaba rencor por su infamia, sino que, por el contrario, lo había asistido y cuidado en una enfermedad! ¿Qué era lo que había pasado? ¿Habrían sido sorprendidos en su huida él y Genoveva? ¡Imposible! Porque en tal caso no era de presumir que Robustiano, por mucha que fuera su bondad, lo tratara con tanta amabilidad y cariño. Además, le había dicho que se había enferma-

do en el hotel, y eso demostraba que la fuga no había llegado a verificarse. La cabeza de Gonzalo era un caos, y resolvió esperar el curso de los acontecimientos para saber a qué atenerse. Contaba con que de un momento a otro entraría al aposento Genoveva; mas no fué así: pasó todo el día sin que se dejara ver. Por la noche, llegó una enfermera que se hizo cargo de atenderlo, cuando lo dejó Robustiano, que se marchó como a las diez y por medio de ella procuró Gonzalo saber lo que había sucedido, durante su enfermedad en aquella casa. La enfermera nada pudo decirle porque era la primera noche que lo iba a velar, habiéndolo hecho hasta entonces una compañera de oficio.

No fué sino al día siguiente cuando por medio de una de las criadas de la casa, logró salir de dudas. He aquí lo que le dijo aquella mujer:

El día que él debió salir para Aguascalientes, Robustiano se había entretenido en la orfeña más de lo regular y cuando llegó a la estación con el objeto de despedirlo, ya el tren había partido; así fué que tanto Robustiano como Genoveva creyeron que Gonzalo había salido como lo anunció. Un día después, iba Robustiano rumbo a su rancho, cuando vió que del hotel en que había estado Gonzalo sacaban un enfermo en parihuela. La curiosidad lo hizo acercarse y cuál no sería su asombro y su pena al ver que era Gonzalo! Inmediatamente dió orden a los camilleros de que tomaran el camino de su domicilio en vez de llevarlo al hospital, y así fué como llegó el enfermo a la casa de su amigo. Preguntó luego éste por Genoveva y no dejó de sorprenderle el saber que había salido, pues muy pocas veces lo hacía: pero la preocupación que lo embargaba era el estado de Gonzalo y durante toda la mañana sólo se ocupó de llamar médicos, buscar medicinas y aplicarlas personalmente a su querido enfermo. Allí como a las tres de la tarde, se acordó nuevamente de su mujer: Genoveva no había vuelto. Tuvo Robustiano la idea de salir en su busca, ¿pero a dónde? Bien sabía él que su esposa no trataba a nadie en la ciudad. Asaltóle entonces un presentimiento, y se dirigió a la alcoba de Genoveva. Sobre la mesa del tocador había un fatal indicio: la argolla matrimonial y un anillo con brillantes que siempre usaba Genoveva, estaba allí lo mismo que sus pendientes. Buscó luego un saco de mano que usaba su esposa cuando iban a la estancia y no lo encontró: la fuga estaba de manifiesto. La criada que proporcionó a Gonzalo estos informes, le dijo también que Genoveva, al marcharse, no había llevado en el saquito más que su ropa de dormir y sus cepillos, peines y demás chismes de tocador. Aquella mujer orgullosa, al dejar a su marido, no había querido conservar nada que tuviera algún valor, y hasta sus alhajas de uso diario habían quedado allí. Pero no dejó, por cierto, los utensilios indispensables para dar realce a su belleza. ¡Tan cierto que la coquetería es innata en las mujeres, no las abandona ni en los trances más solemnes de su vida!

LOS PRINCIPIES ENCANTADOS

Signo augural y claro del prodigio constante imagen imprevista de suave transparencia: sobre el mar infinito, tendido hacia el Levante, pasa un vuelo de cisnes con clásica elocuencia

Como los rubios príncipes en el cuento, encantados, despliegan en el sol su cándido plumaje, majestuosos y puros los pájaros sagrados, — y el espíritu de Andersen, ilumina el paisaje.

Sola, junto a la playa donde despierta el día, mi alma, princesa pálida de un Egipto zahareño, parte con sus hermanos, trémula de poesía e ingenuamente triste, sobre el tapiz de un sueño...

Fernán Félix de AMADOR.

Tuvo Robustiano una explosión de cólera; más se calmó en seguida, dedicándose en cuerpo y alma a cuidar a su doliente amigo. ¡Ironías de la suerte! ¡Si hubiera sabido aquel buen hombre la parte que el paciente había tomado en su deshonor!

"MI" DANZA MACABRA

Tengo yo, por mi desgracia, una imaginación fúnebre que se place en ennegrecerme los objetos. En pleno día, bajo el oleaje luminoso, hállome perdido irremediamente en las entrañas de las tinieblas y sólo veo lo negro nocturno. "Mi cristal" de observación es ahumado y a su través las cosas se me aparecen de luto rigurosísimo. Además, muéstranse descarnadas, en líneas secas, duras, hirientes. Choco con ellas, no las percibo nunca en la calma de lo interior; no me halagan, me lastiman. De los árboles distingo la armazón ingrata, el tronco y las ramas sin hojas; de la tierra las últimas capas estériles; de las flores, el tallo; de los seres humanos, de mis pobres prójimos, el esqueleto. Todos los velos, todas las formas y todas las apariencias de la vida caen ante mis ojos fatigados de mirar la muerte. Desnudo voy por el mundo como un recién nacido, y desnudando lo que me rodea atravieso mi sendero de espinas. Casi no existen para mí la materia, la carne.

Por eso carece de objetivos físicos mi amor y tienen, en cambio, mis afectos una concentración espiritual, una intensidad anímica enormes. Lo que amo, lo amo, abstra-yéndolo, depurándolo hasta convertirlo en alimento exclusivo de mi alma que se nutre de esencias. Consiste en esto mi tortura de cada minuto. Para amar humanamente, es preciso humanizar la pasión y sentir que circula en la sangre, que vibra en los nervios, que tiraniza los músculos, que late en las fibras todas del ser. Pero cuando se ama con el espíritu, más allá de la forma, se llega a la plenitud y a la universalidad de amor.

Desnudo estoy como Job en su estercolero, y desnudos se me presentan los hombres. El baile más espléndido me resulta una danza macabra.

Entre las músicas y las luces, y los perfumes, entre las sedas y los brillantes y las rosas, bailan, para mí solamente, los esqueletos.

La encarnación desaparece; los huesos articulados crujen, se entrecrocán, se dislocan, en una fiesta de panteón. Al mirarme, miro mi propio esqueleto que se extra- vía en medio de la tremenda asamblea, y escucho el ruido horripilante de los cráneos heridos por las que fueron manos...

Por eso no voy jamás a los bailes, fiestas del lujo, de la vanidad y del placer en que otros ven la humanidad encarnada y vestida. Yo la veo en los puros huesos. Y huyo de "mi danza macabra".

Francisco GONZALEZ DIAZ.

Hay señoras que tienen la costumbre de decir:

"He llegado a esta edad sin usar ninguna clase de cremas, y mi cutis, sin embargo, está lo mismo que en la juventud". Estas señoras tienen por naturaleza una epidermis que solamente poseen los hombres, y no han conocido todavía lo que es tener un cutis verdaderamente fino. La Crema Vasenol no hace imposibles, pero su empleo, en todo caso, permite tener siempre un rostro hermoso y lleno de salud. A su eficacia científica une, además, un exquisito perfume.

Quedó Gonzalo confuso con lo que acababa de saber. Genoveva había huído, en la confianza de que él la esperaba en Tampico. ¿Qué habría pensado al no encontrarle ahí? Indudablemente se habría formado una muy triste idea de su caballerosidad y de su cariño. A hallarse Gonzalo en estado de caminar, no habría vacilado en volar al puerto en busca de su amada. Pero, ¿y Robustiano? ¡Aquel hombre generoso a quien tal vez debía la vida, que se la había devuelto! ¿Qué despreciable era Gonzalo a sus propios ojos!

Al día siguiente, cuando Robustiano entró a saludarlo, le dijo en un ex abrupto:

—Hombre, ¿no has extrañado a Genoveva?

—¡Cómo no! Desde ayer quise preguntarte por ella.

—Pues la muy perra se largó el mismo día que te trajimos del hotel. ¡Sabe Dios con quién se iría! Yo, para qué he de decir, nunca le conocí ningún desvario; pero son tan canallas las mujeres y tan marrulleras, que se lo echan a uno debajo del brazo con la mayor facilidad.

—¿Y no has hecho nada por saber de ella?

—Primero la quise buscar para darle una entrada de trancazos; pero después mudé de parecer. Ya se fué; pues allá se lo haya. Peor para ella. — Y aquel buen sujeto, que quería aparentar indiferencia o desprecio hacia la fugitiva, contenía su emoción a duras penas.

Ocho días más permaneció Gonzalo en casa de Robustiano, y cuando al fin estuvo en aptitud de levantarse, dijo a su amigo que iba a Tampico a tomar unos baños de mar con objeto de apresurar su convalecencia; y aunque aquél se oponía a un viaje que consideraba precipitado, allá se dirigió Gonzalo sin más tardar.

Ya se dejan comprender las pesquisas a que se entregó en el puerto, más nada pudo averiguar de su amada. En un hotel le dijeron que cierta noche había llegado una mujer sola y hermosa, pero que había estado pocos días y había salido sin decir para dónde. En otras hospederías hojeó cuidadosamente los registros, encontrando nombres y más nombres. Pero, entre todos ellos, no vió el que buscaba...

DE ARTE

La obsesión de lo nuevo

Por Gregorio G. Puigdeval

(Especial para FRAY MOCHO)

En lo actual, la obsesión de lo nuevo — en Arte — prevalece como rasgo mental característico. Ello explica cómo Pirandello con "Seis personajes en busca de un autor" haya alcanzado una celebridad mundial cual la que a D'Annunzio le costara el esfuerzo creador de sus magníficas obras. En "Seis personajes" no hay ningún rasgo bello, ni siquiera ideas profundas. Es no más que el planteamiento de una ecuación — o problema — que el autor no pudo resolver. Imaginamos un matemático tachando con la tiza en el encerado el problema que no logra resolver. En la precitada obra pirandelliana, los tachones de la tiza tienen su sucedáneo en un disparo de revólver, del cual, causa, finalidad y consecuencias se ignoran. Pero el telón descende y la obra concluye teatralmente, como espectáculo, si bien no en su realidad: es eterna: tiene principio y carece de fin.

Empero, hemos de convenir en que la idea es original, bien que muy relativamente. Las relaciones psíquicas entre los personajes de una obra y su autor, pueden, en efecto, ofrecer ancho margen a un desdoblamiento escénico de la obra dramática. He aquí la gran idea de Pirandello. Pero como toda gran idea requiere genio para su plasmación y desarrollo: lo que le falta a Pirandello.

Un grupo de intelectuales alemanes organizó, no mucho ha, un espectáculo similar. Entusiastas de Shakespeare, comprensivos de los maravillosos problemas esotéricos en la concepción y desarrollo de sus obras, genialmente resueltos, intentaron vislumbrarlos. Escogieron a "Hamlet". Única decoración: un tapiz rojo. Al alzarse la cortina aparecían en escena los personajes — todos — de la obra, entremezclados en abigarrado y heteróclito grupo. Se destacaban del grupo, avanzando al proscenio según el desarrollo de la obra lo requería. A seguida de cada escena se reintegraban al caótico grupo. Así, los espectadores — admitidos por selección cultural — pudieron ver en imagen objetiva el proceso de la concepción en el cerebro de Shakespeare.

Pirandello pertenece a esa categoría de comediógrafos, en la que también han relieve su compatriota Chiarelli, y otros discípulos de Ibsen. Convierten la escena en sala de disección. Analizan y desarticulan las pasiones, separando sus elementos integrantes. Y las pasiones se deshacen en sus manos. Podrán hallar algo en sus escarceos psicológicos, pero jamás harán una obra de arte. He aquí un tema complejísimo, rico en sugerencias mentales, las cuales serán expuestas en sucesivos artículos. Este nos fuerza a desviarnos, no sin afirmar que tales novedades son extra-artísticas. La obra de arte es más bien síntesis. Acaso lo más opuesto al análisis. Presenta los seres, las formas, las pasiones en su máximo esplendor, en sus más amplias perspectivas, en sus más remotas resultancias. Y siempre tendiendo a expresar su contenido universal; a ser posible, elevándolas a arquetipos. Tal la labor de Shakespeare: arquetipo de creador.

Los obsesos de ese arte nuevo — que no surge nunca — hablan del genial dramaturgo inglés en cierta manera despectiva. Apostaban de las normas fundamentales del Arte. En Música, adjetivaban a Chopin de romántico, afirmando que el romanticismo ha pasado. Dicen — en reproche — de Beethoven, que repite demasiado los temas. No ven la taumaturgica inspiración de este coloso, cuya lógica misteriosa hace surgir el mismo tema varias veces con la misma grandeza con que la naturaleza reproduce los crepúsculos, las auroras, las flores, el ondulante movimiento de los mares, las circunvalaciones estelares...

Uno de estos obsesos de novedad, me decía que Beethoven repetía una nota siete veces. No

veía que eran siete llamadas desesperadas al silencio, el cual le ofrendaba una desolada respuesta. Solamente veía el epifenómeno: una nota siete veces repetida.

La misma incompreensión padecen en Pintura y Escultura. Con el pretexto de los modos personales de ver y los estados de alma nuevos, mutilan la belleza formal, la euritmia, la armonía cromática: deshacen el Arte.

Y viene muy al propósito una recensión de las causas genitorias de esta irrazonada obsesión por lo nuevo. Nótese que este mal se ha exacerbado en la post-guerra. La dantesca tragedia europea — y esporádicamente mundial — ha avezado la sensibilidad a las emociones catastróficas y antisentimentales. Síntoma fehaciente es el actual delirio por los deportes: por los deportes de agresividad. Y en el cinematógrafo por las cintas terroríficas. También la preferencia por el "cabaret" y la revista: todo para los sentidos; nada para el alma.

Mientras un boxeador gana una fortuna a puñetazos y recibe honores olímpicos, un D'Annunzio en Italia y un Jacinto Grau en España vi-

ven arruinados. De donde esta obsesión por lo nuevo en Arte, significa insensibilidad para el verdadero arte: odio al sentimiento, a la armonía verbal, a los conflictos de las almas.

Se pretende deshumanizar al Arte, que es como si se dijera que se pretende deshumanizar a la misma vida. La gran guerra europea nos ha petrificado el corazón.

Actualmente lo desorbitado, lo violento, lo irrazonable, lo caótico imperan en la vida y en los espectáculos. El jazz band y los bailes epilépticos. Una sinfonía de Beethoven y un Parsifal, como una tragedia de D'Annunzio, son fílofices, juegos insípidos para nuestra sensibilidad encallecida. Las patadas al balón y los golpes de box atraen la curiosidad mundial. Y eso de un arte nuevo, es un tópico para encubrir el cáncer del materialismo y la agresividad, que corroe al gran organismo humano, al presente, magullado bajo las pisadas de los cuatro jinetes del Apocalipsis, desbocados por los campos de Europa en una carrera de cuatro años.

Banco Hipotecario Nacional

25 de Mayo 245 y 263—Leandro N. Alem 232, 46 y 260 (Bs. As.)

SUCURSALES EN TODA LA REPUBLICA

Inversión de capitales
— en CEDULAS —

Busque Vd. el título de renta, que dentro de las garantías sólidas que ofrezca, produzca el máximo y verá que la CEDULA HIPOTECARIA ARGENTINA del 6 o/o de interés anual, reúne estas condiciones esenciales.

Su triple garantía está constituida por:

- 1o. — LAS PROPIEDADES GRAVADAS EN PRIMERA HIPOTECA A FAVOR DEL BANCO.
- 2o. — LAS RESERVAS DEL BANCO (167.966.614.03).
- 3o. — LA NACION (Art. 6o. DE LA LEY ORGANICA).

A estas condiciones económicas privilegiadas, agregue Vd. la comodidad de que el Banco le recibe las cédulas en depósito gratuito, responsabilizándose de todo riesgo y procede con la renta de acuerdo con las instrucciones que recibe del interesado sin cargo alguno.

El Banco se encarga de la compra-venta de cédulas, cobrando solamente 1/8 o/o de comisión que se abona al corredor.

Tener dinero en cédulas es como tener efectivo, porque en cualquier momento el Banco anticipa casi el valor íntegro de la venta, desde una cédula de \$ 25 hasta cualquier cantidad y la operación queda definitivamente terminada en pocas horas.

APRENDIENDO A REINAR EL TRONO QUE CONQUISTARON LAS HADAS

Por Dionisio Perez

Advertid que hay una revelación de gozo, de alegría infantil, de dichoso contento en las informaciones que parten de La Haya contando cómo la princesa Juliana, la heredera de la corona holandesa está aprendiendo a reinar.

La historia de Holanda, desde 1878, desde que el Rey Guillermo, más que sexagenario, se enamora como un colegial de la princesita Emma y la eleva al trono apenas cumplidos sus veinte años, es como un ensueño donde las hadas buenas tejen el delicioso cuento de días felices, en los que el año y la abundancia y la prosperidad premian las virtudes de las niñas que obedecen a sus mamás y hacen aplicadas sus labores y tratan con comedimiento y afecto a la servidumbre y practican con discreta cordura las reglas de urbanidad que les enseñaron sus maestros...

El cuento de hadas se completa recordando que el Palacio Real de La Haya aparecía triste y sombrío, entre las nieblas del riguroso invierno holandés, bajo la pena del más tremendo encantamiento... Un fiero dragón lo poseía. Era la sombra, la evocación, el recuerdo de aquel Guillermo el Taciturno, que quiso librar a Holanda del dominio español. Desde que fué asesinado, en el palacio de La Haya no se refa. En vano sus dos hijos y su nieto lograron realizar su ideal de independencia nacional y consagrarla, frente al poderío español, en el tratado de Westfalia; en vano la familia Orange se apodera del trono de Inglaterra y ejerce en Europa entera decisiva influencia y mantiene vencedora el estatutero de Holanda, frente a las amenazas de invasión de Luis XIV, abriendo las esclusas y sumergiendo bajo las aguas del mar la nación entera... Los sucesores del Taciturno, como los descendientes de Felipe V, padecen igual melancolía, igual desgana del poder, igual cansancio y fatiga de las vanidades cortesanas.

Pasadas las perturbaciones que en las Cortes europeas produjera Napoleón destruyendo reinos e improvisando reyes, restaurada la dinastía de Nassau y Orange en el trono de Holanda, estos Guillelmos, primero, segundo y tercero que se suceden, viendo la desmembración de Bélgica, renunciando a la corona de Inglaterra en favor de Victoria, incapaces de evitar la desmembración del Luxemburgo, se sienten poseídos, obsesionados, de los negros pensamientos del Taciturno.

Del hogar de Guillermo III, del palacio embrujado por el fiero dragón de la melancolía y el aburrimiento, huyen los hijos, apenas muere en 1877 su madre, la Reina Sofía, de la casa reinante de Wurtemberg. Buscan estos herederos su curación en la alegre vida de París. El primogénito fallece aquel mismo año; el segundo se recluye en una modesta villa de Kneuterdyk, y allí espera la muerte, aislado, sin corte, bostezando su misantropía, haciendo un culto de todas

las horas del recuerdo de la madre y el hermano que le llaman a la serenidad de la otra vida... Y fué a ellos en 1884, cuando ya el fiero dragón del palacio de La Haya había sido vencido por las tiernas manecitas de una reidora muchachuela de veinte años.

El cuento de hadas comienza en 1878. Enrique de Nassau, hermano menor del Rey, un poco machucho también, buscó en el amor alivio de su tristeza. Se casó con la princesa María, hija del príncipe Federico Carlos, sobrino del Emperador de Alemania, cuyo palacio de Potsdam sirvió de fastuoso escenario de los desposorios. Acudió el Rey de

de los servicios que una princesa alemana podía prestar a la política de Prusia. El noviazgo duró apenas un mes. Al terminar aquel septiembre se anunció a Holanda y Alemania la promesa de matrimonio concertada entre el viejo y la niña; dos meses después, cuando el ministro de Justicia de Holanda, Van Lynden, viejo también, se presentó en la corte de Waldeck-Pyrmont para poner a la firma de la futura Reina el contrato de matrimonio, Emma le recibió saludándole en holandés correctísimo, idioma del que antes no conocía una sola palabra... Y el viejo ministro lloró de emoción ante el hada buena que iba a abrir sobre su reino, no las esclusas del mar, como Guillermo de Orange, sino las de su corazón para inundarlo de alegría...

¡Mágico desencanto del fantasma del Taciturno!... El pueblo holandés aceptó con júbilo el advenimiento del hada buena que entró en Amsterdam y en La Haya y recorrió en triunfo todo el territorio, riéndose a carcajadas, riéndose feliz de verse muñequita en manos



—¿Cuándo te divorcias?
—Para fines de octubre. Espero verte porque no pienso invitar más que a los íntimos.

Holanda para apadrinar a su hermano... Allí estaban Bismarck, Moltke, los guerreros y diplomáticos vencedores de Francia en 1870; allí, las innumerables princesas de las minúsculas cortes alemanas; pero sobre todo, Bismarck, que quería atraer a Holanda a la zona de influencia prusiana y alejarla de su fraterna relación con Inglaterra... ¿Fué añagaza del astuto estadista? ¿Fué dardo imprevisto y certero del amor? El viejo y entristecido Rey Guillermo, de sesenta y un años cumplidos ya, viudo desde el año anterior, se sintió enamorado de Emma, hija tercera del príncipe reinante en el minúsculo territorio de Waldeck-Pyrmont, que tenía veinte años, una carita regordetilla y colorada y unos ojuelos llenos de luz y alegría...

Quedó allí mismo concertada la boda. El viejo palacio de Potsdam, consagrado por la memoria de Federico el Grande y de Voltaire, había ganado una batalla incruenta más... Porque Emma, no sólo era una muchachita bella, de carnes sonrosadas y labios golosos prometedores, sino una mujer inteligente, culta, estudiosa, conocedora de la Historia y el Derecho y sabedora

de aquel gallardo viejo; muñequita entregada a aquel pueblo sencillo, bonachón, terco frente al mar, que le disputa su suelo, bullicioso entre las nieblas que cubren el cielo ante sus ojos y le merman la luz del sol, regocijado ante el frío que le hiela los ríos y canales y los convierte en pistas de recreo para los niños que juegan y los mozos que bailan...

Y luego he aquí que el hada buena que ha llenado de alegría el palacio desencantado, pasado un año apenas, anuncia al reino la felicidad de una promesa maternal, iluminando y desencantando también el grave problema de la sucesión a la corona, sin otro destino hasta entonces que el misántropo recluido en Kneuterdyk, solterón, maniático, y tras él, una legión de principillos y duquesillos alemanes, en disputa de derechos con otras ramas de los Oranges de Inglaterra y en riesgos de guerras civiles y exteriores.

El encantamiento de Guillermo el Taciturno apareció definitivamente roto cuando Emma trajo al mundo una niña, otra hada risueña y bulliciosa. Diósele el nombre de Guillermina, fué proclamada here-

Las Pastillas RIN-RIN

(EL MEJOR REMEDIO
CONTRA LA GRIPE Y LA TOS)

Año Tras Año Superan la Venta

En dos tamaños: a \$0.45 y a \$1.— la caja

dera cuando murió su hermanastro y se le coronó seis años después, en 1890, cuando contaba diez años. Quedó el reino en manos de estas dos mujeres, espejo claro de ordenadas virtudes domésticas, sin otra fuerza que su alegría, su contento, su amor al pueblo que las amparaba. Ciertamente es que este reino es minúsculo, pero ved la grandeza de su imperio colonial: dos millones casi de kilómetros cuadrados en Asia y ciento cincuenta y un mil en América... Y en ellos petróleo, oro, cobre, maderas, caucho, especias; cuanto puede despertar la codicia de posesión de los pueblos poderosos...

El hada Guillermina realizó el cuento de amor de llevar a su trono a un príncipe discreto y gentil, Enrique de Mecklemburgo-Schwerin, que no turba un solo instante la legalidad constitucional, ni aun en los días trágicos en que Holanda mantiene su neutralidad en los lugares mismos donde la guerra arde más fieramente, entre sus fronteras con Bélgica y Alemania y el mar inglés. Y de aquella unión de amor he ahí la tercer hada que llena de alegría el palacio donde se sucedieran durante tres siglos, desde la dominación española, los Reyes enfermos de melancolía.

La princesa Juliana, heredera del trono, es ya una mujercita. El día 13 del pasado septiembre se presentó en la Universidad de Leyden y se matriculó en varias asignaturas de Derecho y Teología. Pero allí, ante la soberanía de la Universidad, no es princesa ni hada; ni duquesa incógnita; una estudiante que se ha confirmado con el nombre de Vanbures, que se ha instalado en un pensionado de Katwyk, pintoresca aldea de pescadores próxima a la Universidad, donde ha encontrado tres alegres camaradas, que la han recibido con los brazos abiertos; una es hija de un modesto funcionario del Estado, otra de un tendero de comestibles de Utrecht y la tercera de un pastor protestante que tiene un apellido francés: Michélin...

Alguna vez, la señorita Vanbures habrá de convertirse en la princesa Juliana para asistir a las reuniones del Consejo de Estado, donde la Constitución la reserva un sitio y le da derecho de voz y voto, como heredera de la Corona.

Cuando termine sus estudios dejará de ser la señorita Vanbures y se instalará en palacio propio en La Haya, con lista civil y corte propias... Proseguirá el cuento de hadas... Antes de que la princesa llegue a estar triste, como en los versos de Rubén Darío, avanzará hacia este trono donde reinan las hadas una legión de príncipes ofreciendo cada uno su corazón de enamorado y su mano de esposo, a cambio de permanecer al margen de la Historia, que sólo deben escribir en este país de ensueño estas lindas mujercitas que llevan los nombres reidores de Emma, Guillermina y Juliana... Es preciso matar para siempre la sombra corneja del Rey Taciturno...

Le ofrecemos la oportunidad de conseguir un

Whippet
Perfeccionado

GRATIS

Llene el cupón, córtelo y, acompañado por diez centavos en estampillas de Correo, envíelo a:

Concurso "WHIPPET"

GERRITO 702

BUENOS AIRES

Un coche WHIPPET recorre 100 kilómetros con solo *ocho y medio* litros de nafta. ¿Cuánto habrá que gastar en nafta para hacer un viaje de 300 kilómetros, en idénticas condiciones de marcha, sabiendo que cada litro de nafta cuesta 24 centavos?

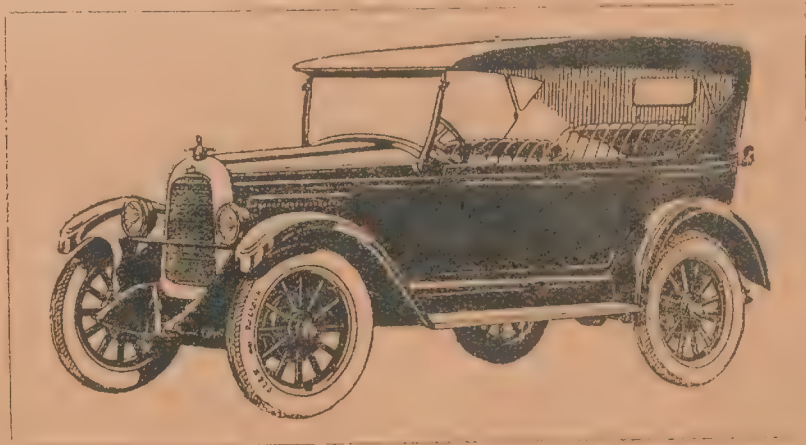
SOLUCION: Habrá que gastar \$_____

Nombre y Apellido

Domicilio

Ciudad o Estación F. C.

Al recibir el Cupón que antecede con la solución del problema, le enviaremos un boleto con un número para participar en el SORTEO GRATIS de un automóvil WHIPPET, 4 cilindros, doble faeton, último modelo. Solo aceptaremos un cupón de cada persona.



Envíe hoy el cupón junto con diez centavos en estampillas de Correo

HAMPTON, WATSON y C^{IA}

Salón de Exposición y Ventas:

GERRITO 702

BUENOS AIRES

Sucursal en Santa Fe:

SAN MARTIN 2628

Oficina, Talleres y Repuestos:

B. PEREZ GALDOS 126

Sucursal en Mendoza:

LAVALLE 28

Enriqueta Deschanel era bella, bellísima, de una belleza impresionante. Alta, esbelta, de formas armoniosas, sus grandes ojos verdes, abiertos y expresivos, sus labios pequeños, que parecían una cintita roja y el óvalo casi redondo de su rostro blanquísimo, producían al pronto, en los hombres, una sensación de desconcierto. Donde quiera que iba, las miradas convergían en su figura. Ella se sabía hermosa y daba mayor relieve a su belleza, mediante una refinada coquetería. Pasaba horas enteras delante del espejo, enredando con sus manos ducales sus lindos rizos, ensayando la fuerza de su mirada, graduando la expresión de su sonrisa, creando actitudes y gestos. Tras larga contemplación, sonriente, satisfecha, sentíase adorarse a sí misma.

Aunque familiarizada con el elogio de su persona, lo buscaba a toda hora, para renovar esa íntima satisfacción que apenas disimulaba la perenne sonrisa de sus labios y el voltejo de sus ojos. A su paso, difícilmente los hombres podían callar la frase galante, que arrancaba su belleza.

Tras de correr por los salones despertando en su torno codicias masculinas e inspirando pasiones en hombres inteligentes y mediocres, Enriqueta Deschanel cerró su soltería casándose con el ingeniero Eugenio Ríos, y llevando al matrimonio una virtud femenina sin tacha, no obstante sus largas andanzas mundanas y sus coqueterías con profesionales del amor.

Para Ríos, su boda significó la realización de un sueño amoroso acariciado durante cinco años, y un triunfo sobre tres rivales. La quería con locura, perdidamente, y no empañaba su dicha sentimental la más leve sombra. Amaba y se veía amado.

Al regresar de su viaje de bodas por Europa, dirigió la construcción de un modernísimo chalet, donde se instalaron reglamente. Hombre de mundo, entró de nuevo en los salones, ahora del brazo de su bella compañera. No escapó a su penetración que Enriqueta continuaba siendo tan codiciada como antes, y al reconocerlo, hubo en su fuero interno un movimiento de vanidad. Convencido de la virtud de su esposa, no pensó en limitar su libertad, por un prejuicio de celos que no tenía, a pesar de sentirse cada vez más enamorado. Hombre de honor, probado en varios lances caballerescos, no esperaba tener que vengar un ultraje a su dignidad de marido. Y habría sido una tiranía que repugnaba a su hombría de bien, exigir que dejara de ser en sociedad la mujer adorable que fué siempre.

Algunos hombres piensan que las mujeres hermosas son un poco de todo el mundo, y las elogian y admiran como si fueran objetos de arte. Los maridos no siempre recuerdan que la mujer hermosa es un tesoro difícil de guardar, como dice Cherbuliez.

Eugenio Ríos estaba muy lejos de sospechar de su esposa. Tal era la fe en su virtud, que hasta revelaba desinterés por su conducta. En las reuniones que ofrecía en su chalet, la dueña de casa solía danzar con algunos de sus admiradores, ante la mirada complaciente del esposo. No despertaba celos en su corazón, ni el propio Miguel Domínguez, célebre abogado que ha-

La suprema coquetería

Por Carlos C. Sanguinetti

había sido el más tenaz cortejante de Enriqueta cuando soltera. Por lo demás, ella era, para Ríos, la mujer de siempre, un poco enigmática en su complicada coquetería, como la mayoría de las mujeres lindas, que se complacen en ocultar su propia personalidad para resultar más interesantes y atractivas.

Ríos era feliz. La felicidad, que con frecuencia es una conquista de largos años, suele ser destruida en un instante. El azar, que desempeña un papel tan importante en la

más terrible desesperación. Ensayó justificarse, inventando mil y una excusas. Nada. Aquel hombre inexorable, impertérrito, rechazándolo, repitió por segunda vez:

—O te matas o te mato. Tienes un día de plazo.

Y se alejó sin agregar una palabra más, ni hacer un gesto.

No volvieron a verse hasta las doce del día siguiente. Juntos se sentaron a la mesa en el lugar de costumbre, mudos, mirándose de soslayo, ante la curiosa expectati-

ORIENTAL

Mi fogoso alazán de espesas crines, de arqueado cuello y de robustas ancas, más veloz que una flecha, ¡oh reina mía! nos espera. Partamos, que te aguarda quien por tu amor no teme ni a la muerte. Prisionera en mis brazos, mi sultana, las tostadas arenas del desierto, que han visto, al sol, brillar mi cimitarra muchas veces — ginetes victoriosos — habremos de cruzar antes del alba. Y mi blanco albornoz, que al viento flota como pompón de lino o como el ala de un cisne, para tí será albo palio, nube que te acaricie enamorada, velo de novia que tu frente ciña.

En lejana, bellísima comarca, que perfuman floridos limoneros, de los pájaros siempre alegres cantan y aman con más ardor los corazones, vas a reinar, divina y soberana.

El príncipe esto dijo, y cayó atravesado por la lanza del viejo padre de la bella Amira... ¡y en Oriente empezó a clarear el alba!

Vicente ACOSTA.

vida, puso una tarde en manos de Eugenio Ríos una carta que halló debajo del lecho conyugal, al recoger una llave.

Fué una dolorosa e inesperada revelación. Lo poco que contenía esa misiva, le sugirió mucho. Enriqueta le engañaba con Miguel Domínguez.

Entero, sereno, como quedan los hombres superiores ante los grandes trastornos morales, Ríos encerró en un mutismo doloroso. Hizo su composición de lugar y se dispuso a comprobar su desdicha. Simuló un viaje por tres días y se presentó la noche siguiente de su partida. Al entrar a su casa, una sombra deslizóse en la oscuridad, desapareciendo rápidamente. Enriqueta no pudo fingir. La actitud de su marido, su silencio cargado de amenazas, sofocó la mentira que iba a brotar de sus labios. La sorpresa, por otra parte, la desconcertó.

Eugenio Ríos, enemigo de la violencia, la miró largo rato en los ojos, y cuando ella, incapaz de articular palabra, se arrojó a sus pies balbuceando perdón, limitóse a decirle gravemente:

—O te matas o te mato. Veinticuatro horas de plazo.

Ella lloró, suplicó, presa de la

va de la mucama. Un silencio de tragedia les circundaba. Levantáronse de la mesa tal como se habían sentado. Apenas probaron bocado. Ella se encerró nuevamente en su habitación del piso alto, y él volvió a su escritorio de la planta baja.

A la tres de la tarde, la mucama entregó a Ríos cuatro anchas cuartillas, escritas con letra menuda y nerviosa, apenas legible. Era un nuevo alegato de Enriqueta para justificar su conducta. Ríos lo recibió con displicencia, leyó las cuartillas con gesto de aburrido y, rompiéndolas, las puso otra vez en manos de la mucama, sin decir nada.

Enriqueta esperaba la respuesta con ansiosa inquietud. Había alimentado hasta entonces esperanzas de salvarse, pero desde ese momento sintióse perdida. Cuando regresó la mucama con las cuartillas hechas pedazos, se arrojó desconsolada en su lecho y rompió a llorar con todas sus fuerzas. Llorando, con la suprema angustia del condenado que cuenta las horas que le restan de vida, la sorprendió la noche. Cuando la mucama golpeó a su puerta, hallábase medio dormida. Despertó sobresaltada y contestó como un autómatas:

—No, no quiero cenar...

Encendió luz y se miró al espejo. Quedó horrorizada. ¡Qué estragos había hecho el dolor en su rostro! Estaba transfigurada. Apenas se reconocía. ¿Podrían ser de ella esa tez mortalmente pálida, esos ojos enrojecidos y llenos de sombra, esa frente obscurificada, esa sonrisa muerta en sus labios azulados, febriles e inflamados?

Su belleza de horas antes, esa belleza refulgente, provocativa, desconcertante, soberana, que parecía abrirle paso por doquiera lo mismo que a una reina, se había convertido en una belleza triste, crepuscular, como la de una tarde que muere. Según pasaban los minutos se contemplaba más distinta, más horrible. De pronto, haciendo un gesto violento y frunciendo el ceño, se alejó del espejo con una mirada de ira sordida, asesina, como si de su pecho hubiese brotado un manantial de odio contra el cristal que reflejaba su figura. Sobre el tocador, un paquetito envuelto en papel azul atrajo su mirada. Lo tomó y leyó el rótulo: "pastillas de bicloruro". ¿Cómo aparecía allí ese paquetito? Pronto se dió la respuesta. Era la confirmación de su sentencia de muerte y era, también, la confirmación de la inexorabilidad de su marido.

Abrió su ropero y vió, destacarse sobre los demás, un vestido blanco. Era su traje de novia, aquel riquísimo modelo que confeccionaran en París para su boda y que llamara la atención a todo el mundo, por su originalidad y elegancia. Lo contempló largo rato. Dió vueltas a la llave de la luz y la habitación quedó iluminada por ocho potentes lámparas. Pasó al cuarto contiguo y se bañó en agua tibia y perfumada. Volvió a la alcoba e inició, despaciosamente, indolentemente, su toilette.

Los afeites y los polvos acariciaron sus mejillas y sus labios. Dos horas después, terminaba su toilette. Enriqueta estaba más bella que nunca. Su traje de novia descubría parte de las espaldas, ebúrneas y esculturales. Su cabeza, erguida, prócer, surgía ante el cristal con aire de desafío, y una vaga sonrisa dibujaban sus labios. Parecía una princesa vestida de novia. Nadie habría supuesto que aquella hermosa dama iba a desposarse con la muerte. Tenía la actitud de la mujer que sabe cuánto vale su figura, y se dispone a ponerse en contacto con las gentes para arrancar admiraciones. Olvidada de todo, estaba allí, paladeando ante el espejo el goce de contemplarse a sí misma, mirando con extraña voluptuosidad los detalles de su hermosura, y, según pasaba el tiempo, sentía ensancharse su personalidad, ampliarse la conciencia de saberse bella como ninguna...

En esa actitud, llegaron a su oído once campanadas, que tocó el reloj del comedor. Tomó el paquetito azul, con una mueca despectiva, extrajo las dos pastillas, las miró un instante y, con gesto sonriente, las llevó a la boca, ingiriéndolas sin esfuerzo. Dirigió todavía una mirada al espejo, arrancó una rosa blanca del bouquet del tocador y se recostó en el lecho.

Indolentemente tendida, asentando los pliegues de su vestido de novia y luchando contra la rebeldía de sus rizos, vinieron a sorprenderla los primeros dolores de la intoxicación.

PICULIN

Por Vicente Díez de Tejada

Yo era muy pequeño; una criaturita. ¿Qué podía yo tener? ¿siete años? ¿ocho años?... No; yo tenía ya nueve años cumplidos; pero no los aparentaba. Era menudito raquítico, desmedrado, paliduchito... Estaba mellado aún: mis dientes se reponían con dificultad por falta de vida de mi depauperado organismo. Yo era sólo una cabezota gorda y desdibujada, en la que sobre una boca bezuda y flanqueando una respingadilla nariz, brillaban dos ojos grandes, un poco saltones y hasta un poquito extravismados hacia las sienes. Decían de mí que me parecía a las angulas; y es claro, se reían todos, todos... Yo creo recordar que también se reía un poco mi madre... ¿Qué pena me da decir esto, hoy que mi madre está muerta!...

Pero no yerro, no; mi madre también se reía de mí un poco... Me llamaba Cabezón, rana pisada, sapo... y otros remoquetes desamorosos que a mí me dolían mucho... ¡Como si yo tuviese la culpa de ser como era!... ¿De dónde vine yo, Dios mío, y de dónde habían venido los demás niños que yo veía, tan hermosos, tan lindos, tan fuertes?...

Mi padre, como era muy huraño, se contentaba con darme moquetes, con estirarme las orejas y con zurrarme la badana de vez en cuando.

¡Ay, mi cabeza!... La cabeza me dolía mucho, me dolía siempre, y por todo consuelo y por todo bálsamo, me decían: "¡Anda, que no te dolerá toda!..." "¡Como la tenía tan grande!..."

Se murió mi madre, no recuerdo de qué; apenas me acuerdo de ella... ¿Por qué no me acuerdo yo de mi madre? ¿Por qué no se inundan mis ojos de lágrimas al evocar su nombre?... Y mi padre se casó de nuevo a los pocos meses. ¡El tampoco debía de acordarse mucho de ella!... Mi madrastra era como mi madre, con la agravante de no serlo; y si en tiempos de la difunta había pan y palo, en los siguientes perduraba el palo y escaseaba el pan. ¡Cuántas hambres pasé en aquellos días, en aquellos años!...

Yo era el encargado de ir a la compra. En invierno llegaba a casa aterido de frío; la jarrica de la leche escapábase de las manos, heladas; los pies, mal calzados, húmedos, desnudos, se me llenaban de sabañones fistulados que no me dejaban andar. Cada invierno, con sus hielos, se llevaba un trocito del borde de mis orejas, grandes y despegadas, horrendas, hechas siempre una carnicería... No tenía el diablo por dónde tomarme.

Menos mal—¡ay, más mal aún!—que yo no era tonto. Yo había nacido para idiota; mi insensatez me hubiera ahogado muy malos ratos; pero no, no nací idiota ni aún bobo ni mentecato siquiera; antes bien nací despierto, despablado, listo, talentoso. Lo decía el maestro, que me tenía por lo más florido de su escuela, en la que realmente yo era siempre el primero, descollando entre todos mis condiscípulos.

Había entre éstos, uno, hermoso como un querubín, con una de esas cabezas que sólo se ven en las estampas, en los cromos ingleses, en los cuadros de los grandes pintores... Era un niño rubio y blanco, de rizados cabellos de oro, ojos negros como dos moras y boca de fresa con dienteitos de nácar. Iba siempre bien vestido, era alto y recio, arriesgado, valiente, un poquito soberbio, pero, en cambio, era un redomado holgazán o un necio de remate... Es decir: esto era lo que yo creía... Luego tuve ocasión de convencerme de que era otra muy distinta cosa; algo celestial,

algo inaudito, algo inefable: ¡era un niño mimado!...

Un niño mimado por su madre, por su padre, por sus abuelitos—tenía abuelos—, por sus tías—tenía tías—, a quienes se impone el muñeco sólo con el prestigio de su hermosura, de su carita de ángel de altar mayor, de su cuerpo garrido, inquieto, sano; de su gracia y de su picardía...

Mi condiscípulo era un niño mimado, que no sabía porque no estudiaba y que no estudiaba porque no le venía en ganas hacerlo. Pasábase el día haciendo diabluras y jugando, y tenía la casa llena de juguetes: de aquellos juguetes que yo veía en los escaparates de las tiendas, cuyos vidrios se empañaban con mi aliento... ¡Oh niño feliz, extraído con pinzas de oro de un limbo especial en el que no prosperan los niños monstruos, los niños feos, los niños huérfanos, hambrientos, desnudos y llenos de lacerias...; los niños cuyos padres no golpean ni llaman cabezones, sa-

pos, ranas pisadas...; en cuyas cabecitas de serafín no anida mortificante, cruel, inextinguible, el lento dolor que barrena, que aplasta, que atonta!...

¿Por qué aquel niño dichoso se aficionó a mí?... ¿Quién podría aclarar este misterio?... No había mal alguno en aquella inclinación, en aquella afección vivísima, crecienta... ni aun el de aproximar mi fealdad a su belleza para que aquélla resaltase más, por lo violento del contraste. Me tomó afición "porque sí" — su razón eterna — y se hizo amigo mío, inseparable amigo mío.

Empeñóse él en que yo fuese a buscarlo a su casa todas las mañanas. Rubores y vergüenzas me costó hacerlo; pero comencé a ir, fui, seguí yendo diariamente.

Su mamá, una señora cariñosísima, me recibió con el mayor agrado. El primer día, sí, señores; el primer día que fui, me dijo ya:

—Pasa, hijo mío. No "pasa", en seco y a regañadientes; ni "pasa

—Sus trastornos peculiares le causaban todos los meses dolor de cabeza, cólicos y malestar.

Eran tres o cuatro días de un odioso martirio que la confinaba en casa, o la reducía al lecho.

¡Lo único que pudo librarla de esa esclavitud fué la prodigiosa



Aspirina

Dos tabletas le alivian los dolores por completo, a la vez que le normalizan la circulación de la sangre, devolviéndole así el bienestar y la energía.

Igualmente admirable para dolores de cabeza en general; dolores de muelas y oído; neuralgias; consecuencias de trasnochadas y abusos alcohólicos, etc.

No afecta el corazón ni los riñones.

BAYER

"ahora los veo llegar sin miedo"

hijo", por costumbre; sino "pasa hijo mío", con el mayor amor.

—¡Dios te pague, señora, esta primera flor que ofrezco a mi alma!...

El papá de mi amigo, al verme por vez primera, quedóse mirándome un momento, admirando, acaso, mi fealdad; me tocó zalamero la cara y me dijo campechanamente:

—¡Hola, "Piculín"! ¡Piculín! ¡Qué gracia! ¡Cuánto nos reímos todos!...

Al salir, camino de la escuela, dije a mi amigo:

—¿Has visto qué "buena sombra" tiene tu papá? (No sabía expresarme de otro modo.) ¡Piculín!... ¿Por qué no me llamas también tú Piculín? ¿Por qué no haces que me llamen Piculín todos en tu casa? Piculín, Piculín... ¡Qué bonito!

Y me llamaron Piculín todos, todos... hasta la criada... y cuando la sirvienta me llamó Piculín por vez primera, la mamá de mi amigo, muy seria y muy enérgica la reprendió diciéndole:

—¿Qué es eso de Piculín? Que sea ésta la primera y la última vez que se le ocurre a usted semejante cosa. "El señorito" (¡Jesús María y José!... ¡Me llamó señorito!)... El señorito es Piculín para nosotros. Para usted es el señorito José María... ¿Verdad, Piculín?... Y me acaricié con sus divinas manos.

A mi amiguito le servían el desayuno en mi presencia. Aquello era para mí un tormento, porque la mayor parte de los días iba yo ayuno a la escuela, y tratando de evitar que mis ojos cayeran sobre el humeante refrigerio, hacia el cual, instintivamente, se me iban, los hacía vagar desquiciados por toda la habitación, sin saber dónde posarse, dónde dejar descansar sus miradas, atralladas por mi voluntad como jauría de perros hambrientos...

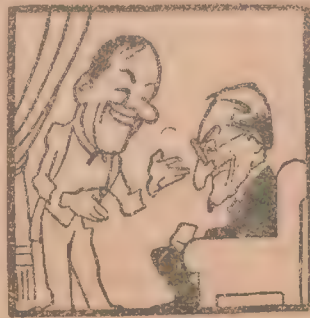
La señora, aquella bendita señora, debió de leer en mi mente como en un abierto libro, y un día dijo a mi amigo con aires de reproche:

—Mira, Enriquito; esto no está bien. Haces almorzar a Piculín dos veces con esta ración de vista. Lo mejor será que desde mañana se venga sin desayunar y tomaréis el café juntos. ¿Verdad, hijo mío? ¿Quieres, Piculín?...

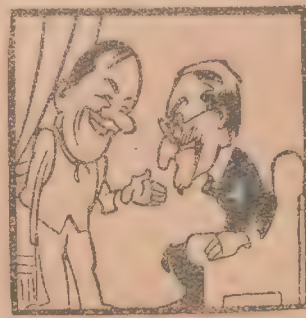
¡Dios mío! ¡Aquella señora era la Virgen de los Desamparados! Comenzamos a almorzar juntos, y principié a desayunarme yo.

Un día no compartió Enriquito conmigo el café cotidiano. Enriquito amaneció enfermo. Tenía fiebre; tosía. La madre, alarmada, asustadísima, trataba de hacerle tomar una pócima de la botica, un purgante acaso, y el enfermito se negaba a ello con el firme poderío de su voluntad.

—Anda, tontito, le dije yo, tómalo. ¡Si esto es bueno!... A mí me lo dan muchas veces para el dolor de cabeza (piadosa mentira mía). Sabe a naranja... ¿Quieres que lo tomemos a medias, como el desayuno?...



—¿Porqué se ha pasado la hora del almuerzo no tiene usted apetito?



—Hágame caso, don Ramón, tome una copa del famoso aperitivo H.F. RRO QUINA BISLERI y comerá en cualquier momento.



—Tiene razón amigo. Muchas gracias por el consejo.

Que no y que no. Ni a tiros. —¡No te querré, no!, le dijo entonces su mamá llorando. No te

querré; no te querré si no lo tomas: ni yo ni papá ni los abuelitos ni tiita... Y... (¿qué era

aquello?... ¿Se entreabrían los cielos mostrándome el paraíso? y querré a Piculín; querré a Piculín... Ven, hijo mío; ven, tú que eres bueno...

Me acerqué a ella, sentóse en una silla, tomé en su falda, y abrazándome amorosa, acercó a mis mejillas — a mi cara de monstruo — su boca fresca, su boca perfumada, su boca maternal, y me besó una vez, dos veces, tres veces...

Enriquito se reía pícaro.

Yo rompí a llorar inconsolable...

¡Sólo por esta acción te abrirá Dios las puertas de la gloria, oh mujer, oh madre que traspasaste mi corazón con el puñal de oro de tus besos! ¡Bendita tú seas, entre todas las mujeres!...

Y murió Enriquito; se marchitó la flor, plegó sus alas de nieve y de oro la mariposa y el ángel extendió las suyas.

Su pobre madre, su santa madre, enloquecía de dolor. Miraba al enfermito, me miraba a mí... Yo lo leía en sus grandes ojos de Doloresa, en sus bellos ojos afligidos; ay, sí; yo lo leía como en un claro libro abierto, y se lo perdonaba de todo corazón; porque yo, en mi foro interno, opinaba también como ella.

—¡Dios mío! ¿Se mueren así los hijos que tienen madre, y quedan los huérfanos abandonados?... ¿Se mueren así los niños hermosos, hechos a tu imagen y semejanza, y quedan estos pequeños monstruos que no parecen hechura tuya?...

Enriquito no me soltaba de la mano. Me atraía hacia sí, clavando en mí sus divinos ojos de azabache, opacos ya por las eternas sombras...

—Piculín... Piculín..., me decía en sus últimos momentos, ahogado, estrangulado por la pulmonía. Siempre aquí, Piculín, ¿quieres?

Y reproduciendo inconscientemente la sublime escena del consuelo del Calvario, terminó dirigiéndose a su madre, idiotizada por la pena:

—Piculín para tí... ¿Verdad, mamá? Siempre para tí... ¡Siempre contigo! Adios, mamá... Piculín, adios!

Se sonrió con su risa pícaro, encantadora y, con ella en los labios, se fué a alegrar el cielo con su hermosura.

¿Comprendéis ahora por qué siendo ella tan hermosa, tiene un hijo tan feo, esta querida madre mía?

MI ROSAL

Rosas que yo mismo planto por cierto amor ancestral hacia el alma vegetal que admiro y que quiero tanto; rosas que cuido con cuanto mimo se pueden cuidar, rosas que me deben dar, desde diciembre hasta enero, adorno para un florero y aroma para un altar.

Rosas que con sibarita dedicación cultivé, porque al cuidarlas trové alivio para mi cuita; rosas que a la mañanita viéronme en facha de obrero, desde diciembre hasta enero, cuidando cada botón con la misma devoción de un humilde jardinero.

Rosas que despetaladas para sahumar un poema, suelen servir de diadema a la que son destinadas; rosas que después, guardadas en el rincón de un ropero, desde diciembre hasta enero recordarán diariamente que las envió de presente un amable jardinero.

Rosas que se han de dejar en el libro preferido, sobre el verso más leído o que más hizo llorar; rosas que han de conservar desde diciembre hasta enero, el perfume duradero del rosal que las crió y que con amor cuidó la mano del jardinero.

Rosas innúmeras que ato yo mismo para adornar los manteles de un altar en donde está su retrato; rosas que pompa y boato dan de diciembre hasta enero al afecto verdadero que el poeta siente por la señora de su amor que lo hizo ser jardinero.

Rosas que perfumarán con su exquisita fragancia el ambiente de la estancia donde desfallecerán, rosas que repetirán

en el silencio casero desde diciembre hasta enero, el nombre de quien las dió, y harán que su dueña no se olvide del jardinero.

Rosas que en las perfumadas vigiliass de cada noche irán abriendo su broche en actitudes cansadas; rosas rojas y rosadas que desde el fino florero desde diciembre hasta enero, entonan la canción romántica y triste con que sueña su jardinero.

Rosas que una mano pía cultivará alguna vez para ponerlas después en la sepultura mía; rosas que yo cuidé un día con humilde afán sincero como un viejo jardinero cuida sus plantas queridas para tenerlas floridas desde diciembre hasta enero.

Rosas blancas, rojas rosas, rosas enfermas que se mueren como rosas té al contacto de las cosas; rosas que en maravillosas variaciones de color cantan poemas de olor y de diciembre hasta enero van contando al jardinero la historia de cada flor...

Amo las rosas con toda la fuerza de mi querer como se ama a una mujer en vísperas de una boda, con un amor de rapsoda que porque las canta les concede más interés y de diciembre hasta enero las admira en su florero, y las conserva después.

Por ello, y porque mi mal va avanzando cada día quiero que la dueña mía se quede con mi rosal, para que en las tardes, al ver las flores del florero desde diciembre hasta enero sienta una voz que la diga: "no te olvides, dulce amiga; del alma del jardinero".

LUIS MARÍA JORDÁN

En las columnas del diario "La Razón" he publicado algunos artículos y reportajes sobre feminismo. El tema es tan amplio que hay todavía muchísima tela que cortar. Además, es, para mí, tan seductor, que en cuanto dispongo de una hora libre, ya estoy escarbando bibliotecas y auscultando opiniones. Hoy he interrogado a una prestigiosa educadora: doña María Isabel S. de Martínez, cuya opinión me interesaba en su variado aspecto de mujer inteligente, esposa, madre y profesional...

—Señora: quiero saber qué piensa Vd. acerca del feminismo.

—Preguntar a una mujer que piensa del feminismo es...

—Permítame, señora. La opinión de los hombres la conozco ya. Su concepto del feminismo varía según el que tienen formado de la mujer.

Para unos, la mujer es un ángel, para otros, es un demonio... y para los más, es un delicioso animalito de ojos mentirosos y pieles carisimas;... un animalito que en ciertos casos excepcionales hasta tiene inteligencia...

Hacia estos tres grandes rumbos van dirigidas las doctrinas filosóficas del hombre acerca de su compañera. Nosotros, señora, hemos hecho a la mujer las más sublimes alabanzas y las acusaciones más atroces. ¡Qué gran contraste entre las páginas de John Stuart Mill, el fervoroso defensor de la mujer en los tiempos modernos, y aquella fobia antifeminista como la de Diógenes, por ejemplo, que un día, al ver pendiente de un árbol el cadáver de una mujer que se había suicidado ahorcándose exclamó: "Ah!, qué hermosa sería la vida, si todos los árboles diesen frutos como este!" (1)

Ya ve usted que la opinión de los hombres es absurdamente contradictoria.

—Es que ustedes hablan de la mujer según les fué con ella.

—Verdad es, señora. Y voy a citarle un caso que corrobora su afirmación. Hablando con un escritor amigo, cuyas obras tienen gran difusión entre el bello sexo, le pedí que me respondiera lealmente si en realidad él era feminista, como lo dejaba entrever en sus producciones. El me respondió: "Vea, compañero: cuando me acuerdo de mi novia, soy feminista delirante... Pero cuando me acuerdo de mi futura suegra... le doy la razón al buen Diógenes!"

Claro está, señora, que no todos echamos a broma tan bellísimo tema. El insigne novelista español Armando Palacio Valdés, respondiendo a unas preguntas que le hiciera mi ilustre amigo Gregorio Martínez Sierra, dijo:

"Mi feminismo es ultra-radical. No solo pienso que la mujer es apta para la política, sino que pienso que es más apta que el hombre. Aún más: estoy seguro de que tarde o temprano, todos los fines adjetivos de la vida social caerán en su manos.

"Ahora debo confesarle que en ninguna parte la mujer está preparada para cumplir estos fines. Vivirán y desaparecerán algunas generaciones antes que se borren del

(1) Citado por Severa Catalina en su libro "La mujer".

Algo sobre feminismo

Una opinión de doña María Isabel S. de Martínez

alma femenina las huellas de la esclavitud en que la hemos tenido.

"Ya sé que se quiere cohonestar

esta esclavitud con el famoso cliché de "ángel del hogar". Esto no es más que dorarle la píldora. Si

Ultimo Modelo "Underwood"

PORTÁTIL — 4 HILERAS



6 Diferentes
Clases
de tipos

ESMALTADAS
en
VARIOS COLORES

AL CONTADO Y EN ABONOS

Unicos Importadores:

Arturo W. Boote & Cia.

Sarmiento 478

U. T. 1020 Av. Buenos Aires

FILIAL

Sus compañeros de oficina le llamaban "el siervo", por su apego a una finquita rústica que compró "a plazos".

Hacia diez años que, cada tarde, al punto de las cinco, cerraba los grandes y gruesos libros de cuentas, a su cargo, y se encaminaba hacia la finquita.

Al principio, hacía lo acompañado de su hijo, a quien recogía en la escuela hasta cuando éste cumplió quince años, pues entonces le encontró empleo en la oficina, de donde salían juntos.

Y hacia diez años que, cada mañana, al llegar a la oficina, explicaba a sus compañeros lo que la tarde del día anterior cosechaba, sembraba, plantaba.

Ultimamente, iba solo a la finquita, pues el hijo, ya de veinte años, y ascendido a primer auxiliar del cajero prefería, al salir de la oficina, la compañía de los camaradas de aperitivos.

Y he aquí que una mañana, el gerente llamó al tenedor de libros y al auxiliar del cajero, pues se acababa de constatar que éste había sustraído dineros.

El padre del delincuente dijo, con gravedad:

—Usted sabe que yo tengo una finquita; usted la conoce... Si cree que vale lo que mi hijo le debe y usted la acepta en pago, yo...

Las palabras se le velaban, como esos cohetes a los que un defecto pirotécnico hace silenciosos.

El gerente, con disimulada sorpresa, aceptó:

—Ese inmueble no vale tanto, pero, en fin... Hágame el favor de ver a mi notario. No olvide la suma que debe servir de precio.

—Está bien — contestó el tenedor de libros, retirándose solo, pues su hijo permaneció allí para preguntar al gerente:

—De modo que todo está arreglado, ¿verdad?

—Ya usted lo ve! Ha arruinado usted a su padre, moral y materialmente.

Entonces, como réplica y despedida, el delincuente murmuró:

—Para eso soy su hijo.

R. Pérez ALFONSECA.

son ángeles, deben volar y no vivir encerradas como odaliscas. Son la mitad del género humano y deben contribuir por mitad a la realización de nuestro destino..."

Pero observo, señora que yo estoy haciendo el gasto de la charla...

—No es mía la culpa...

—Le prometo no interrumpirla. ¿Quiere usted decirme algo sobre el feminismo?

—El feminismo es una conquista de los tiempos modernos. Existiendo la mujer desde... Adán, ha necesitado para ocupar su puesto, la marcha de diez y nueve siglos.

Ahora, que como es una conquista reciente, no lo entendemos todos de la misma manera.

Es, según colijo, haber alcanzado no a igualar al hombre, cosa antinatural e ilógica, sino ponerse a su lado; realizar la aspiración bíblica, siendo la compañera del hombre por la educación integral, pero atendiendo a su sexo, a su idiosincrasia.

La mujer no cambia por esto su esencia, su índole, su ser íntimo; no ha hecho sino evolucionar, progresar, conquistar como dije ya, su verdadero lugar.

De esto a aquella caricatura de la mujer angulosa, dentada, con lentes, de modales bruscos, discutiadora, parlanchina y marisabidilla con que se pretende ridiculizar al feminismo, hay una gran diferencia.

En mi opinión, la mujer "feminista" sigue siendo en esencia aquella misma que inspiraba las jornadas del gay saber; aquella que hizo decir al clásico:

—"Mujer, que aqueste nombre
"es el mejor requiebro para el hombre."

Y la prueba está en que las feministas que conozco, — las de verdad —, sin olvidar la lectura del último libro o estudiar y discutir el problema de actualidad, se cuidan de "no perder la línea", de elegir el color y el figurín que más les sienta, de arreglarse la melena de modo que favorezca su perfil...

Es decir que son feministas sin dejar de ser femeninas.

He aquí, pues, la verdadera concepción del término: la comunión del feminismo y de la femineidad.

(Propongo este neologismo a la docta Academia de la Lengua, como una nueva conquista del feminismo. Si ha incorporado a su diccionario "masculinidad"; por qué no hace lo mismo con su congénere?)

Resumiendo: creo que la mujer no es superior ni igual al hombre; es... su complemento. Ahora que hablamos de esto surgen en mi memoria, por asociación de ideas, las palabras de Anatole France:

"La mujer es la gran educadora del hombre; ella le enseña las virtudes encantadoras, la urbanidad, la discreción y esa altivez que teme ser importuna. Ella enseña a algunos el arte de gustar y a todos, el arte útil de no desagradar. En fin, junto a ella se penetra uno de la idea que los sueños del sentimiento y las sombras de la fe son invencibles... y que no es la razón la que gobierna a los hombres".

Oscar R. BELTRAN

La vida de los menores en los institutos tutelares de Europa y de Estados Unidos

Después de su jira por el viejo mundo y por la tierra de Wáshington, el doctor Carlos Arenaza narra sus impresiones sobre aquellos establecimientos.

El Jefe de Sanidad de la Policía de la Capital Federal, doctor Carlos Arenaza, distinguido médico argentino, que ha realizado con celo e inteligencia obra proficua en las esferas de la repartición encargada del orden público, fué delegado al Quinto Congreso Panamericano del Niño, reunido en La Habana, llevando la misión especial, encargada por nuestro gobierno, de estudiar en Europa todo lo que se refiere a legislación, reformatorios, etc. A su regreso creemos oportuno reportearlo y con toda amabilidad nos atiende de inmediato.

—Cuál ha sido, doctor, la primera ciudad por Ud. visitada?

—Lisboa. Allí estuve en la Escuela de Huérfanos donde hablé en cuatro idiomas. Le menciono esto para dar la sensación del espectáculo curioso ofrecido por aquellos niños, que mientras uno hablaba inglés, el otro entendía el francés, otro el alemán y el de más allá domina el idioma de Camoens. Me retiré de ese instituto con óptima impresión. En Inglaterra recorri nueve establecimientos.

—¿Qué características halló en éstos?

—La comodidad, diré, de los hermosos pabellones para delinquentes.

El fundador de la Oficina Médico



El doctor Carlos de Arenaza, Jefe de sanidad de la policía de la capital en pose para FRAY MOCHO.

ción y disciplina que rigen la escuela correccional son ejemplares. Los germanos se han preocupado con afán de los problemas que afec-

numento erigido a los alumnos caídos durante la guerra.

Estuve también en los Tribunales de donde me retiré con impre-

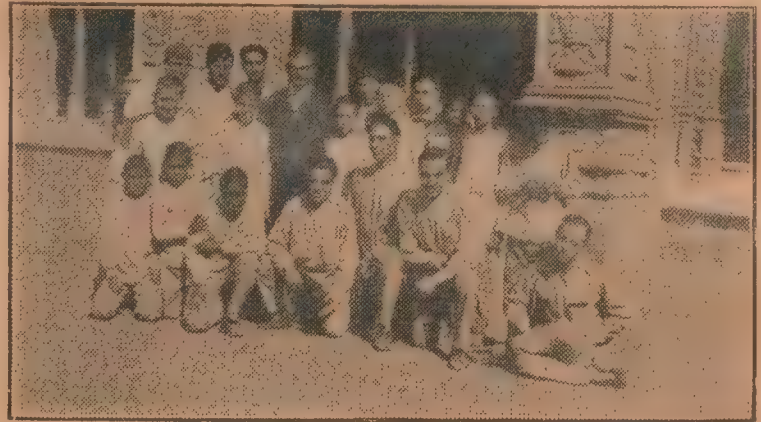
—¿Tuvo oportunidad de conversar con Ferri?

—Y no se imagina Ud. la satisfacción con que entrevisté al eminente criminalista italiano. Al tener conocimiento de que un argentino con el carácter oficial que yo llevaba, deseaba departir con él, se preocupó de facilitar una hora propicia. Me citó para el día siguiente en su residencia situada en Roca di Papa, parage que lleva este nombre por ser el lugar donde veraneaban los pontífices, situado a treinta kilómetros de Roma, sobre una espléndida colina. Es un sitio que ofrece un panorama magnífico. Bien, en esa villa conversamos largamente sobre los más diversos tópicos. Conserva nítidos los recuerdos de su estada en Buenos Aires, y las personas que conoció. ¡Qué hombre admirable! De unos setenta de años de edad, parece un profeta, con una energía vibrante que se evidencia en sus pupilas claras de vivos reflejos. Es un gran admirador de Mussolini, me hizo su elogio en forma vehemente. El espíritu del "Duce" se halla palpitante en esa mansión, identificado con su admirador ferviente.

Es muy fino, de una conversación amable, galante, explicó solícito a mi hija detalles del lugar y



El profesor Enrico Ferri, el doctor Di Tullio, profesor de antropología de la Universidad de Roma, y el doctor Arenaza en "Roca de Papa", residencia del primero.



El doctor Arenaza rodeado por un grupo de menores huérfanos y abandonados del Asilo de Belén en el antiguo convento de los Jerónimos, de Lisboa. En el grupo figuran menores que hablan correctamente, inglés, francés, español, portugueses e italianos.

Legal de la Prisión Nacional se arrellenaba en un sillón giratorio y nos mira a través de sus quevedos con simpática sonrisa. Mientras su mente trabaja reconcentrando detalles para significar aspectos y describir cuadros europeos, nosotros recordamos su actuación desde 1905 a 1916 en la dirección de la oficina por el organizada en la Penintecia-ria.

Y la brillante organización de la sección menores del Departamento en donde puso en evidencia sus aptitudes, su ciencia y su elevado espíritu.

De Inglaterra—continúa nuestro interlocutor—pasé a Holanda. Allí existe una importante sección de la Policía que coopera en los asuntos referentes a menores, aportando como es de suponerse, un señalado servicio a la repartición encargada del tutelaje de éstos.

—¿Estuvo en Berlín?

—Sí y por cierto que la organiza-

tan a la delincuencia infantil y ese esfuerzo se halla patente en el local. Recuerdo una nota simpática que deseaba que Ud. anotase. En el patio de la escuela hay un mo-

sión satisfactoria. En Italia recorri la morada de la Policía Científica, institución meritoria y auxiliar valiosa para los organismos judiciales.

nos obsequió con folletos conteniendo estudios nuevos sobres criminología, etc. Tiene un concepto excelente de nuestra Policía y de todo lo que se refiera con la Argentina.

—¿Visitó Estados Unidos?

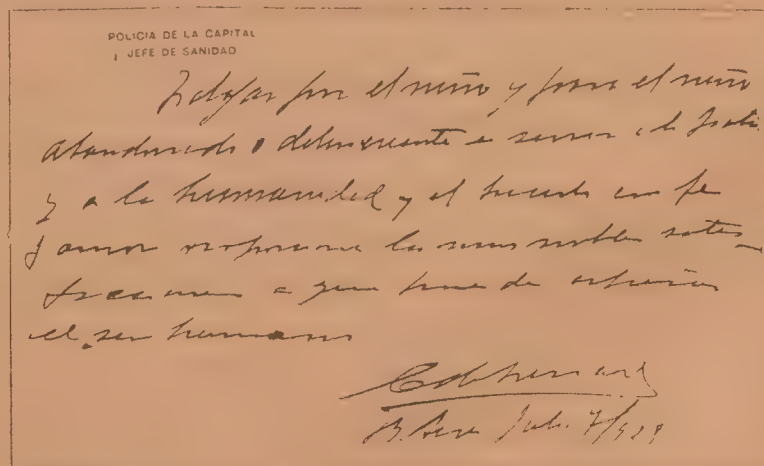
—Como no y antes de nada deseo consignar mi agradecimiento por las exquisitas gentilezas que el embajador argentino en Wáshington doctor Honorio J. Pueyrredón me dispensó. Tuvo la atención de designarme una secretaria, perteneciente a la legación.

—¿Qué establecimientos correccionales existen?

—Varios mixtos, con amplias instalaciones, salas, etc.

—¿Cómo nos conocen a nosotros en Norte América?

—Voy a relatarle una anécdota que refleja con suma elocuencia ese conocimiento por demás arbitrario. El director de una de las escuelas de más importancia del país



yanque, autor de varias obras de sociología y educación infantil, hablaba conmigo y mi hija Celina, que me acompañó en mi gira, y en una pausa mía le preguntó, textualmente: "El idioma nativo de ustedes en Buenos Aires es el portugués, no"? Le conté esto a Pueyrredón, se rió y me dijo que no me extrañara porque a él le habían ocurrido cosas semejantes. En una reunión de políticos, leaders de las cámaras legislativas y altos funcionarios de la administración pública, uno de ellos le habló respecto de la suspicacia nuestra, expresándole que ellos estaban acostumbrados a tratar asuntos concernientes a las naciones centroamericanas y por ello por estar más cerca de su territorio conocían más la vida de estas y suponían iguales las de otros países, La Argentina, verbigracia. El doctor Pueyrredón no se inmutó ante semejante afirmación, un tanto imprecisa y otro tanto ingenua e inconcebible, que bien pudo ser la de un humorista como la de un insensato o ignorante. Sus labios bosquejaron una sonrisa de suave ironía contestando con una sutileza que diluyó el error ama-



Un grupo de menores detenidos en los bien conocidos reformatorios "Borstal", de Inglaterra, ocupados en tareas rurales.

blemente por la espiritual eficacia de sus palabras.

— "No se aflija el señor, a nosotros los argentinos nos ocurre algo parecido. Cuando nos enteramos por los telegramas que registra la prensa diaria, de algún movimiento subversivo en Méjico, de levantamientos obreros y maniobras de caudillos políticos de alguna de esas pequeñas naciones ecuatoria-

nas creemos que como se hallan cerca de los Estados Unidos, allí se deben cocer habas del mismo modo. Que son un reflejo de los acontecimientos norteamericanos".

Entra en el despacho del doctor Arenaza un médico de servicio.

— ¡Interrumpo, doctor? — inquiere.

— Si es breve, no.

— Se trata de los inciertos casos

de neumonía pestosa que los diarios anunciaron existían en los detenidos. El informe es negativo.

— Muy bien. Puede retirarse.

En la Habana propuse que el próximo Congreso del Niño se realizara en Lima. Moción que fué recibida con gran entusiasmo y votada sin hesitar por el representante chileno que se encontraba a mi derecha.

— En síntesis, doctor, sus observaciones?

— Me han proporcionado datos interesantes. He podido recoger sugerencias que las traduciré en proyecto de reformas sobre nuestro sistema de corrección a los menores. Con el parangón hemos ganado sobre otros países. No brilla en todos la luz de la educación para estos hijos de la patria que el desamparo ha colocado en precaria existencia. Afortunadamente, en resumen, en el mundo, puede afirmarse, la mayoría son hogares que reemplazan bien a aquel que con su calor forma el espíritu y la evolución física de los jóvenes de hoy, hombres del mañana.

Roque CEPEDA VERON.



"Childers Village", uno de los veinticinco chalets, de Nueva York, destinados a los menores detenidos.



Edificio de la dirección del Reformatorio de Sbrusenof, (Berlín).

El señor Radieux entraba en su casa. Llevaba en la mano derecha un ramo y unos pasteles para su mujer y en la izquierda una caja de cigarros para su amigo Ernesto.

El señor Radieux tenía buen corazón. Había encontrado a un compañero del colegio, Ernesto de Lanlairé.

El señor Radieux, conmovido por los recuerdos de la juventud, había recogido a Ernesto, le daba todos sus trajes usados, lo invitaba a comer y a cenar siete veces por semana y le había prestado cinco mil francos.

Al ir a entrar en la sala oyó el ruido de un bofetón. Dejó caer los paquetes, abrió la puerta, y vió a su amigo Ernesto con la mano en la mejilla.

— ¡Tu amigo es un malcriado! — le dijo su mujer. — Se ha atrevido a darme un abrazo.

— ¿Tú? ¡Hacerme eso a mí, que te visto, te doy de comer y te doy dinero!

— ¡Basta, caballero! — dijo muy dignamente Ernesto de Lanlairé — Soy hombre de mundo y estoy a sus órdenes.

— ¿Qué quieres decir?

— Que tienes que batirte — contestó su mujer — para reparar esta ofensa.

— Está bien; nos batiremos.

— ¡Naturalmente! — dijo la señora de Radieux, muy orgullosa, pensando que dos hombres iban a batirse por su causa.

— ¿A qué arma?

El duelo imposible

Por George Bolley

— A pistola.

— Sea.

— Pero para batirse a pistola —

observó Ernesto — se necesita una levita, y yo no la tengo.

— Mi marido le prestará una; la

BRUMA DENSA

Olivos de negra fronda
que miran, ensombrecidos,
los verdes campos dormidos
bajo la luna redonda.

Olivos sobre la entraña
profunda de los barrancos.
Olivos entre los flancos
y cumbres de la montaña.

Olivar... triste olivar...
Tu fronda tupida, piensa
desde la montaña muda.

Y en el encanto lunar,
eres sólo bruma densa
sobre la tierra desnuda.

Antonio Pérez-Valiente de Moctezuma.

del día de su boda. Voy a buscarla, y también le traeré la chistera.

La señora de Radieux volvió con la prenda y el sombrero de copa.

— ¡Hermosa levita! — exclamó Ernesto, mirando el forro de seda.

Y se la puso inmediatamente.

— Pero no es esto todo.

— ¿Hay más?

— Para batirme hace falta dinero. Tengo que alquilar las armas, un coche, pagar un médico...

— ¿Cuánto le hace falta?

— Mil francos.

— Aquí están. Con éstos son seis mil francos que me debe.

Ernesto se guardó el dinero.

— ¿Está usted dispuesto?

— No podemos batirnos.

— ¿Y por qué? — dijeron furiosos los señores de Radieux.

— El código del honor prohíbe batirme con un hombre que nos debe dinero.

— Aquí está su recibo — dijo el señor Radieux. — Y ahora, saldada su deuda, ya podemos batirnos.

— ¿Y voy a correr el riesgo de matar a un hombre como usted? ¡Nunca! Este duelo es imposible. Y cayó en los brazos del señor Radieux, al que estrechó con fuerza.

— Pero...

— Basta. Ni una palabra más. Todo está olvidado. Os convidó a comer en un restaurante.

— Pero...

— No te alarmes, tengo dinero. Y sacó del bolsillo los mil francos destinados a pagar las pistolas, el coche y el médico.

El amor cautivo

Por Jean Mauciere

Cuando en 1710 el Rey hizo recluir en la Bastilla a mademoiselle Launay, porque siendo secretaria de la duquesa de Maine había redactado, en parte, el proyecto de complot de "Cellamare", la prisionera, que debía ser veinte años después baronesa de Staal, se sintió desesperada.

Se instaló con su dama, Rondel, en una habitación sucia y lóbrega, sin un sólo mueble; por piedad la dieron una silla de paja y dos piedras para sostener un haz de leña que encendieron en el suelo.

Y para aliviar un poco la prisión, la dama sujetó con habilidad en el muro un trocito de tea.

El conjunto era desolador; pero mademoiselle Launay se sobrepuso, recordando que tenía un pelo precioso, una cara de hada y una boca picaresca, que sabía sonreír con gracia.

De todos estos encantos pensó aprovecharse la cautiva, según le manifestó a su dama, Rondel, para salir de su prisión, o, al menos, para procurarse cuantas comodidades y diversiones pudiera.

En aquella época, el gobernador general de la Bastilla tenía por segundo a M. de Maisonrouge, lugarteniente del Rey, hombre de cierta edad, entusiasta de la belleza femenina, quien desde los primeros días se fijó en mademoiselle Launay y la trasladó a otra habitación tapizada y cómoda, y la regaló una gata, para que la librase de los ratones, que aterraban a la hermosa doncella.

Al saber que la gata había tenido varios gatitos, M. De Maisonrouge fué a enterarse de cómo seguía la familia gatuna, y luego volvió varias veces, ya sin pretexto ninguno, para tener el gusto de conversar con su encantadora prisionera.

El viejo gentilhomme tenía su habitación cerca de mademoiselle Launay, y muchas tardes, dada su proximidad, la invitaba a tomar "muscat" con bizcochos, para ayudarla a soportar mejor el severo régimen de la Bastilla.

Después hablaban de cosas indiferentes, y al cabo de algún tiempo M. De Maisonrouge sintió nacer en su alma un amor apasionado por la bella conspiradora.

Un día, le dijo a mademoiselle Launay, a la que acababa de sorprender cantando, con la cabeza apoyada en la reja de su ventana:

—Encantadora niña, tenéis una voz hermosa. Pero no es de canciones de lo que os quisiera yo hablar hoy.

—Pues de qué es, ¿entonces?

—¿Queréis que os lo diga? Pues bien: sabed que os habéis apoderado de tal modo de mi imaginación y de mi corazón que os ruego que me concedáis vuestra mano.

A pesar de su nobleza y de su larga experiencia, M. De Maisonrouge se hallaba emocionado como un adolescente.

Mademoiselle de Launay contempló, con una sonrisa irónica, a aquel enamorado, que tenía de veinte a treinta años más que ella, y exclamó, con coquetería:

—¿Deseáis casaros conmigo?

—¡Es mi afán más ardiente, amor mío!

—Pues no sé qué responderos. Me aburro aquí extraordinariamente... Y sintiendo esta gran melancolía no puedo pensar en el amor... Distraedme, caballero, y... veremos después...

Monsieur De Maisonrouge se ingenió por divertir a la bella cautiva.

La hizo invitar por el gobernador a la tertulia que en sus aposentos celebraba durante parte del día y después de cenar.

Mademoiselle de Launay estaba satisfecha; más el lugarteniente del Rey buscó otra distracción a su adorada.

Allí estaba también, recluso por motivos análogos a los de mademoiselle de Launay, un jo-

ven y brillante gentilhomme, el caballero Du Mesnil.

Monsieur De Maisonrouge habló a dos prisioneros, al uno del otro, esperando que el ponerlos en comunicación proporcionaría un nuevo motivo de agrado a la que tanto amaba.

La hermosa respondió muy bien a los deseos de su viejo amigo, y empezó a sentir amistad por M. Du Mesnil, al que no conocía.

Poco días después comenzaron los dos a escribirse billetes en verso, que M. De Maisonrouge, complaciente, llevaba de un cuarto a otro.

Pasado algún tiempo los billetes hablaron ya de amor, en verso, y los cautivos se enamoraron mutuamente; tanto que suplicaron al viejo gentilhomme que los proporcionase una entrevista.

¡Y consintió!... Porque no sabía negarle nada a la que idolatraba.

El caballero Du Mesnil encontró encantadora

a su compañera de cautiverio; y ésta miró, entusiasmada, al joven gentilhomme. El lugarteniente del Rey los observó, benévolo; y cuando condujo de nuevo al prisionero a su celda, vio claro cosas que hasta entonces no había comprendido.

Por la noche, en su aposento, triste y melancólico, se hallaba abismado en sus reflexiones, cuando su criado, que era su hermano de leche, exclamó:

—¡Presentar su rival a su adorada es una cosa nunca vista!

Monsieur De Maisonrouge se volvió hacia él, y le dijo, con firmeza:

—¡Déjame en paz! He conocido hoy un placer insospechado... Llevar una sonrisa a los labios y una alegría a los ojos amados... Y aunque esa alegría y esa sonrisa no fueran destinadas a mí, siempre es un dicha para un hombre honrado hacerlas brotar, dándolas vida y calor...

DESALOJO

Y

LIMPIEZA



son dos palabras que resumen todo lo que debe hacerse para combatir el Estreñimiento.

La Constipación, que proviene de la no evacuación de las materias fecales, favorece la multiplicación de las bacterias que pululan en el intestino, las que secretan toxinas y venenos que son absorbidos por la mucosa intestinal, con el peligro consiguiente para la buena salud del estreñido.

Es indispensable desembarazar el intestino y al mismo tiempo limpiarlo y desinfectarlo, cosa que se consigue utilizando un laxante agradable, seguro y suave tal como la

SANTEINA

(DIOXIDRIFTALOFENONA)

que tomada metódicamente reeduca el intestino. Presentada bajo forma de ricas pastillas de chocolate a dosis de una es laxante, tomando dos es purgante. Puede tomarse a cualquier hora, no requiere cuidado alguno. Es un poderoso desinfectante merced a la Dioxidriftingalofenona que contiene.

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

SARMIENTO y FLORIDA

BUENOS AIRES

En honor de los represen- tantes del Paraguay y de Bolivia

El ministro de Relaciones Exteriores doctor Angel Gallardo, acompañado de los ministros de Bolivia y del Paraguay, doctor Alberto Diez de Medina y señor Pedro Saguier, respectivamente y de los miembros de las comisiones de límites entre los nombrados países, después del banquete servido en honor de dichos señores, en el ministerio de Relaciones Exteriores.



Recepción en ho- menaje a los cadetes chilenos



La señora María L. Rodríguez de Mendiola, ofreció, en su residencia particular, una recepción en homenaje de los cadetes militares chilenos que nos visitaron con motivo del 9 de Julio. — Los obsequiados y un grupo de señoras de nuestra sociedad que concurrieron a la simpática fiesta.

Biblioteca Argentina para Ciegos



El director de la Biblioteca Argentina para Ciegos recibiendo los libros en relieve donados a la institución por la Liga Argentina de Damas Católicas



Vista parcial del público que asistió al acto literario musical realizado en la Biblioteca Argentina para Ciegos, con motivo de la donación de libros hecha, por la Liga de Damas Católicas

Banquete al Sr. Compiani



El señor José Eugenio Compiani, director de la revista "Orientaciones", fué objeto de una afectuosa demostración por parte de los colaboradores de dicha publicación y de un núcleo de intelectuales amigos, consistente en un banquete servido en su honor en el restaurant Comercio Larre. — El obsequiado, rodeado de los comensales que asistieron al acto.



En el Club del Progreso



El doctor Enrique Lavalle rodeado de los caballeros que le tributaron una afectuosa demostración, con motivo de su brillante actuación en el cargo de vicepresidente primero del Club del Progreso, inteligentemente desempeñado durante cuatro años consecutivos

Agasajos a los artistas uruguayos



Cabecera del Banquete ofrecido a los artistas uruguayos, celebrando el éxito obtenido por la Exposición Uruguaya de Primavera, efectuada en el Salón Nacional de Bellas Artes



Homenaje al doctor Arce



El doctor José Arce rodeado de las personas que asistieron al homenaje que le fué tributado en el Instituto de Cirujía del Hospital de Clínicas

De nuestros salones



La distinguida señorita Lía Aramburu, hermana del conocido escritor y cónsul argentino en el Japón, don Ricardo que acaba de ser presentada en sociedad

Baile en el Círculo Italiano



Vista parcial de la concurrencia que asistió al baile organizado por la comisión directiva del Círculo Italiano, en honor de las familias de sus asociados

El regreso de los footballeros argentinos



Uno de los muchos grupos de aficionados que, con banderas y carteles alusivos esperaron en la dársena el arribo de los footballeros argentinos que actuaron en las olimpiadas de Amsterdam



El brillante centro forward Ferreyra, rodeado de un núcleo de entusiastas admiradores que le felicitaron en la Asociación Amateurs Argentina de Football

Commemoración del 14 de Julio



El embajador de Francia, Mr. Georges Clinchant y algunas de las personas que concurrieron a saludarle, durante la recepción ofrecida por dicho diplomático, en los salones de la embajada, en conmemoración del aniversario de la toma de la Bastilla.



El embajador de Francia pronunciando un patriótico discurso en la ceremonia conmemorativa efectuada en el Hospital Francés.



Público congregado ante el Monumento del Recuerdo, en el Hospital Francés, escuchando los discursos en la conmemoración del 14 de julio.



El presidente de las sociedades francesas haciendo uso de la palabra en la ceremonia realizada ante el Monumento del Recuerdo.



El embajador de Francia y los caballeros que le acompañaron en el sitio de honor, durante el banquete con que la colectividad francesa se asoció a la efemérides patria.



Círculo Argentino de Inventores.



Reunión de socios efectuada en el Círculo Argentino de Inventores con motivo de celebrarse el "día del fundador" de la entidad, coronel Adrián Ruiz Moreno y el "día del inventor".

EXPOSICIÓN CUFRE



"El alma del silencio", uno de los notables cuadros de la serie expuesta en el salón Zurretti por el conocido pintor Oscar G. Cufre. — A la derecha: retrato del artista.



Música



Señor Arturo González, celebrado compositor autor de "Cielo andaluz", paso-doble canción con letra de don Mariano Romero.

Demostración a don Ramón Columba



Vista parcial del banquete con que los taquígrafos del Senado Nacional obsequiaron a su jefe, don Ramón Columba, con motivo de su regreso de Europa, y celebraron, al mismo tiempo, la buena actuación del subdirector de la oficina, señor Rentería, mientras duró la ausencia de aquél.

BIBLIOGRAFIA

TEATROS



A la izquierda: Angélica Triana, aplaudida bailarina internacional que actúa con éxito en los teatros de variedades. — A la derecha: Clara San Marco, bailarina y cantante que está obteniendo muchos aplausos en los espectáculos escénicos de la misma índole.



Señorita Blanca Lila conocida escritora paraguaya a cuya pluma se debe el libro "Naranja en flor" obra recientemente aparecida y que constituye para su autora un nuevo triunfo literario.

El do
tuosa
presic

La di
cido

Uno
espe

DE TUCUMAN. — Ecos de la celebración del 9 de julio



A la izquierda: el gobernador de la provincia, ingeniero Sorthaix, el ministro de Gobierno, doctor Bourguignon, monseñor Piedrabuena, el general Vaccarezza, el ministro de Hacienda, doctor Apolinario, nuestro director y otras personas, durante el homenaje tributado en la Casa Histórica, al Congreso de Tucumán, por los alumnos de la Escuela Superior de Comercio "Carlos Pellegrini", de Buenos Aires. A la derecha: el gobernador y un núcleo de legisladores mientras se efectuaba la recepción en el salón blanco de la casa de gobierno.



Placa colocada en la casa histórica por los alumnos de la Escuela Superior de Comercio Carlos Pellegrini, de Buenos Aires



El gobernador, ingeniero Sorthaix, en la kermesse realizada por el Centro Social y de Socorros Mútuos, rodeado de la comisión femenina y de los dirigentes de la mencionada Asociación.



Grupo de distinguidas niñas tucumanas, presentadas en sociedad durante el baile de gala organizado por El Círculo en ocasión del 9 de Julio y que constituyó la fiesta social más destacada del año.



Otro grupo de concurrentes al animado y brillante baile social de El Círculo



Alumnos de la Escuela Superior de Comercio, "C. Pellegrini", de Buenos Aires, acompañados por nuestro director y por nuestro corresponsal en Tucumán, visitando el ingenio San Pablo y disponiéndose a subir a la Quebrada de Lules



Vista parcial de la concurrencia que asistió al festival patriótico organizado por el Círculo del Magisterio y realizado, con todo lucimiento, en homenaje a los congresales de 1816



AURENCIO

Por José Brissa

MUCHISIMOS años hace, vivía en la gran ciudad de Besalón, el rico señor Aurencio de Besalonia, de sobrenombre el bueno, con tales merecimientos alcanzado, que no de otro modo que por Aurencio el Bueno era conocido.

Su gran hacienda la empleaba en obras benéficas, en servir a sus amigos, proteger a sus deudos, amparar a todos, y su gran corazón, en amar al prójimo, querer a sus hijos, adorar a su mujer y conducirse digna y generosamente con todos.

Las causas justas, fueron siempre por su brazo defendidas, y peleó en cien batallas noblemente por su Rey y por su Patria.

El reino entero de Besalonia podía estar orgulloso de su preclaro hijo, y la gran ciudad de Besalón, hubiera rendido tributo a su memoria en mármoles y bronce, si el destino, dichosamente cruel para Aurencio, no le hubiese encaminado a legarnos más delicado y ejemplar recuerdo.

Tres hijos tenía Aurencio, y una hija de extremada belleza.

Un día, los tres hermanos, apuestos jóvenes galantes de la corte, deseando vivir con más fausto y disipar en festines y espléndidos desfilfarros las energías de su juventud y los tesoros de su padre, decretaron de acuerdo hacerle asesinar.

Y un plebeyo codicioso, bien pagado de su infamia, armó su diestra con el puñal traidor, llegando sigilosamente hasta el lecho donde Aurencio el Bueno descansaba.

Mas fué vano el golpe, y el ruin, al descargar su brazo, halló el férreo puño de Aurencio que al sujetarle le preguntaba:

—¿Por qué quieres matarme? ¿qué te he hecho?

—Perdón, señor, tus tres hijos me lo mandaron.

—¿Cuál era el precio?

—Cien monedas de plata.

En poco estiman mi vida. En cambio tu acción criminal te hace reo de muerte.

Si te entrego a la justicia del Rey, no te perdonará. Yo, como no soy la justicia, te perdono. Vete, y dí a mis hijos que me has asesinado y que arrojaste al mar mi cadáver.

Aurencio, disfrazado de mendigo, pues éstos tenían entrada franca en su palacio, pudo observar todo cuanto sucedió a su fingida muerte.

Sus afligidos hijos vistieron riguroso luto y costearon pomposas exequias en los templos más suntuosos. Su esposa amada, se entregó a los mayores transportes del dolor, durante tres días justos, que eran los que exigía entonces la etiqueta, y al cuarto día, saliendo de su voluntario encierro, paseó melancólicamente por su jardín, a la luz de la velada luna, dando el brazo al gentil Rodolfo, el mejor amigo de Aurencio, que, a juzgar por sus dulcísimas frases no era la primera vez que la consolaba.

El mendigo Aurencio, echó mano coléricamente a su desarmado cinto, más volviendo en sí, huyó del jardín y del palacio para no caer en la tentación de cometer una acción reprobable.

Y al salir, vió a algunos de sus deudos y protegidos que excusados en conservar un recuerdo del llorado señor, saqueaban sus habitaciones aprovechándose de la confusión que aún reinaba en la servidumbre; Aurencio escuchó también las burlas y mofas que su memoria hacían. Desde una ventana que caía sobre el jardín observó nuevamente a su esposa tan querida que, radiante de hermosura y felicidad, abandonada su blanca mano a los labios de Rodolfo.

Y Aurencio el Bueno, enjugándose las lágrimas, penetró en su cámara secreta, donde se atavió con el más hermoso traje y ricas joyas, colgándose al cinto su magnífica espada, vencedora en cien combates.

Penetró en el cuarto de su hija, que creyó dormida, mas su hija no estaba. Sobre un mueble halló una esquila del Rey... de aquel Rey que él defendió tantas veces en el campo de batalla. Leyó la esquila y nuevamente tuvo que enjugar las lágrimas. Su hija, en aquellos momentos, colmaba de caricias al monarca.

Aurencio había caminado muchas leguas, y el cansancio le rendía. Había marchado siempre adelante, sin atreverse a volver la cabeza atrás. Y aunque sus ojos estaban secos, las lágrimas que no brotaban, iban cayendo una a una sobre su corazón.

Entonces, Aurencio el Bueno, se dejó caer a la sombra de un roble, y sollozó largo rato, tiernamente al principio, enardecido luego, y convirtiéndose después sus sollozos en feroces rugidos de fiera acorralada.

Levantóse de súbito, y mirando al cielo coléricamente, puesta su mano sobre la cruz de su espada, juró ser malo desde aquel momento, y vengar en los suyos y en la humanidad entera los dolores y desdichas que padecía.

—¡El mundo es malo, y yo seré malo como el mundo!

Caminó de nuevo. Sin darse cuenta, volvía sobre sus pasos, y tal era su sed de venganza que al ver declinar el día, apresuró la marcha y apartóse del camino para acortar la distancia.

Cerró la noche, la misma luna que alumbró su deshonra, derramaba el plateado resplandor de virgen pálida sobre los campos. En su acelerada carrera no distinguió que cortaba sus pasos la corriente de un río caudaloso y cayó en él de improviso. El peso de sus ricas armas y vestiduras, le impedían nadar, y cuando ya agotadas las fuerzas iba al fondo, un hombre se arrojó al agua, luchó contra la corriente y le dejó salvo en la opuesta orilla.

Después, aquel hombre realizada su obra, huyó sin aguardar una palabra de agradecimiento.

Aurencio corrió tras él y lo llamó en vano.

Entonces se avergonzó de sus propósitos. ¡Qué hermoso era ser siempre bueno! ¡Ser bueno, para su conciencia nada más, como aquel que huía!

Y se sentó sobre el césped a la espera del nuevo día, para continuar su camino, siempre adelante, descargado ya de sus malas pasiones.

Llevaba unas horas de marcha, cuando el hambre le hizo encaminarse hacia una choza que no lejos se veía. ¿Y cuál no sería su asombro al notar que su rico broche de magníficos brillantes y su valioso anillo de záfiro y esmeraldas habían desaparecido?

Su desinteresado salvador se había arrojado al agua para robarle.

,,*

Volvió a desandar el camino; la cólera y la ira más terrible le ahogaban.

Un carromato, conducido por su dueño, se acercaba, cargado de víveres, destinado al mercado del pueblo próximo.

Aurencio el Bueno, desenvainando su temida espada, paró al carromatero, que estático y mudo detuvo su marcha.

—Todo lo que llevas, — le dijo — es mío desde ahora; necesito comer, y en cuanto me harte, destruiré lo que sobre, quemaré el carro y degollaré las mulas.

—Señor, — clamó el tragnero, postrándose a sus plantas, — estas vituallas que conduco, el carro y las mulas, constituyen mi fortuna y la de mis hijos, si lo pierdo quedará pobre y miserable; es-el pan-de los míos, saciad vuestro apetito, y dejadme el producto de lo que me reste.

—En verdad te digo, que soy un miserable; ¡toma mi manto bordado de oro, y compra otro carro y más vituallas que doblen tus ganancias! Y arrojando su rico manto al suelo, continuó su camino.

Reposaba en su lecho la infiel esposa; dormía plácidamente como un ángel hermoso, sonriendo en sueños: ¿en quién soñaba?

Levantó el puñal Aurencio el Bueno, iba a sepultarle ya en el desnudo seno de su esposa, y no pudo; huyó otra vez.

Se encaminó al palacio del Rey. Allí encontró a su hija, antes pura, antes inmaculada y siempre bella.

Y huyó nuevamente.

Y halló a sus tres hijos, embriagados, locos, revolcándose en el placer de la orgía y lujuria, mancillando su memoria, brindando a su muerte en copas de oro rebosantes de bebidas delicadas.

Y huyó otra vez, tapándose los ojos, clavándose las uñas en sus macilentas manos, fúnebre y desesperado, consolándose en el fondo de su alma maltrecha con la inmensa dicha del perdón santificante.

Y caminó nuevamente hasta que muy lejos, en medio de un campo ignorado, donde las amapolas silvestres y las blancas margaritas alegraban la hierba seca del estío, cayó desplomado, y quedó muerto sin agonía, sonriendo como un mártir, cruzando sus manos en actitud de infinita misericordia.

Unos aldeanos que pasaron después, dieron sepultura a su cuerpo, continuando luego su camino.

Sobre el terreno estéril, no quedó una señal. Las malezas y las hierbas lo cubrieron todo.

Y pasaron años, muchos años.

Nadie halló memoria sobre la tumba del hombre bueno.

Sin embargo, sobre la tierra dura que cubre su cuerpo, florece un lirio; un blanco lirio que ven muy pocos, un blanco lirio que ven solo los hombres de bien.



SOCIALES



ENLACES. — Señorita María Elena Filgueira con el doctor Nicolás Marín Moreno.



Señorita Pierina Rossi con el doctor Artemio Rimoldi



Señorita Adela Padial con el señor Juan Luis Casalis.

La doctora señorita Adalgisa Piazza Vallejo con el ingeniero Maximiliano Rosenfeld.



Señorita María Isabel Bayá Almada con el señor Luis Emilio Brandam



Señorita María Alicia Coni Molina con el señor Mario Speroni.

Señorita Hemilce Bancalari Pareja con el capitán de artillería Enrique D. Quiroga.



Señorita Ivonne Delor con el señor Raúl Lottero Latari.

GENTE MENUDA



Roberto García



Guillermo Federico della Croce Susini Sandoval.



María Carolina Massacci Pérez M'illán



Hilmar Garcerón



Delia Zulema Taverna.



Dorita, Omar y Walter Garcerón



Sara Rosa Brann

Actualidades cinematográficas



La bellísima Vivian Gibson, protagonista con Ivan Petrovich, de "El diamante del Zar", extraordinaria que hoy estrena la New York Film Exchange.



Reginald Denny, Mary Nolan y Dorothy Gulliver, en "Buenos días, señor juez", cinta Jewel, que hoy estrena la Universal



Lillian Gish, protagonista de "La letra escarlata", producción especial que se dispone a estrenar la Metro-Goldwyn-Mayer

EL DIAMANTE DEL ZAR



Adaptación de la famosa opereta alemana.

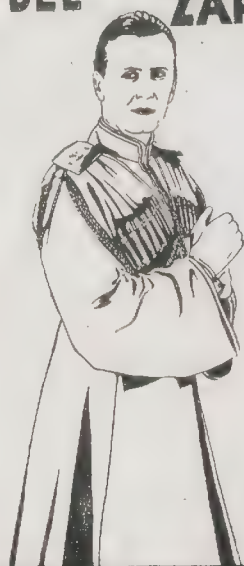
"DER ORLOW"

PROGRAMA SPLENDID



George O'Brien y June Collier, protagonistas de "Titania" (La Babel de Hierro), producción extraordinaria que comienza a exhibir la Fox Film con gran éxito

EL DIAMANTE DEL ZAR



Interpretes:
IVAN PETROVICH y
VIVIAN GIBSON

ESTRENO:

MARTES 24 en los
cines GAUMONT, EM-
PIRE GRAND PA-
LAIS y

PETIT SPLENDID
New York Film Exchange

EL VIERNES 20 DE JULIO

Y DIAS SUBSIGUIENTES EN EL

CAPITOL THEATRE

T I T A N I A

(LA BABEL DE HIERRO)

CON

Virginia Valli y George O'Brien

EXTRAORDINARIA PRODUCCIÓN EN NUEVE ACTOS

LA VIDA ENTRE LOS RASCACIELOS DE NEWYORK

DE MONTEROS — FIESTA SOCIAL —



Con motivo del Congreso de Municipalidades de la provincia de Tucumán, recientemente efectuado en Monteros, realizáronse en esta localidad diversas fiestas que adquirieron gran lucimiento. — Dos instantáneas de uno de los bailes sociales que alcanzaron mayor éxito.

NOTAS FERROVIARIAS



Modelo de amplio coche-cocina, para largos viajes, que utiliza en sus líneas el Ferrocarril Provincial de Buenos Aires.



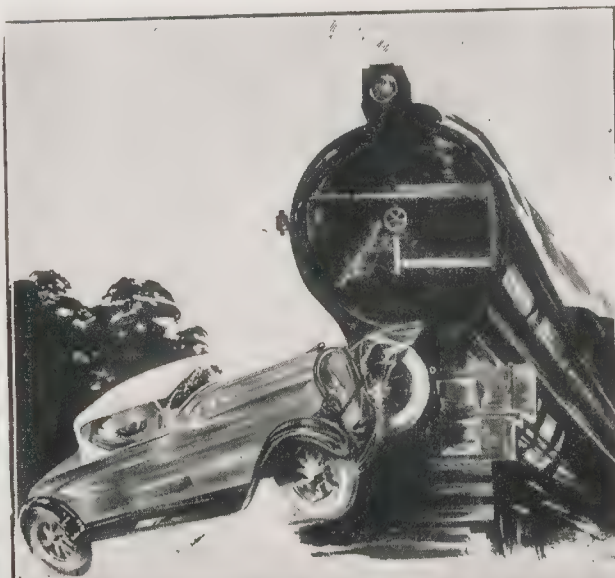
Interior de uno de los coches comedor, pertenecientes al citado ferrocarril.



El frente de la estación Azul del Ferrocarril Provincial de Buenos Aires.



Interior de un galpón con desvío, instalado por el Ferrocarril Provincial de Buenos Aires.



F.C.C.A.

¡Cuidado!
¡PÁRESE! ¡ESCUCHE! ¡MIRE!

Afiche en colores del Ferrocarril Central Argentino, lanzado a la circulación, con el cual prosigue dicha empresa, la campaña que bajo el título "La seguridad ante todo", iniciara, hace algún tiempo, para advertir los peligros.

DE CANARIAS

LA VISITA DE LOS REYES DE BELGICA



El rey Alberto I de Bélgica y su esposa, acompañados de las autoridades locales y del cónsul de Bélgica, en Santa Cruz de Tenerife, después de la recepción ofrecida en su honor, en los salones del consulado, durante la visita que dichos soberanos realizaron a la mencionada isla, a su paso para el Congo.



El rey de Bélgica, en unión del gobernador civil de Santa Cruz de Tenerife, don Benito Buenaventura contemplando las bellas perspectivas del puerto



Los reyes de Bélgica paseando por los jardines de la residencia particular del cónsul de dicho país, don Fernando De Masy



La soberana belga saludando al público y agradeciendo los ramos de flores con que éste le obsequiaba



La reina de Bélgica acompañada de la señorita De Masy, al abandonar la quinta del cónsul de su país en Santa Cruz de Tenerife

Fots. Adalberto Benítez.

De San Luis. — Conmemoración del aniversario patrio



El jefe del cuarto grupo de artillería, mayor Núñez leyendo una alocución patriótica a los conscriptos que juraron la bandera en ocasión del 9 de julio.



Grupo de deportistas cordobeses, santafesinos y puntanos que festejaron la efemérides patria realizando un almuerzo campestre en la Quebrada de los Códobes

===== Información Gráfica del Interior =====



RESISTENCIA, (CHACO). — Distinguidas señoritas de la localidad que presenciaron el partido de football entre Chaco For Ever y Sarmiento



Primera división de Chaco For Ever, campeón de la pasada temporada que venció al primer cuadro local Sarmiento por 2 a 0 goals.



CANADA SECA. — Durante la misa de campaña, celebrada en la plaza pública, en ocasión del 9 de julio.



Los alumnos de las escuelas locales, desfilando, con el personal docente respectivo, después de oficiada la misa de campaña.



SAN LUIS. — Enlace Deluigi - Sosa Loyola.



AZUL. — El señor Vicente Liceaga y su esposa Josefina Sarracain, al cumplir sus bodas de oro matrimoniales.



Señor José S. Ferreyro, director propietario del diario "El Ciudadano".



Enlace de la señorita Blanca Pardeilhan con el señor Silvano Salóy. — Los contrayentes, padrinos e invitados al servirse el lunch.



Concurrentes que asistieron a la fiesta infantil ofrecida en su residencia por el señor Alejo Tinco Planes, con motivo del onomástico de su hijita Pichunga.

El silencio reinaba sobre el grupo reunido en el cuadro de oficiales del "Kansas". Cinco oficiales vestidos de blanco, estaban sentados alrededor de la mesa en actitud pensativa, como resolviendo o considerando un problema común. Northard, el superior de todos, como lo proclamaban las insignias de sus hombros, observaba abstraídamente el techo, mientras hacía jugar entre los labios un cigarrillo apagado. Smith, el teniente de ojos graves, seguía malhumorado las evoluciones de una mosca, sobre el hule de la mesa. Nettleton y Borden, tenientes también, fumaban sentados en aptitudes más convencionales, mientras Neff, el menor de todos, disponía algunos escarbadientes en forma geométrica sobre la mesa.

El silencio de la cámara se prolongó algunos minutos entre el bullicio de la rutina diaria del barco, que tenía lugar en cubierta; después Borden se inclinó hacia la mesa, quitó la ceniza de su cigarro, y exclamó:

— ¡A fe mía, me congratulo de no estar en su lugar! Supongo que renunciará.

Nettleton se pasó una mano, por entre los cabellos, y dijo:

— ¡Sería una excelente manera de desembarazarse de él! Espero que lo hará. La marina se encontrará a las mil maravillas sin él.

— No llego a comprenderle — dijo Neff en tono perplejo. — ¿Cree Vd. que él se imaginaba que debería abandonar el barco, después de una acción como la que realizó?

Nettleton gruñó una negativa: — No, no lo pensó. Las personas de su laya nunca lo hacen. ¡Pero sin duda alguna que se cree un brillante y joven sir Galahad! ¿No les parece?

Borden asintió:

— Por supuesto — dijo. — ¡Debería estar de preceptor en una escuela de muchachas, mejor que pertenecer a la marina!

— ¡Exactamente! — repuso Neff, sonriendo. — Eso le quedaría a las mil maravillas: un hombre joven de excelente carácter, no fuma, no maldice, no jura, no bebe, no toma parte en las orgías; nunca ha sido besado por una mujer, excepto por su mamá. ¡Dios mío! ¿Qué es lo que le atrajo a la marina?

— Antes la marina se vanagloriaba de sus barcos de madera y de sus hombres de hierro — contestó Nettleton. — Ahora se enorgullece de sus barcos de hierro, y...

— ¡Y de sus muñecos de papel!

— Interrumpió Nettleton, ácidamente.

La torre número dos

Por Oakleigh Repplier

En aquel momento, Smith, que aparentemente no prestaba atención a la conversación, se sentó de rechamante sobre su silla.

— Esperen un momento — protestó. — Nada se gana con la excesiva severidad. Denle una oportunidad de...

— ¡Una oportunidad! — rezongó Borden.

— No apruebo su conducta más que cualquiera de ustedes, — continuó Smith. — Su idea del deber

Durante varios segundos nadie pronunció una palabra. Después Borden estalló como una bomba:

— Puede no jurar, ni maldecir, pero si hay palabras que digan *váyanse al diablo*, más claramente que esto, declaro que no conozco el idioma.

El primer impulso de Johnson, al ver al grupo reunido en la cámara, había sido retirarse rápidamente. Pero, detenido por un instante por tal procedimiento cobar-

ters venía de tomar parte en una jarana; de pie sobre la cubierta, se bamboleó ampliamente durante unos instantes. Después dió unos pasos, se enredó los pies, y cayó ruidosamente sobre el piso.

El cuartelmaestre se acercó a él para ayudarlo a ponerse de pie, pero Masters lo rechazó a un lado. — Heme aquí — anunció dificultosamente, con una fatua sonrisa, mientras lograba ponerse inseguramente de pie.

Johnson no contestó, pero la helada desaprobación de su mirada despejó un poco a Masters. Dejó de sonreír, saludó, y dijo:

— Comuniqué a usted mi vuelta a bordo — y se alejó caminando con mucho cuidado, para desaparecer por una escotilla.

Johnson era amigo de Masters,

y no dejaba de ver un cierto caris de jocosidad en el asunto. Pero por encima de esto, la dignidad de su cargo le hacía comprender que Masters había actuado repreensiblemente. Reinició su paseo por la cubierta. El cabo de guardia y el cuartelmaestre habían presenciado la escena, y mañana ya lo sabría todo el castillo de proa. ¡Aquello no estaba bien! Si un hombre cualquiera del barco llegaba en ese estado, había que dar inmediata comunicación, como lo decía el reglamento.

Mientras paseaba incesantemente sobre la cubierta, Johnson cayó en la cuenta que estaba ante un verdadero dilema. Su deber le obligaba comunicar

el estado en que había llegado Masters. No fué una guardia agradable la que pasó, luchando continuamente con su conciencia por una parte y su deber por la otra. ¿Qué necesidad había de armar escándalo? Después de bien vistas las cosas, aquello era un incidente bien trivial. Por otra parte, Masters era su superior, y no era a los subalternos a quienes tocaba llamar a sus jefes al orden. Otros no lo harían. Para ellos, aquello no hubiera sido más que una jocosa historia que se podría contar sobre Masters. ¿Por qué habría él de mirar el asunto de otra manera? Masters se había portado en excelente forma con él, en todas las ocasiones.

Pero esa misma conciencia de la amistad, le contestaba a todas estas consideraciones con una sola palabra: deber. Cuando fué relevado de su guardia, a las cuatro de la madrugada, Johnson estaba agotado física y mentalmente por aquella tremenda lucha de conciencia. Pero se había decidido. Daría comunicación.



está aún en un estado atrasado. Pero no olviden lo siguiente: él hizo lo que le pareció lo correcto. ¡Y para esto se necesita un poco de valor!

— ¡Pero es absurdo que...! — Un ademán imperativo de Smith le detuvo.

Los cinco dirigieron sus miradas hacia la entrada de la cámara, en medio de cuyas cortinas estaba de pie Johnson, el hombre de quien habían estado hablando. Era un joven delgado, de altura mediana, con una cabellera de un rubio casi femenino con un par de ojos azules y una complexión delicada.

Vaciló por unos instantes, al notar al grupo reunido, en la cámara, y sus mejillas se enrojecieron intensamente. Después, irguiéndose visiblemente, se dirigió hacia el depósito de agua fresca sin mirar a los oficiales. Tomó un vaso de sobre la bandeja, lo enjugó cuidadosamente bajo el hilo de agua que caía del depósito, lo llenó, bebió lentamente su contenido, y salió fríamente de la pieza.

de, se había dado cuenta de que aquello implicaría un reconocimiento de su culpa; de manera que se había dirigido hacia el otro extremo de la cámara, fingiendo una indiferencia que fué tomada erróneamente como una fanfarronada.

Cuando volvió a su camarote, se dejó caer pesadamente sobre la única silla, para darse cuenta inmediatamente que había cometido un error; y esto le abrumó con una sensación de desamparo.

Por centésima vez revisó mentalmente los desgraciados acontecimientos de la noche pasada. Había subido a cubierta a media noche, para encargarse de la guardia; después de hablar algunas palabras con su antecesor, había comenzado a pasear de un lado para otro, para eliminar el sueño que trataba de vencerlo.

Alrededor de la una, un pequeño bote abordó la nave de guerra. Jim Masters, un teniente de grado inmediatamente superior al de Johnson, trepó trabajosamente la escala. No era difícil adivinar que Mas-

Naturalmente, hubo una explosión de furor, al día siguiente, cuando se propaló la noticia de la comunicación. El elemento joven de la cámara de oficiales estaba fuera de sí. ¡Jim Masters estaba en su camarote bajo arresto! ¡Johnson había dado el parte de su llegada la noche anterior! ¿Qué o quien se creía Johnson que era Masters? ¿Creía, acaso, que la marina era una escuela de niñas? ¡Aquello significaba un Consejo General para Masters! Con lo cual estaba arruinada su foja de servicios. Y no había en la marina un oficial más justo ni más camarada. Johnson debía ser colgado, insinuaron algunos; desterrado del seno de la oficialidad, como se acordó tácitamente.

A excepción de los oficiales superiores, que mantenían una reserva no comprometedora, el único que disintía era Smith. Dijo, en la forma clara y concisa en que acostumbra a hacerlo, que estaría de parte del ofensor; y los demás aceptaron esta actitud sin resentimiento, como formando parte de la gran amistad que le unía con Johnson.

Apenas Johnson estaría quince minutos solo en su camarote, después de su salida de la cámara de oficiales, cuando sonó un golpe en la puerta. Sin esperar invitación Smith entró, se sentó, encendió un cigarrillo y se estiró perezosamente sobre el lecho.

—Bueno — observó deliberadamente; — se ha metido usted en un berengenal terrible.

El joven le contempló desafiante.

—¿Y bien? — dijo.

—Bien; la cuestión es salir de él.

—Gracias. Es un asunto de mi sola incumbencia.

—Está usted insoportable, Johnson. Estoy tratando de ayudarle. Lo primero que tiene que hacer es abandonar esos encierros en su camarote. Con eso no hace sino empeorar las cosas. Salga, mézclese con ellos. En un principio le van a molestar y a reprender, pero usted haga como que lo ignora. Después de un corto tiempo se van a tranquilizar.

—¡No estoy dispuesto a hacer pucheros delante de esos tipos!

—Nadie le ha dicho que deba hacerlo. Pero recuerde que ha violado usted el código. Ha comunicado una infracción social de un compañero de armas y de un superior. No se les puede pedir que pasen por alto esto.

—¡Cumplí con mi deber!

—Ante sus ojos, sin duda alguna. Pero los demás no contemplan el asunto con los mismos ojos. Esas pequeñas infracciones y debilidades deben ser perdonadas a menudo, porque si no la marina, y en general el mundo, sería un infierno. Bueno — agregó, viendo que el joven se preparaba a disentir, — no es este el asunto que nos interesa. No he venido aquí para discutir con usted, porque nada se ganaría con ello. Usted hizo lo que creyó correcto, y esto le honra. Pero lo que tiene que saber es qué es lo que va a hacer.

—Sé lo que debo hacer — declaró Johnson. — Nada. ¡Si me van a desterrar del seno de la oficialidad porque actué como un hombre, que lo hagan!

Con la celeridad propia de las cortes marciales navales y militares, una corte marcial general procesó y juzgó a Jim Masters, y le devolvió a sus tareas de siempre

con la sentencia correspondiente, en menos de una semana. De esa manera Johnson se vio obligado a enfrentar diariamente a su superior ofendido. Y aunque Masters se portó como la excelente persona que era, el hecho aumentó aún más la desgraciada situación de Johnson.

En el primer día de la vuelta del oficial convicto, ambos se encontraron en un pasillo del barco. Johnson con la cara ardiendo, saludó, y quiso proseguir su camino, pero Masters le detuvo ofreciéndole la mano. Sin comprender, Johnson se detuvo.

—Nada hay entre nosotros, Johnson — dijo Masters sin retirar la mano. — Sé que procedió usted como se lo indicaba su conciencia del deber.

Por desgracia el encuentro y la conversación habían sido presencia-

tenía una pésima fama de tiradora. Por una razón u otra, sus cargas eran siempre inferiores a las demás, y sus tiros un poco menos exactos que los de sus compañeros. Pero se dispuso a no dejarse intimidar por malas reputaciones anteriores. A su entender, había posibilidades de introducir mejoras, y a la semana de estar en el comando de la torre, había iniciado una total reorganización del personal que la servía, alterando completamente la clase de trabajos a que estaban dedicados.

Grandes cascos de plomo hacían chirriar las cabrias y eran arrojados instantáneamente en las bocas de los cañones, las bolsitas de pólvora eran apretujadas inmediatamente, y las bocas de los cañones eran cerradas al momento, pero nunca se procedía con la suficiente rapidez para contentar al rubio de-

EL ANARQUISMO

Aspira a ser partido y su doctrina es el odio, la fiebre y el espanto: pretende redimirnos y entre tanto lo puede realizar, nos asesina.

El rayo que su cólera fulmina lleva al tranquilo hogar miseria y llanto, y de la augusta libertad el manto en sangre tiñe con traición dañina.

Antes que verlo profanado y roto por turbas parricidas y groseras que navegan sin rumbo y sin piloto,

antes, oh patria que a sus manos mueras, Yo, liberal como el primero, voto contra la libertad de las panteras.

Manuel del PALACIO.

dos y escuchados; no tardó en ser divulgado, para el consiguiente descrédito de Johnson, y una versión del mismo llegó a oídos del joven lo que la brizna de paja para el camello que se doblegó bajo su peso. Conteniendo un infantil deseo de llorar, se fué a su camarote, redactó una petición de traslado en forma y se la llevó al oficial ejecutor. El comandante Nelson la leyó lentamente, sin que su cara revelara lo que pensaba de todo aquello.

—Esto viene bastante inoportunamente, Johnson. Acabo de conceder el retiro de Murray, y pensaba darle la división.

El teniente Murray tenía el comando de una división de cubierta, y el joven vaciló cuando se dió cuenta de la importancia de las palabras del comandante. Aquello significaba una división para él solo, con una torre de tres cañones y el correspondiente de tiro mar adentro.

—Retiro mi petición, señor — dijo.

Entró en el ejercicio de sus nuevos deberes y cargos al día siguiente. En un principio no admitió la loca esperanza que había florecido en su mente al escuchar el ofrecimiento del comandante: la esperanza de vencer a las otras torres en el ejercicio de tiro.

Parecía demasiado inverosímil. La torre que se le había concedido

monio que estaba en el comando. Cronómetro en mano y con los ojos vigilantes, su grito era siempre el mismo, pidiendo más rapidez.

—Duffy, se está usted retrasando con la carga. Grite a ese "boca libre", un poco más ligero... ¡Kokalsgi!, más pronto ese atacante! ¡Muevan la bala!... ¡Thomas, vamos con esa pólvora! ¡Salte, hombre, salte!

Y así todas las cosas. En un principio los hombres estaban de malhumor. Obedecían, pero no más que eso. Después, cuando se acostumbraron al nuevo estado de cosas, aceptaron la innovación con tolerancia, como todos los buenos marineros. No fué, sin embargo, sino después de tres semanas de continuo esfuerzo de parte del joven que comenzaron a tomar interés en el asunto. Al final de este período, durante el cual Johnson venció varias veces el desaliento que le abrumaba, se hizo discernible ese espíritu que el joven oficial había tratado de inculcar en sus hombres: el espíritu del entusiasmo, del orgullo y de la emulación.

Por primera vez Johnson osó alimentar abiertamente la esperanza de que su torre vencería a las demás en el tiro al blanco. Esto, y nada más que esto, podía reintegrarle la amistad de sus camaradas. ¡Y cómo lo deseaba! Su alma estaba enferma de vivir en un ambiente de hostilidad y de heladas

miradas. A pesar de todo su despliegue de indiferencia, necesitaba la amistad de los demás oficiales como nunca.

Al capitán en jefe de su torre fué al único a quien confió parte de lo que estaba pasando en su alma. Era el día anterior al del tiro al blanco, y ambos habían estado revisando el mecanismo de toda la torre. Habían examinado los visores, los cilindros de descarga, el señalero de fuego, los teléfonos, las cabrias, los motores, los mecanismos de expulsión de los gases, para comprobar por fin que todo estaba en perfecto orden. Una vez cumplida la tarea, Johnson se encará a su subordinado:

—Bueno, Fenton, ¿que le parece?

—Pienso que mañana daremos una lección o más de una, señor.

El joven oficial asintió, mientras sus ojos experimentados observaban el interior del compartimiento de los cañones.

—Me alegro de que usted esté también convencido de esto — dijo entusiasmado. Significa mucho para mí...

El día siguiente amaneció sin una nube que turbara la diafanidad del cielo. Poco después de salir el sol, se levantó una brisa marina que refrescó saludablemente. Todo el barco temblaba de expectación, y se estremecía con esa nerviosidad que se apodera de los hombres en vísperas de alguna contienda o de algún torneo. Y esa nerviosidad llegó hasta los mismos fogoneros y maquinistas que aislados en medio de ruidosas turbinas y fuegos rugientes en el corazón del barco, se mantienen casi siempre en una indiferencia desdeñosa por lo que pasa en cubierta. Los preparativos del último momento se hicieron febrilmente.

Eran las nueve ya cuando el "Kansas" se aproximó a la línea de blancos, situada a unas treinta millas del puerto. Inmediatamente las cornetas, silbato y "gongs", comenzaron sus estridentes llamados. Los grupos que habían estado hurganeando en el castillo de proa y sobre cubierta, se disolvieron instantáneamente, como la niebla marina ante el fuerte sol. Los oficiales que se paseaban lentamente, fingiendo una tranquilidad que no tenían, arrojaron sus cigarrillos y comenzaron a dar órdenes. Por las escalas, las escotillas y los pasillos, los hombres se deslizaban rápidamente, como un ejército de hormigas. Los fogoneros y maquinistas descendieron a sus maldecidas cavernas debajo de la línea de flotación.

El personal de las torres de tiro se introducía por todas las aberturas en las cajas de acero que contenían los cañones. Los electricistas volvieron a sus madrigueras, repartidos en las cámaras de distribución, en los generadores, en las piezas de comunicación, en la estación central, en la torre de mando. Los vigías treparon simiescamente por las escalas hasta sus puestos de observación.

Estos últimos tenían los mejores puestos, en ocasiones como éstas.

En lugar de estar apretujados sobre cubierta, como la mayor parte de sus camaradas, tenían cómodas y seguras cajas desde donde podían contemplar a su sabor el espectáculo. Neff, el primero de esos indicadores, se hacía estas y otras parecidas consideraciones mientras contemplaba el ondulado océano, en medio del cual, a babor, se destaca-

ban los pardos cuadrados de cáñamo como manchas en el horizonte azulado. Inclinandose por sobre el borde de su caja, Neff observó con impaciencia cómo se hacía una última revisión de fórmula, como ordenaba el reglamento de esta clase de ejercicios. Terminada ésta, el barco viró lentamente, y lo dispuso de manera que las bocas de los cañones miraran hacia los blancos. ¡Empezaba por fin la prueba! El silencio que reinaba en todo el barco, sugería la cautela de un gato que se aproxima sigilosamente a un ratón. El viento había cambiado de dirección, y soplaba directamente en las bocas de los cañones.

Bruscamente el silbato dió una orden estridente de advertencia. La roja bandera de fuego, flameó en el lugar correspondiente. Hubo un intervalo. Después, los auriculares del teléfono, colocados sobre las orejas de Neff, transmitieron la orden: "¡Torre N.º 1, comience el fuego!"

Transcurrieron algunos segundos, mientras la torre indicada cargaba sus cañones. Después, con un ronco rugido, sus bocas escupieron fuego. El barco se estremeció, retrocediendo levemente. A través del ocular del anteojo de Neff, enfocado sobre los blancos, pasaron tres manchas negras, que desaparecieron rapidísimamente. Del mar, hacia el otro lado del blanco, saltaron majestuosamente tres elevadas columnas de agua.

Neff las observó con ojos críticos y dijo su corrección técnica por el transmisor que estaba atado a su pecho:

—Abajo cinco - O. A la izquierda uno.

Otra y otra vez tronaron los cañones de la torre núm. 1 terminando su intervención en el torneo.

Le tocaba el turno a la torre número 3. Sus cañones descargaron con una rapidez que hizo silbar de asombro a Neff, cuando contempló su cronómetro. También sus tiros parecieron un poco mejor colocados que los de su predecesora.

—Si hay alguna torre que haga algo mejor que esto — se dijo a sí mismo, — esa torre será, sin duda alguna, la reina de toda la flota.

El "Kansas" puso a media asta la bandera de pólvora, hizo un amplio círculo alrededor del blanco, y volvió a su punto de partida. Nuevamente la estridencia del silbido, y la bandera roja fué izada por segunda vez...

¡Por fin la torre N.º 2! No había mucho que esperar de ella, con la "hermana" Johnson en el comando, se dijo Neff. ¡Maldito fuera! ¡Iba a arruinar el record del "Kansas"!

—¡Torre N.º 2, comience el fuego! — comunicó la seca orden del oficial de cañoneo. Neff se colocó el anteojo y enfocó el blanco.

Debajo, la torre N.º 2 bramó con brusca violencia.

No había aún desaparecido las montañas de agua detrás del blanco, cuando un segundo estampido secudió nuevamente el mástil que sostenía su caja. Neff lanzó una exclamación de sorpresa ante la detonación de aquel segundo disparo, y se restregó los ojos asombrado cuando por segunda vez tres manchas negras, atravesaron limpiamente el blanco. Se le ocurrió, como muy verosímil, una idea que hasta aquel momento había considerado fantástica. ¿Y si después de todo Johnson marcaba un record? Neff esperó tensamente la salva siguiente.

Los segundos se sucedieron unos tras otros, como lentas gotas dejadas caer en el vacío de la eternidad. Ningún ruido llegaba de la torre de ejercicio.

—Algo debe haberse descompuesto — pensó Neff. — Una bolsita de pólvora mal colocada en el frenesi de la carga, probablemente...

Los segundos seguían cayendo.

—No, debe ser algo peor que una bolsita de pólvora; seguramente un atacante. Una verdadera lástima después de tan excelente comienzo.

Sin embargo, la gris masa de acero de la torre le atraía. La misma impasibilidad de su silencio, le fascinaba. ¿Qué era lo que estaba pasando en ella? Parecía que algo muy serio tenía lugar allí dentro. De repente sus ojos se agrandaron. Volvió a mirar incrédulamente.

¡De uno de los pequeños cañones de chimenea que emergían de los costados de la torre, se escapaba un fino filete de humo blancuzco! Era tan débil y delgado que Neff vaciló, dudando de su realidad.



Las probabilidades de Johnson de establecer un record se habrán desvanecido ya. Puede considerarse feliz si logra colocar sus tiros en el tiempo reglamentario.

—Torre N.º 2, ¿qué pasa? — habló el teléfono del oficial de cañoneo. — La torre no contestó.

Monótonamente el llamado "control" resonaba en los oídos de Neff al pasar hacia su destino:

—Torre N.º 2. Torre N.º 2. Control llama a Torre N.º 2. — Después bruscamente la orden de cambio, y Neff se sintió llamado:

—Indicador N.º 1, ¿puede usted ver algo de malo en la Torre N.º 2?...

—Un minuto, Control — habló Neff por su transmisor, y se inclinó por encima del borde de su caja.

La sólida masa de la torre de Johnson estaba pasivamente agazapada justamente debajo de él. Sus cañones, como lo notó en seguida, estaban en posición de carga. Pero no había señal alguna de anormalidad.

Habló nuevamente por teléfono:

—La torre N.º 2 parece en perfectas condiciones, Control.

Después salió otro un poco más grueso.

Instantáneamente Neff comprendió.

—¡Control, fuego en la Torre número 2! — gritó. — ¡Fuego en la torre N.º 2!

La terrible noticia se propagó a través de los hilos de alambre y tubos acústicos, y ante su recepción todos palidecieron. ¡Fuego! ¡Con los depósitos de pólvora abiertos y dentro de la torre misma! Sí... pero no se detuvieron a hacer conjeturas y eventualidades. Porque detrás del primer grito llegó el segundo:

—¡Todo el mundo a las bombas!

En medio de la frenética actividad que siguió, aparecieron las líneas de agua, las hachas, los extinguidores y todos los demás implementos necesarios para incendios. En un tiempo increíblemente corto, el trecho de cubierta alrededor de la torre se llenó de gente.

La primera dotación de bomberos que llegó a la torre trató de abrir la puerta que daba acceso a la misma. Pero, por alguna razón desconocida, la pequeña, pero gruesísima plancha de acero no dejaba paso.

Cuatro poderosos arietes golpeaban incesantemente sobre la puerta, mientras la tripulación se mantenía inmóvil, con las facciones tensas y los ojos sombríos. Una palabra nació en medio de la multitud, y se propagó venenosamente por la tripulación... ¡Fuego de retroceso!... ¡Fuego de retroceso!... Nadie necesitaba explicación alguna de lo que aquello significaba. ¡Un filete de fuego que sale de la culata del cañón cuando se saca el émbolo, después del tiro! Aquella brisa soplando rectamente dentro de las bocas de los cañones. El mecanismo de eyección de grasas debía haber fallado.

La multitud reunida alrededor de la torre se abrió para dar paso a un grupo de oficiales, entre los cuales estaba el capitán. Este murmuró unas palabras, y un oficial dió varias órdenes imperativas. Varios hombres se dieron vuelta y se alejaron en busca de algo. Volvieron inmediatamente con dos hombres vestido con "overalls" azules. Los hombres que golpeaban la puerta de acero se retiraron, y pronto el ruido de los golpes fué reemplazado por el silbido cortante de un soplete oxiacetileno. El agua se escapaba de las mangueras inútilmente, y corría en anchos arroyuelos sobre la cubierta. Y la gran torre brillaba serenamente bajo los rayos del ardiente sol, encerrando su trágico secreto.

Encontraron inmediatamente lo que había impedido abrir la puerta de acero. Sobre ella estaba amontonada la mayor parte del personal de la torre, donde le había sorprendido la muerte. El calor terrorífico que reinaba adentro impidió en un principio la entrada. Cuando los chorros de tres potentes mangueras hubieron refrescado un poco el interior, unos cuantos voluntarios penetraron en la torre.

Johnson fué el último en ser hallado. De ello se habló aquella noche en la cámara de oficiales, con voces pesadas y arrepentidas. Fué descubierto en su puesto de mando; su mano inerte empuñaba aún la válvula del sistema irrigador de la torre. Su último acto había sido abrir esta válvula y con ello había salvado las vidas de todos los tripulantes de la nave!

Periodismo

Ampliación del edificio de "La Razón". — Nuestro apreciado colega de la tarde, "La Razón", ha adquirido dos propiedades lindantes con su actual casa, por la calle Rivadavia con el objeto de ampliar las oficinas de administración, redacción y talleres.

El 12 de julio cuando se cumplían justamente tres años de la fecha en que se inauguró el edificio moderno de su propiedad que hoy ocupa fué servido un lunch al personal, iniciando la era en la nueva continuación del edificio que estará levantado para antes de un año.

Felicitamos al prestigioso diario por este esfuerzo que habla de su potencialidad económica y del anhelo de progreso que anima a sus directores.



—Al fin el comisario oyó nuestro pedido y va a colocar un agente en la esquina — ¡Qué suerte! — ¿Será buen mozo?

Un rato de charla con el ministro de Obras Públicas de la Provincia de Buenos Aires

Días pasados el block radical del Senado de Buenos Aires se avocó al estudio previo del proyecto de ley propiciado por el Poder Ejecutivo, tendiente a resolver con carácter integral, el difícil problema de la vialidad carretera en ese vasto estado federal.

El proyecto a que aludimos, que tuvo la virtud de provocar un interesantísimo debate, es aquél que el gobierno envió oportunamente a la Legislatura en septiembre de 1927 y cuya Cámara de Diputados — previas algunas modificaciones de detalle — sancionó en octubre del mismo año, al finalizar el período de sesiones.

Por esta razón el Senado no pudo ocuparse, entonces, del mismo, y ahora que ha comenzado un nuevo período ordinario este cuerpo donde, como es sabido, el radicalismo tiene mayoría absoluta, se prepara a tratar aquella cuestión tan importante y trascendental; pero, por lo mismo que su auspicio equivale, en la realidad, a una sanción favorable por anticipado en virtud del número de miembros que presentan al radicalismo en la rama alta de la Legislatura, el block partidario resolvió encarar su estudio a fondo con el concurso del Ministro de Obras Públicas, Ing. Ernesto C. Boatti, antes de emprenderlo en el recinto.

Se explica, pues, por qué la resolución que tomase el block tendría gran importancia, aún cuando el proyecto de ley hubiese de retornar después a Diputados, para que esta Cámara considerase las modificaciones introducidas por el Senado.

La descollante actuación del ministro Boatti durante el debate que alrededor del punto se produjo hace algunos días, y el interés con que el mismo fué seguido, no sólo en los círculos automovilistas de la Provincia sino en los de la Capital, como así también entre los numerosos importadores y vendedores de automotores, sus accesorios y repuestos, hizo que procurásemos una entrevista con dicho funcionario para recoger directamente su opinión, a cuyo efecto le hicimos una visita en su despacho de la Casa de Gobierno, en La Plata.

Rodeaban al Ing. Boatti en esos momentos, varios legisladores y algunas otras personas representativas del alto comercio, la banca, la industria y la producción. El comentario giraba justamente alrededor del mismo asunto que nos llevara a La Plata, siéndonos fácil advertir que, según la opinión dominante, obviados algunos obstáculos que se señalaban allí como graves para que el proyecto prosperara, éste no demoraría en ser convertido en ley con indiscutible beneplácito de todos cuantos comprenden que el problema integral del camino requiere en Buenos Aires, como en todos los Estados de la Unión Americana, como en Francia y ahora mismo en Inglaterra, la contribución módica si se quiere, pero general, de aquéllos que usan la carretera o se benefician

con la existencia y proximidad de ella.

—Pienso — comenzó diciéndonos el Ing. Boatti en respuesta a una pregunta nuestra — que el proyecto de ley creando un fondo permanente para caminos pavimentados y consolidados, será pronto convertido en ley, aunque no en la forma originar como fuera propuesto a la Legislatura por el Poder Ejecutivo, dado el franco y unánime apoyo que al mismo presta la mayoría de las dos Cámaras y el convencimiento que tienen cada uno de los miembros que componen esa mayoría de la urgente necesidad que existe de dar a la Provincia el instrumento legal indispensable para resolver tan arduo

dos centavos por cada litro de nafta o combustible líquido destinado al consumo de vehículos automotores.

—Si no nos equivocamos, señor Boatti, este impuesto...

—... es semejante y en algunos casos más bajo a aquél que existe en todos — nótese bien — en todos los Estados de la Unión Americana. Y es conveniente apuntar el dato, al pasar, de que allá la cantidad de automotores es infinitamente superior al que existe en nuestro país, y producen una renta que se destina con enorme éxito al mismo fin que el que la Provincia se propone darle al que recaude mediante esta ley. Agréguese a lo dicho que en Estados Uni-

ta un gravamen que tales ventajas ha podido acarrear al pequeño como al grande productor. Sigamos, pues enumerando las fuentes de recursos de la ley sometida a estudio de la Legislatura.

—¿El segundo recurso sería?...

—Es éste recurso o sea el impuesto del cinco por ciento ad-valorem sobre las ventas de vehículos automotores, neumáticos, lubricantes, etc., el que el block radical del Senado observó propiciando su rebaja.

—Parece, en efecto, que ha sido muy resistido.

—Efectivamente: los vendedores de dichos artículos abundaron en argumentos demostrativos de que este gravamen además de excesivo es injusto. No entraré a refutarlos. Podría, en tesis general, decirse que el buen camino atrae en definitiva al vehículo; que las malas carreteras obran un efecto contrario, y siendo ésta una verdad un tanto perogrullesca ningún argumento sería muy sostenible para demostrar que es perjudicial un gravamen que nace en el momento de venderse el coche, venta que volviendo a la causa que la origina, obedece las más de las veces a la posibilidad de utilizarlo mucho y en todo tiempo.

—¿Y qué se resolvió?

—Existía el pensamiento de reducir este gravamen, pero el Poder Ejecutivo ha encarado la cuestión más radicalmente, y en consecuencia prevaleció al criterio suprimirlo en absoluto, dejando subsistente el gravamen de la nafta y el tercer recurso o fuente de ingresos, es decir, el producido de la tasa de retribución de la propiedad raíz directamente beneficiada por los caminos consolidados y pavimentados. Obrando así, o sea, que costearán el camino quienes lo usen y se benefician — como los dueños de tierras colindantes o próximas — con la existencia de las carreteras.

—¿De manera que es muy probable que este año tengamos el proyecto convertido en ley?

—Así lo espero. Falta, o mejor dicho, faltará que la Cámara de Diputados acepte las enmiendas introducidas por la de Senadores, pero tengo motivos para creer que no se opondrá a ello dado que oportunamente prestó su aquiescencia al proyecto original, con el entusiasmo que suscita la certidumbre de sancionar una legislación que es reclamada con harta insistencia por los intereses fiscales de Buenos Aires, dignamente representados en la Legislatura. Aceptado por el Poder Ejecutivo el nuevo criterio que propicia el Senado, es seguro que la Cámara de Diputados convertirá en ley lo que aún es proyecto.

—En tal caso...

—Habrá llegado el momento de ejecutar el plan progresivo que dotará a la Provincia de la red permanente que necesita, tarea a cuyo servicio pondremos la mayor energía y contracción.

Es evidente que con los recursos ordinarios o extraordinarios del presupuesto, no es posible atender



Ingeniero Ernesto C. Boatti, ministro de Obras Públicas de la Provincia de Buenos Aires.

problema y realizar la obra de tamaño proyección.

—Desearíamos, señor Ministro, que antes de tocar lo concerniente a las enmiendas introducidas, nos explicara en qué consistía la parte financiera del proyecto, al cual Ud. alude, y del que si bien tenemos referencias precisas, ellas no son tan completas como para apreciar debidamente las modificaciones.

—Con mucho gusto. La ley proyectada se funda — como oportunamente lo manifestó el P. E. en su mensaje a la Legislatura — en la creación de un fondo permanente para caminos pavimentados y consolidados, fondo a constituirse en primer término — y les llamo la atención sobre la enumeración que voy a hacer, pues en ella es donde se introdujeron las enmiendas — con el producido de un impuesto de

dos el precio de la nafta es, en general, más bajo que entre nosotros, lo que implica establecer que el gravamen a este combustible es allí más alto que el que propicia el gobierno de Buenos Aires.

—Por lo demás — le interrumpimos — ese gravamen puede quizás, más adelante, reducirse.

—En efecto: transcurrido cierto número de años y cuando el aumento de automotores sea tal que justifique una rebaja del impuesto, nada impide si se cree conveniente, que ello se efectúe. Estoy, sin embargo, convencido que cuando la Provincia aumente progresivamente y constantemente el número y la extensión de sus buenos caminos y los beneficios que reporta el tráfico regular y seguro en toda época a los cuantiosos intereses que representa la riqueza privada se palpen, es difícil que alguien resis-

la construcción y conservación de una red caminera pavimentada en armonía con las exigencias del tráfico actual. Es entonces necesario y hasta urgente, diría, recurrir a los empréstitos que permiten afrontar la financiación de estas obras, buscando los recursos en materias aún no gravadas para evitar así el recargo de una múltiple incidencia. Como acabo de manifestarlo, la imposición principal de este proyecto radica en el establecimiento de una tasa indirecta a pagar — digámoslo una vez más por quien usa y se beneficia del camino.

Puesta en ejecución la ley, la pavimentación de los grandes caminos troncales se hará directamente, pues de acuerdo con su base de absoluta equidad, debe llevarse durante los doce años que demandará la ejecución del mismo, en beneficio a la totalidad de los partidos de la Provincia, lo que únicamente podrá hacerse trabajando sobre los caminos generales, y siendo así, contribuirán a servir de complemento a la red ferroviaria, allí donde la gran distancia al centro de embarque o de consumo haga indispensable el acarreo previo y el transporte en el vagón después.

Ahora bien: a los efectos de la construcción de caminos consolidados y pavimentados y sus respectivas obras de arte, la ley a estudio

faculta al Poder Ejecutivo para emitir títulos de deuda interna o externa cuyo servicio se haría se-

lones moneda nacional a un tipo de emisión no menor de 90 o/o y un interés máximo de 6 1/2 o/o.

Es indiscutible que después de

Las emisiones se harían automáticamente mientras el fondo amortizante lo permita.

A los efectos de la tasa sobre la propiedad directamente beneficiada por los caminos, la ley proyectada fija la siguiente escala para su cobro, recurso que subsistirá aún después de las enmiendas:

Zonas rurales, urbanas y suburbanas: primera faja (inmediata al camino), el 8 o/o de la valuación oficial; segunda faja (intermedia) el 6 o/o; y la tercera, (la del fondo y más alejada del camino) el 4 o/o.

El conocimiento de los datos obtenidos después de la última valuación, sobre la cual ha de tomarse el tanto por ciento, permitirá al Gobierno prescindir del gravamen del cinco por ciento ad-valorem a la venta de automotores, etc. porque, la reciente valuación oficial, más elevada, compensará en parte la merma que produzca la supresión de este último gravamen.

Como observarán Vds., el proyecto es muy vasto y ha sido encarado con el firme propósito de resolver de una manera permanente, éste que en la Provincia de Buenos Aires es quizás el problema más complicado, dada su enorme extensión territorial y su relativa escasa población.

Eugenio T. BUSTOS

EL POETA SUEÑA

Yo he soñado,
y en mis sueños de poeta
ciegamente enamorado,
he creído ver tu imagen seduc-
tora
para hablarle de carños alocados.

En mis sueños, yo te he visto
entre rosas y entre nardos,
y escuchando el murmurio
de tu risa, temblorosa
en la sangre de tus labios,
he pulsado mi vihuela
y he cantado mis estrofas
de poeta estafalarío...

Yo he soñado en esa noche
abrilera, rumorosa,
que las áuras se embriagaban
del perfume de las rosas;
que la luna, blanca y bella,
pululaba por la esfera
de la azul inmensidad...

Yo he soñado muchas veces,
embriagado en mi quimera,

que te hallabas prisionera,
tras los muros de un palacio
de belleza sin igual.

Yo he soñado, princesita
de las trenzas y aladares,
que los rizos de tu pelo,
eran joyas orientales
engarzadas en la nieve
de tu frente virginal.

He soñado ver el cielo
en tus ojos seductores
y al arrullo de mis besos,
que escanciabas mis amores
en la copa de tus labios,
de tus labios de coral.

He soñado que me amabas;
que te amaba yo también;
que tus labios y mis labios
en un sueño se han besado,
y que luego hemos llorado,
las dulzuras de ese edén.

Alfredo LOPEZ de ARELLANO.

LAS PALMAS. — (GRAN CANARIA)

las emisiones, éstas se efectuarían por series anuales que en el proyecto original se habían fijado en un monto no mayor de veinte mi-

las enmiendas introducidas, variara el monto de la inversión anual pero la técnica de la ley será, en el fondo, la misma.

EL FOLLETIN

Por Claudio Farrere

bro y temor. Pero no tardó en tranquilizarse. Aquella mujer no era peligrosa; tenía demasiado miedo.
—¿Qué haces aquí?
—¿Yo? — balbuceó ella—. Estoy en mi casa.
—Valiente broma. Schwartzchild no es casado.
Ella no comprendió, y el hombre, mirándola fijamente, le preguntó:
—¿Cómo te llamas?
—Camila. Soy la señora de Montespan.

—¿Montespan? Pero ¿entonces... el banquero Schwartzchild?...
—Vive en el piso de abajo.
—¡Maldición!
Y más amenazador preguntó:
—¿Estás sola? ¡Contesta!
—Sola, completamente sola, y no diré nada. No me mate usted. Mi marido está de viaje a causa de su próxima novela.
—Está bien. Dime dónde está el dinero.
Ella temblaba de pies a cabeza.

LOS LIBROS

—Emplead el tiempo en vuestra propia mejora mediante los estudios reunidos por los demás, de ese modo adquiriréis fácilmente lo que a otros les costó grandes esfuerzos. — Sócrates.

—El cultivo de la mente es tan indispensable como la alimentación del cuerpo. — Cicerón.

—Carecer de libros propios es el colmo de la miseria. Que no fuese nadie pobre. — Franklin.

—En muchas ocasiones la lectura de un libro ha hecho la fortuna de un hombre, decidiendo el curso de su vida. — Emerson.

—El que ha conocido el placer que causan los libros posee un gran recurso contra el dolor y la adversidad. — Anatole France.

—El monumento se lo erige uno mismo con sus obras: la estatua más perdurable está representada por el libro. — Santiago Ramón y Cajal.

El hombre, al pasar por delante de la portería, dió el nombre de un inquilino conocido, y, tomado el ascensor, subió hasta el piso segundo, creyendo que era el primero.

La puerta tenía dos cerraduras de seguridad y una cadena; pero para un ladrón tan hábil como él abrirla fué cosa de un par de minutos. El hombre entró, cerró y dió luz, seguro de que a aquella hora el cuarto estaba vacío. Llegaba un maletín de fuelle vacío. Lo abrió, lo dejó en el suelo del recibimiento y, guiándose por el plano que llevaba, entró en la habitación que creía ser el despacho del banquero Schwartzchild, ausente de París, y en el cual debía haber una caja de caudales digna de ser registrada.

Abierta la puerta, el hombre no encontró ni despacho ni caja de caudales; estaba en una alcoba, con un vasto lecho en el centro, en el que dormía una mujer que se despertó asustada al oír el ruido de la puerta.

Hubo un comienzo de grito:

—¡Soco...!

Pero el hombre se había abalanzado ya sobre la mujer y, cogiendo el teléfono con su mano izquierda, ordenó:

—¡Cállate!

Estaba espantoso: dos ojos verdes, terribles; una boca crispada, unos pómulos de canibal y un puño amenazador, enorme como una maza.

Aterrada, la mujer que estaba en el lecho guardó silencio.

El hombre la miraba con asom-

Señaló con el dedo a una gran librería, frente al lecho.

—Allí. En el cajoncito del centro. Lo abrió.

—¿No hay más que esto?

—No somos ricos. Mi marido escribe para vivir. Escribe novelas.

—¿Novelas? ¿Cómo dices que se llama tu marido?

—Javier de Montespan.

—¿Javier de Montespan es tu marido?

—Sí.

—¿El que ha escrito ese folletín que se titula. *Dos veces virgen*, y ese otro, *El hombre sin cabeza*?

—Sí.

—El *hombre sin cabeza* era soberbio. He leído la mitad en un periódico... Pero no es verdad que sea tu marido quien ha hecho eso.

—Sí lo es. Mire usted en la librería. Allí está *El hombre sin cabeza*. Un libro encuadernado en azul.

El hombre fué a alcanzar el volumen. Pero se detuvo y giró en torno una mirada de desconfianza.

—No tema usted—se apresuró a decir Camila de Montespan—. Le juro que no llamo, que no me muevo. Puede usted verlo a su gusto.

Cogió el volumen.

—El *hombre sin cabeza*. No he sabido cómo termina.

Abrió el libro y empezó a leer. Durante largo rato estuvo abstraído en la lectura.

Un reloj dió la hora. El hombre se estremeció, miró a la mujer y, señalando el libro, preguntó:

—¿Puedo llevarme esto? Nada más que esto.

Ella afirmó con la cabeza.

El hombre desapareció respetuosamente.

Una batalla espiritual

(Capítulo de la novela "Santuario de Extravagancias")

Por René Arturo Despouey

No, él no podía seguir así. La angustia sofocante de aquellos momentos mordía demasiado en las entrañas de su alma. Y era sobrehumano soportar resignada y estoiicamente la lucha entre la razón y los sentimientos entablada en su yo interior; ese yo que tanto desconociera hasta entonces.

Trataría de prolongar la respuesta a aquella obsesionadora interrogación que estaba asaltando sistemáticamente su espíritu. Huiría de ella como una sombra... Todo, menos aceptar que jugaran los dientes de la maledicencia con su reputación, hincándose perversamente en ella. Eso era como si le arrancaran la propia vida.

Pero, por otra parte, ¿qué sería de Carlos si llegara a perderla a ella, la irresistible sirena?

Había salido a la calle porque se ahogaba estando encerrados solos él y aquel problema entre las cuatro paredes desnudas del salón glacial. Había comenzado a caminar sin sentirlo, con pasos de autómatas que lo llevaron a su rincón favorito. Se aferraba así, infantilmente, a la pueril idea de que la naturaleza se cerniría sobre él en gesto de hermana que consuela.

Y lo pensaba en vano.

Porque al sumergir su alma con delectación mística en el azul de cielo tan puro que lo penetraba todo, surgía de nuevo ante él la implorante súplica. Nada significaba en esa ocasión el retiro soñador que invitaba al recogimiento. Ninguna sugerencia tenía para él ahora el prodigio de verdor constituido por los ramúsculos temblorosos al proyectarse sobre la linfa inquietueta... Mientras que parajodaba siguiendo con desatenta atención los movimientos de los cisnes en el estanque, sufría su razón nuevo síncope. Y nuevamente surgía ante él, atrevidamente, la pregunta inmutable.

¿Lo amaba de verdad Sofía, como asegurábaselo siempre toda la inefable efusión de su ser cuando se veía junto a él? ¿O aquello era sólo una representación más de la vil comedia del egoísmo y del interés fingiendo cariño?

Como una valiente aprobación a lo primero, estaba el hecho de que ella le prometiera, en la excitación de la noche de fiesta que respiraba poemas de embriaguez y voluptuosidad, ser toda suya, entregarse a él en el gesto de excelso desfallecimiento que grita la consumación del delirio de amor...

Pero, por otra parte, las palabras que oyera impensadamente, al retirarse al invernáculo un momento para recuperar su alma en la solitud, habían sido como el oráculo de un incierto porvenir.

Mecha, esa vez, había pitagorizado en los movimientos de geometría perfecta con que marcaba el ritmo del "charleston", todo el espíritu cuadrilátero de su vida. La vida moderna, como ella se complacía en llamarla creyendo positivamente en una innovación, tenía un credo único: gozar de todas las sensaciones en su breve pasaje por el mundo, hacer que su "luz" brillara espléndida aunque efímera. Y la vida moderna, renovación regresiva en verdad, debía ser para ella una vida-ráfaga.

Menos de veinte años tiene Despouey, y ya es bien escritor y bien novelista. Posee todas las cualidades necesarias y sólo faltaría que entre ellas se estableciese una compensación. Entonces sus energías y su paciencia de pulidor del estilo pasarían a ser hondura de emoción en el desarrollo de la intriga. Y así sería mucho más novelista. La relativa frialdad hace un poco borrosa y confundible la trama de una obra. Que Despouey agregue calidez. Pero que quite atildamiento para obtenerla, y hará un libro notable. El cuidado de la forma hurta a la exacta expresión del sentimiento y oscurece las otras buenas cualidades del escritor: las lima en cuanto asoman en una palabra ruda, tal vez bruta, pero capaz de darnos el cuadro necesario, en una economía asombrosa de vocablos. La vida rompe muchas veces la literatura...

Es francamente admirable la capacidad de construcción que demuestra el autor de "Santuario de Extravagancias", así como la nobleza con que encara los problemas de la vida moderna. Y en verdad que no creería en su gran juventud quien no lo conociera, sobre todo cuando lo ve exponer, hasta provocar la repulsión saludable del lector, los vicios más nefastos y engañosos de este siglo.

Con un poco más de vida, Despouey ha de darnos la obra que lo está esperando.

Alicia PORRO FREIRE.

Pero Mecha acentuaba el propósito; lo hacía resaltar en todo momento con una indiferencia inconsciente y estúpida...

—Pitungo, por Dios, está Vd. insostenible esta noche.

—Y Vd. está adorablemente cruel... Lo único que me "arruina" es que Vd. finja esa mortificación y esa indiferencia que yo sé imposibles en realidad.

—Presumido... Como amigo siempre he de distinguirlo; pero como enamorado, Vd. es una verdadera calamidad. La cantilena de siempre; que le destrozo el corazón, que soy una muñeca caprichosa... y etcétera, es algo por lo cual, si supiera que es inevitable, no me

enamoraría nunca. ¿Lo ha entendido bien?

—Sí, pero ahora es preciso que Vd. me entienda a mí.

—Es que no pienso perder la paciencia... Vd. conoce ya los efectos que hace en mí ese sentimentalismo cursi que salpica en sus declaraciones.

—¡Oh, no se apure, Mecha! A pesar de que hoy le ha dado con las frasquito de rompe y rasga, no por eso voy a claudicar.

—¿Es que cree, Vd., Pitungo, que por distinguirlo entre todos los compañeros de baile porque se completa tan bien conmigo, he pensado nunca en "clavarme" con un matrimonio así? Supongo que ya está

cansado de conocer mis ideas al respecto. La juventud es para disfrutarla; desgraciadamente no se vive dos veces... Y al casarme, más tarde, hacerlo con un hombre de posición, que le permita a una gozar de todo el lujo a que tiene derecho. Exactamente como lo hace Sofía.

—Pero no piensa, Mecha, que en el casamiento de su hermana predomina un interés sentimental?

—¿Cómo? Parece imposible que sea Vd. el íntimo amigo de la casa, quien habla de ese modo. No considerará cínica mi confesión, porque no es nueva para Vd. De sobra está enterado del brillante estado financiero en que nos hallamos, razón de más para que Sofía no abandonara sus ideas positivistas respecto al matrimonio... Y el resultado, como lo ve, es ese enlace con el "zonzó" de Carlos.

La cachetada, con su fuerza ciega y brutal, hiciera subir la sangre de Carlos a la cabeza en un violento impulso de cólera. Había resonado, dolorosamente, en lo sensible de su alma, muy escondido en la fría apariencia externa de su persona...

¿Conque pretendían engañarlo? Ella, la muy páfida, había preparado calculadamente toda la trama. Ella, muy artista además, lo había envuelto en las redes de su seducción contra la cual era en vano luchar. Ella se estaría riendo ahora de él, el muy "zonzó"...

No, mil veces no. Imposible. ¿Cómo podía mentir la mirada de ella de aquel modo? ¿Cómo latiría su seno con aquel compás desordenado y palpitante, si no estuviera dictado su ritmo por la fuerza avasalladora del amor?

¿Y cómo, finalmente, hubieran sido los labios de Sofía el Tabor en que se purificara y transformara su concepto de la vida, si sus besos no hubieran llevado aquel calor palpitante de humanidad, que hacía vibrar por un minuto, en un mismo espasmo, en una misma sensación de excelitud y de grandeza, a las dos almas?

No cabía, en los registros de su espíritu, la concepción de un grado tal de falsedad.

Por eso, con desasosiego creciente, interrogaba a todo sin apercibirse de ello, con la monótona insistencia del que, desesperado, pregunta en el patíbulo con la venda sobre los ojos si aún brilla el sol, si hay sonrisas en los rostros y los niños juegan, y si aún las mozas oyen requiebros de sus enamorados, cuando su fin está tan próximo, que casi lo palpa. Interrogaba así, sin darse cuenta de ello, a las estrellas, a los pájaros, a la misma brizna de hierba que los vientos llevan de acá para allá; al borracho que lo miraba con expresión idiota para romper luego en carcajadas...

Allí estaba el momento palingenésico de su vida.

Y aquel era el amor irresistible, inesperado, pero débil niño ciego que buscaba tembloroso la senda perdida. Era el amor que lleva al hombre a las desatinadas actitudes. Era el amor que lo haría hasta romper a llorar y arrodillarse delante de ella, aunque se confirmase su mentira. Era el amor génesis humana y esencia de vida. Era el amor hipertrofia de la razón e inyección de alcaloide sobre el ins-

CORAZON FRIO

No me quejo de tí!... No es culpa tuya que tengas de granito el corazón; yo haré que cedas a mi afán continuo, como cede a las olas el peñón!

Si Dios, como un sarcasmo a tu hermosura, puso en tu seno un corazón helado! yo, con el fuego que en mí ser rebulle, te daré lo que el cielo te ha negado!

Mírame siempre así!... Puede que logre en un raptó de ardiente desvarío, dar a tu corazón que ya se entume el fuego abrasador que hay en el mío! ¡Pobre mujer! Sacudiré el letargo donde tu corazón dormirá opreso; para animar tu cuerpo no me importa darte toda mi vida con un beso!

No compares mi amor con tu capricho; eres hermosa y por lo mismo fátua: tú no sabes sentir... en tus caricias hay el hielo de muerte de la estatua!

A. MAURET CAAMAÑO.

tinto galopante y sin freno. Y era aún el amor, pujante efusión que había de arrastrarlo al término conciliador.

¡Cómo había hecho presa el amor en un alma ingenua de hombre que jamás se imaginara conocerlo en aquella omnipotencia!

En primer lugar, ataba de pies y manos, por rara contradicción, a su impulso viril. Desarmado, vencido, Carlos tenía así un solo recurso; convencerse de que si Sofía alimentara una doctrina utilitarista y especulativa del matrimonio, al conocerlo la había destruido totalmente, para plasmar en sí misma una nueva concepción de la vida. Algo que debía abrir para su alma nuevos horizontes, desde que se anulaba su feroz egoísmo...

Entretanto, iba anocheciendo.

Amor... Vida... Aquellos términos tan grandes, tan multiformes, tan confusos, iban constituyendo en su imaginación una dulce perplejidad. Carlos la recordaría para siempre. Para siempre quedaría grabado en su espíritu el hesitar del que estuviera pendiente su existencia en un momento supremo.

Y sobre todo, para siempre dejaría su estigma en él la solución; aquella solución que, aunque débil y cobarde en un hombre de su temple, era la solución, al fin!

Carlos abrió, pues, la puerta de sus sentidos al mundo exterior. Y percibió con un desasosiego que era forma nerviosa de regocijo y de paz, que la noche estaba fría, que en su casa lo estarían esperando intranquilos y, sobre todo, ¡que tenía un apetito extraordinario!

—Sofía! Al fin llegaste! No sabes qué intranquilo te estuve esperando!

—Me fué imposible venir antes. Pero confiaba, Carlos, en que no te echarías atrás.

—Sabes muy bien que, tratándose de ti, nunca, nunca hubiera hecho eso. No necesitaba tampoco de esta prueba. Nuestro cariño es ya, por sí solo, demasiado grande. Y está por encima de toda desconfianza.

¡Mentira! era la respuesta que gritaba en el interior de Sofía. Hasta ahora ella había estado insegura de las intenciones con que venía aquel hombre. Antes de hacerse la luz del amor en el corazón de Carlos, sólo había visto vacilaciones, consecuentes de aquel conflicto espiritual que, ella ignoraba, por supuesto. Esas vacilaciones hacían dudoso su casamiento con Lichtemberger aún después de haberse publicado su noviazgo. Y aquello la había decidido a dar el paso definitivo en la conquista del marido. Paso que, por otra parte, no era de ninguna gravedad para ella; ni por sistema, ni por temperamento.

—Vamos a tomar aquel taxi. Es peligroso exponerse así a que nos vean, aunque sea éste un lugar apartado.

—Como quieras...

Tras el breve cruce de palabras, y después de recibir órdenes el "chauffeur", el auto arrancó. Dentro de él, en la irresistible atracción de la mujer sobre el hombre, iban, solos, Sofía y su novio.

Solos con el Deseo, animados por un soplo cálido y vigoroso: obedeciendo a su dictado en las frases exaltadas, que surgen entre un raudal de ideas grandes y confusas, y que sucedieron en seguida al discreto vulgar de todos los enamorados.



EL MEDICO. — ¡Qué caso más extraño! El otro día me avisan para que fuera a ver tres enfermos y me los encuentro muertos a los tres.

EL AMIGO. — ¡Qué impacientes! Nada perdían con haber esperado.

—Debemos vivir y sentir este minuto como el más grande de la vida. Pero sólo vivirlo y sentirlo. Es tan pobre todo lo que pudiera decirte comparado con la naturaleza de esta emoción...

—Tienes razón. Yo tampoco acertaría a comunicarte lo que, en realidad, siento.

—Y estoy luchando conmigo mismo, porque es demasiado intenso esto como para que yo no lo grite,

para que no vea vibrar tu alma junto a la mía en esta hora. Pero, también, ¡es tan indescriptible, en la esencia, en lo íntimo! Sólo sé que me siento extraño de mí mismo; y que te veo alto, inmarcesible, rodeada de una aureola que te hace para mí la mujer superior. Te siento mía; y tu espíritu es mío también. ¡Y esto es, en dos palabras, la gloria!

—Anda, exagerado. ¡Si no te su-

ESPACIO

Espacio, espacio, es lo que queda, después que la esperanza con color y figura, y el ideal concreto, y la fuerza o aptitud de calidad conocida, te abandonaron a mitad del camino. Espacio: mas no es ese donde el viento y el pájaro se mueven más arriba que tú y con alas mejores; sino dentro de ti, en la inmensidad de tu alma, que es el espacio propio para las alas que tú tienes. Allí queda infinita extensión por conquistar mientras dura la vida; extensión siempre capaz de ser conquistada... Imaginar que no hay en ti más que lo que ahora percibes con la trémula luz de tu conciencia equivale a pensar que el océano acaba allí donde la redondez de la esfera lo substrahe al alcance de tus ojos. Incomparablemente más vasto es el océano que la visión de los ojos; incomparablemente más hondo nuestro ser que la intuición de la conciencia. Lo que de él está en la superficie y a la luz es comúnmente vulgar y más mísero. Dame acertar con la ocasión y yo sacaré de ti fuerzas que te maravillen y agiganten. Tu languidez de ánimo, tu desesperanza y sentimiento como de vacío interior no son distintos de los miles de almas electas, en las vísperas de la transfiguración que las sublimó a la excelsa virtud, o a la invención genial, o al heroísmo. Si veinte horas antes de consagrarse héroe el héroe, apóstol el apóstol, inventor el inventor, o de tender resuelta y eficazmente hacerlo; hubiérale anunciado un zahorí de corazones su destino inminente, cuántas veces no se hubiera sonreído con amarga incredulidad. Dame la ocasión y yo te haré grande; no porque infunda en ti lo que no hay en ti, sino porque haré brotar y manifestaré lo que tu alma tiene oculto.

José Enrique R O D O.

Fotograbados Tricromías Bicromías

Confección de clisés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones

Precios sin competencia

Trabajo garantizado

— Entrega inmediata —

Pujol, Preysler & Cia.

Bme. Mitre 1259

Buenos Aires

Unión Telef. 38, Mayo 4830

piera tan poco amigo de mentir! Y olvidas que soy mujer? Olvidas entonces la femenina sensibilidad del amor. En la mujer es todavía más rara la facultad de dejarla estampada en la página de arte, o esculpida en la piedra o el bronce. ¡Qué! Ni siquiera trasmitada al viento que deslíe las palabras, poco a poco, en sus sutiles falanges.

—Tú aludes a esa feminidad que siente, que se duele e irrita de puro gozo con la caricia amorosa. A esa feminidad que vibra enérgicamente en la hora del amor y que cae desmayada en brazos del hombre en el momento de la lucha. Así lo creo comprender... Y así la entiendo yo también.

—Sí, Carlos. Yo, de esa manera, siento el voluptuoso placer de ser femenina a tu lado. Me impresiono como una chiquilla cuando me tomas entre tus brazos...

—Para luego olvidarte en la... ¿cómo diría?... en la "ivresse" posterior, ¿no?

"Ivresse"... El término que traducido pierde todo el prestigio de su galo y galante significado, expresaba muy bien la condición espiritual de Sofía en aquel momento. Esa hora del amor; hora del cálculo para ella desde que venía a asegurar a la presa, estaba siendo por último hora de "ivresse". La embriaguez producida por el ardor apasionado de aquellas palabras, el escozor epidérmico de los besos del verbo con que primero la acariciara Carlos, se convertían ahora en completo y total olvido de todo lo demás, por el aislamiento pasional del abrazo que hacía olvidar logrería, casamiento, y todo.

Aquel era, pues, el minuto de locura del deseo...

Mas no era el amor.

Y así pasó velozmente el tiempo hasta llegar al lugar indicado. El "chauffeur" los volvió a la realidad con un seco "Ya estamos, señor", y ambos descendieron del auto.

La tarde estaba en la plenitud de su perezosa languidez. El rincón lleno de paz era propicio a la

amorosa entrevista. Y el sol iba huyendo picarescamente, como si comprendiese su poca necesidad en aquellos momentos y fuera a buscar a la hermana Luna, que sabía de mágicas fórmulas y conjuros misteriosos, tan gratos a todos los enamorados. Al recibir sus últimos reflejos la arena tenía extrañas reverberaciones doradas...

Con un tapiz de esa clase y, muy luego, cubierto por argentado techo, el escenario del amoroso "tete-a-tete" era, si no precisamente original, por lo menos brillante realce de éste.

—Ven, Sofía. Sentémonos aquí.

Triviales palabras, trivial comienzo de aquel coloquio en la playa, todo denotaba a las claras el embarazo en que se hallaba Carlos para transmitir sus emociones.

Ella le repuso:

—¡Qué paisaje admirable! Es una tarde única, ésta de nuestra hora. El instante en que se nace por completo al amor, y aquel en que se vislumbra la muerte, son para mí los "momentos psicológicos" de nuestra vida. Ahora estamos en el más hermoso y el más grande.

"Pero... ¿porqué será que siempre asociamos la idea del amor exaltado a la de la muerte?"

Las frases de artista, calculadas, que irían a ejercer un efecto seguro sobre el ánimo del amante, no provenían de un parto espontáneo de emoción femenina. Ella iba segura de lo que diría. Nada en Sofía era improvisado; sino que en su felina e infernal astucia, había presentido con refinamiento, hasta imaginarse la evolución ordenada de aquellas sensaciones. ¡Iba el entendimiento de Carlos, tan pristino en aquel orden, a imaginarse la abstrusa y satánica anticipación? No. Y por ello completó el pensamiento:

—El amor, vida, es la muerte de nuestro egoísmo, aunque da lugar a otro, más amplio, más noble. Es también la muerte de todo interés mezquino al que nos hubiéramos dedicados ajenos a él. Y la muerte de todo amor hace que muera en nosotros hasta la belleza de la bestia. Uno es suma razón; la otra es término. Por eso siempre van estrechamente unidos en nuestro pensamiento.

—¡Qué extraño, Carlos! ¡Yo he pensado tantas veces eso mismo!... Pero no debe de asombrarnos esta comunión espiritual. Lo que si me desespera es el pensar que no exista en todos los amores, que desaparezca ahogada por el materialismo o por el temor de parecer... ridícula. ¡Pobre amor y pobres almas esas, entonces! Y de que las hay, no cabe duda.

—Creo que estás equivocada. Esa "comunión", que tú llamas, siempre existe en los amantes. Lo que hay es que pocos saben desempolvarla de la anonimía en que yace en las concepciones ocultas de nuestro raciocinio. Y menos mostrarla, como en una fiesta, desnuda a la luz del amor.

Aquel cariz filosófico de la conversación ocultaba muchas cosas. Parecía que el exaltado principio

LEJANIA

Mi soledad se estira de esperanzas:
Sueño lograr tu cuerpo, de veinte primaveras.
Tú, en tanto, en mis pupilas celebras locas danzas,
Y el crepúsculo, ahogándome en privanzas,
Me posterga en inútiles esperas.

Tengo en mis ojos tu presencia oculta,
Y aunque me haces sufrir como una herida,
Celebra, el ritmo de tu ausencia adulta,
Las mejores bellezas de mi vida.

Mis silencios se aprietan en tus manos
Con lograda humildad de catecismo
Y me abrevian nostalgias los caminos lejanos
Que te traen en presencia de mi mismo...

A veces tardas en venir. Entonces,
Me asomo a mis pupilas y ante el vasto paisaje,
Salto a la campanada del Angelus profundo,
Me ubico la doliente vibración de sus bronce,
Y me voy a buscarte — en silencioso viaje —
Con rumbo hacia el crepúsculo, por las sendas del mundo...

Enrique M. ABELLA BLASCO.

de la cita en el auto se avergonzaba de sí mismo. Y ambos tornaban a una correcta expectativa, tregua necesaria en el ardor de la lucha. Pero sólo tregua de palabra. Los ojos seguían entonando cánticos de embriaguez al cruzar los destellos

de sus miradas y las manos acusaban una alianza tácita en el apretón, nervioso y significativo a veces: otras prolongado...

Las frases fueron entonces sólo de ellos. Una aprisionaba a la otra. La palabra de Sofía se tonificaba

¡OH; PARIS...!

Los padres de ahora y los padres de antes

Mi buen amigo el superintendente del Lloyd Brasileiro comandante Antonio Müller dos Reis, tan ventajosamente conocido en el ambiente literario rioplatense con el pseudónimo de Reis Netto, — apremiado la vez pasada por las rebeldías de su hígado enfermo, — resolvió trasladarse a Europa, para hacer en Monte Cattini, una cura de aguas, siendo acompañado por su hijo Murillo, hermoso y muy simpático mancebo, de 18 años, todo un caballero.

Restablecido Müller de sus dolencias, su espíritu exquisito lo empujó a visitar las principales ciudades de Italia y Francia; e instalado, finalmente, en París, con su hijo; — éste, — que se había encontrado allí con algunos compatriotas de su edad, — ávido de paseos y de diversiones "aplicaba la manga" al autor de sus días, en forma tal, que el distinguido marino juzgó oportuno llamar a prudencia a su vástago.

—Me parece que Vd. se está excediendo en los gastos. Y yo, francamente, — y Vd. muy bien lo sabe, — no soy hombre de fortuna...

—Pero, papá, — respondió Murillo en tono zalamero, — tu comprendes que estamos en París!... Además, no puedo hacer malos papeles ante esos amigos...

—Si; comprendo; pero es el caso que el barómetro de tus erogaciones asciende en proporciones realmente alarmantes...

—¡Caramba! ¡Cuánto siento haberte molestado!...

—No; si no has llegado a incomodarme, hijo mío. Es una simple reflexión que te hago para que, comprimiéndote dentro de lo razonable, — no prosigas gastando más de la cuenta. ¡Yo nunca "cargué" a mi padre...!

—Bueno; pero tendremos que convenir, entonces, en que tú no tuviste un padre tan bueno como el mío...!

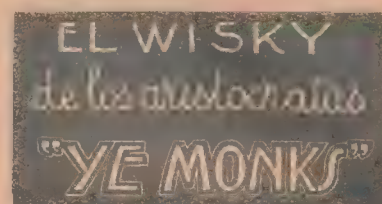
Como Müller riera ante tan inopinada salida, Murillo, a quien sobra corazón e inteligencia, abrazando al autor de sus días, terminó así la incidencia:

—Por otra parte, tu padre no te habrá traído nunca, tampoco, a París...

¡Verdad, papito?
Y la "manga" ese día, se dilató por generación espontánea...

Montevideo.

Rómulo F. ROSSI.



con la esencia sutilísima de la verba de Carlos, enérgica y rendida al mismo tiempo.

Y así, ambos, fuerte el amor del uno por el apoyo que recibía del otro, fueron hacia el "auto", abrazados más como dos compañeros que como dos amantes, lentamente, muy lentamente, bañados en melancolía de ocaso que era, en esos momentos, presagio siniestro de otro ocaso futuro...

Carlos, al llegar a la rambla, dió de nuevo una dirección; esta vez era la del "cottage" excéntrico, primoroso y discreto, que había alquilado al efecto. Allí realizarían delectablemente ellos sus desposorios de amor, sin la rúbrica de la ley y de los conveniencias sociales.

Tres meses después, en la elegante residencia de los Shaw, se realizaba ante la sociedad entera la boda del "acaudalado comerciante e intachable caballero don Carlos Lichtemberger, con la señorita Sofía Shaw González, gentil figura de los salones distinguidos".

La casa resplandecía verdaderamente entre aquel derroche de luces. Los trajes de las damas eran una mancha pintoresca, de confusa belleza, sobre la decoración y el mobiliaje de las habitaciones, todos de severo estilo colonial. Los más mínimos detalles, en suma, revelaban que la familia había "echado el resto" en aquella ceremonia al cifrar todas sus esperanzas en el casamiento de Sofía.

En las crónicas sociales de los diarios se anunciaba que la "señorita de Shaw González luciría como nunca su belleza, de tradicional prestigio, vestida con una elegantísima "toilette" de lama plateada y armiño", etc., etc. Y en apariencia, reía con amargura ella de que los azahares, símbolo de pureza e inocencia, se vieran por contraste extraño sobre su frente; de que no pudiera llevar con mirada tímida y gozosa las galas de novia que arrastran consigo al ser quitadas toda la ignorante ilusión juvenil...

Pero en el fondo... tanto le daba. Ahora pasarían por fin las terribles preocupaciones económicas que le habían amargado la vida en los últimos meses. Carlos, más ciego aún al llegar su pasión al punto álgido, había adelantado la fecha de la boda en la ansiedad de que nunca pudiera murmurarse de Sofía, con aquel concepto rígido del pundonor caballeresco que lo hacía sentirse más conmovido seguramente ante la rápida sucesión de los hechos que al inquieto y sensual temperamento de su novia. El enlace, aunque apresurado, había atraído a todo el mundo social, y las críticas acostumbradas, de divertida perversidad, cruzaban las saetas de su ironía merced a la consumada habilidad de algunos esgrimistas de la palabra.

A Paulina le ha correspondido como a la excepcional *Bertha*, el sufrir la lucha sistemática de una negación de sus facultades superiores de Arte... ¿Incompresión?... ¡Quién sabe! Puede ser falta de receptividad en sus oyentes...

Hay, seguramente, una gran analogía, desde el punto de vista del estado artístico, de la asimilación magistral, del encadenamiento de los pensamientos del autor y la ejecución, en estas dos mujeres nacidas con la virtud de alzar sus razones, muy por encima de las sectas de la inteligencia, y triunfar como sólo pueden triunfar los seres creados para volar más alto que los límites que quieren dar los globos oculares que con frecuencia es una expresión reducida de un acto instintivo o egoísta.

Paulina Singerman provoca, con una tendencia especial de arte, el temblar del cuerpo, que es el estremecimiento que solo lo produce la emoción sincera.

La emoción, la simpatía que nace del reconocimiento de las facultades de esta joven artista argentina, que nos da cuenta del lazo íntimo que une el Arte leal con la inteligencia pulida.

Paulina Singerman no se reduce a interpretar los papeles que le dan en el reperto teatral.

Paulina, es una vehemente estudiosa. Lee mucho y asimila mucho, porque su inteligencia natural la secunda valientemente para que la reflexión sea serena y de provecho. Es una creadora de belleza en múltiples manifestaciones.

Está actuando en el Teatro Nacional. Se desenvuelve en obras calificadas, dentro del marco del teatro por secciones. La hemos visto en *"Muñecos de Ocasión"* de Martínez Cuitiño. Allí aparece en admirable síntesis como una artista verdadera, y en la brutal realidad de los hechos que se desarrollan en esa interesantísima obra, aparece Paulina Singerman más refulgente, acicateando para crear

Paulina Singerman

un mundo mejor, sin convencionalismos, más sano, más honesto en sinceridad, sin la superficialidad de la mentira artificiosa y malsana, sin la imaginación proterva y bastarda de quienes aderezan sus en-

esta época de convulsión social.

Y, las artistas deben ser no sólo intérpretes de las obras en la hora que las realizan, sino estudiar, compenetrarse bien en las ideas de los autores selectos, poniendo en



firmizas ideas con los sentimientos superiores de quienes sienten para "adentro" ideales que jamás pueden ser comprendidos por los alfabetos espirituales que viven "copiando" no solo las posturas sociales, sino la expresión de las emociones mecánicas.

El exceso de luz es necesario en el teatro como cátedra. La valentía en los temas es imperativa en

práctica en la vida diaria el respeto hacia el individuo y por ende hacia la sociedad, mejor constituida, cuanto más preparada se encuentra y más noble y tolerante sea.

Por eso, aplaudimos, sin reservas, a la talentosa actriz Paulina Singerman, que sin esfuerzo alguno, reúne todas las cualidades de una artista verdadera: dicción cla-

rísima y expresiva en todos sus matices, comprensión exacta de las ideas que expone, mímica acertada, una naturalidad que seduce por su clara espontaneidad, una figulina encantadora y una inteligencia sutil que se refleja en todas las actitudes de esta embajadora de la estética juvenil y espiritual.

—Es realmente penoso que Martínez Cuitiño haya tenido que cortar su obra *"Muñecos de ocasión"* para reducirla al implacable tiempo de una hora, de una sección...

Es una pieza teatral, para tres actos, magistral, y en la que se desarrolla más ampliamente la obra en que yo hago un personaje tan raro en su psicología, pero que es tan sincero en el desenvolvimiento de la obra humana de Martínez Cuitiño... — nos dice Paulina.

Le contestamos que si *"Muñecos de Ocasión"* en concreto nos ha interesado tanto, nos imaginamos que resultaría de mucho más efectismo su desarrollo integral, que a no dudar, sería de tanta nobleza y altura en sus ideas como *"El Espectador"* del mismo autor.

Paulina Singerman se muestra muy satisfecha con la opinión que exteriorizamos, y comprende que nos hemos salvado, felizmente, desde que tuvimos uso de razón, de las posturas de sabios con espíritus superficiales, y que cada palabra que decimos es una sinceridad del alma humana y rebelde contra la profanación del arte verdadero.

Nos despedimos de Paulina, que, dándonos una prueba más del respeto que siente por todo lo que signifique arte superior, nos pide: "vayan a ver la exposición del escultor Stepan Erzia, en la galería Müller, son obras ejecutadas en madera, arte que sabe aquilatar emociones..."

Iremos, con la seguridad que el pedido de Paulina Singerman es la significación de una idea generosa y noble, reflejo fiel de su espíritu superior.

Adela GARCIA SALABERRY

Pedí a la telefonista el número 24376, y en vez de la comunicación esperada una voz encantadora me hizo saber que estaba comunicando con el 24366. Nueva llamada, y volvió a repetirse el error.

A la tercera llamada, la misma voz me dijo riendo:

—¿Otra vez usted, caballero?

—Perdóneme, señora; pero esta Central...

—Tiene usted suerte de no haber tropezado con un abonado de mal genio.

Y volví a oír su risa.

Eran las nueve de la noche. Estaba cómodamente sentado en una butaca, no pensaba salir de casa, la voz era simpática y la risa prometedora...

—Estaba escrito que esta noche hablásemos juntos — proseguí.

Continué la charla. Cambiamos las frases frívolas que pueden cruzarse en un primer diálogo por teléfono.

Al día siguiente, por la mañana, llamé. Pedí el número 24366. La voz esperada respondió. Tuve la impresión deliciosa de que me esperaban. Y así seguimos hablando varios días, hasta que logré un nombre, una dirección y una cita. Susana Chatelier me aguardaría en su casa a las cinco de la tarde. No tenía más que llamar a la puerta del piso bajo izquierda.

Al ver a Susana quedé deslum-

brado. Su figura no desmentía el encanto de su voz. Era bellísima, preciosa de cuerpo y muy elegante. Durante quince días no tuve más pensamiento que Susana. Era alegre, deliciosamente coqueta, siempre libre. Me divertía por su alma de modistilla enamorada del campo y de los lugares tranquilos y apartados. Le disgustaban los lugares de placer a la moda.

Un día la encontré preocupada, inquieta. Acabó por decirme que

ya no podíamos seguir viéndonos en su casa, y que nos veríamos sólo un rato, por las noches. Pensé que tendría algún viaje, y que esto le privaba de su absoluta libertad de antes. Le indiqué mi sospecha y no la desmintió...

Volví a verla algunas noches, pero ya no era la misma Susana. Todo en ella había cambiado; su peinado, su perfume, su manera de vestir... Iba ahora modestísimamente ataviada, y con una sencillez que

Un tierno idilio

Por Claudio Gevel

POTROS

Ante los recios tirones
De riendas que dá el jinete
Amengua su furia el flete
De brincos y manotones;
El potro entra en razones
Estéril su empuje ha sido;
Y el mozo que lo ha vencido
A pura rienda y guapeza
Al palenque lo endereza
Al trote largo y tendido!

Así en la vida, bravío
Y chúcaro y redomón
El potro de la pasión
Corre loco a su albedrío;
Pero lo mismo su brío
Se trueca en pasividad
Cuando un hombre de verdad
Le pega un tirón certero
Con esas riendas de acero
Que se llaman Voluntad!!

DOMINGO F. ARIETTI

contrastaba con su elegancia anterior.

Al día siguiente por la mañana la ví salir. Iba sin sombrero, con un delantalito blanco y cofia.

Comprendí que Susana no era lo que yo había supuesto, sino una modesta doncella al servicio de una gran señora. Ella no me vió, y cuando nos vimos por la noche no le dije nada. Había decidido no hacer la menor alusión a mi descubrimiento de aquella mañana... Aunque fuese una doncella, ¿dejaba por eso de ser una chica encantadora, de la que yo estaba ya profundamente enamorado? Pero cuando estuvimos juntos en mi casa me asaltó un deseo. ¿Me quería por mí o sólo por la vanidad de verse cortejada por un señorito rico? Ansié salir de dudas y le dije:

—Susana, tengo que decirte una cosa. ¿Me vas a perdonar? Te he engañado. Yo no soy lo que crees, sino un humilde ayuda de cámara. El nombre que te dije no es el mío sino el de mi amo. Marchó a Egipto hace dos meses, y para seducirte me he hecho pasar por él y te recibido en su casa. Tendrás que subir al último piso, donde tenemos los cuartos los criados.

Susana lanzó un grito, y mirándome indignada me escupió al rostro:

—¡Qué vergüenza! ¡Un criado! ¡Puach!

Y desapareció.

El 9 de julio se verificó en el Club del Progreso, institución tradicional, cuya presidencia ejerce el doctor Carlos F. Melo, una hermosa y magnífica fiesta de confraternidad sudamericana.

Presentes allí los ministros plenipotenciarios de las Repúblicas de Bolivia y Paraguay, los presidentes y miembros de las comisiones de límites entre ambas naciones hermanas, el doctor Carlos F. Melo pronunció el discurso siguiente:

"Señores Ministros, señores Presidentes y miembros de las Comisiones de límites entre el Paraguay y Bolivia, representantes todos de las Repúblicas de Bolivia y del Paraguay.

Señores:

LA EXPERIENCIA ARGENTINA Y LA CASA DE LA CONCORDIA

La discordia había hecho su morada en la tierra argentina, y engendrado la anarquía; y, ésta, la dictadura, su hija inevitable. No bastaba, concluir con la dictadura y la anarquía, si quedaba viviente la discordia.

Y, la expresión: "No hay vencidos ni vencedores", salió del alma argentina por boca del Libertador.

Y, esta casa abrió sus puertas llamando a la unión cordial, a la colaboración para crear la nueva vida.

CONFRATERNIDAD SUDAMERICANA

Así, señores Ministros, Comisionados y residentes: hijos todos del Paraguay y de Bolivia, estáis ahora en una casa vuestra, que es la casa de la Concordia.

LO QUE SON Y REPRESENTAN LOS PUEBLOS DE BOLIVIA Y DEL PARAGUAY

El hilo de sangre de la estirpe descubridora circula en vuestros dos pueblos:

Es, reservada energía y muda meditación en los que aprendieron la palabra del Destino en los testimonios, que, allá, en el lago enigmático, dejó una noble raza de profetas y sacerdotes hace más de diez mil años.

Es, cálida luz expansiva de imaginación y de emoción, en los que recibieron: en sus ojos los vivos colores de la Naturaleza, y en sus oídos el rumor de las frondas y de las aguas, y la armoniosa lengua guaraní que los une y los expresa.

LO QUE HAN SIDO Y SON PARA NOSOTROS BOLIVIA Y EL PARAGUAY

Fué el Paraguay el primer centro permanente de colonización de las gentes llegadas por el Plata:

en él se gestaron las primeras rebeliones democráticas.

Formaron, las tierras, patrimonios hoy, de vuestras dos Repúblicas, unidad de gobierno con la nuestra.

Fué la tierra del Alto Perú la del sacrificio heroico al llegar la hora de la emancipación.

Hacia vuestras dos patrias dirigieron su sentimiento con su esfuerzo nuestros primeros soldados de la libertad, como hermanos, no como conquistadores.

Y, el tribuno Castelli, sintiendo la profunda sugestión de la sagrada vida antigua, se alzó en acto perdurable a proclamar entre los símbolos de Tiahuanaco la libertad de las razas indígenas!

Sois, pues, algo de nosotros; y, esa inclinación natural os traerá a hacer del Plata el río común de una civilización sudamericana del futuro, si fuerzas extrañas no os desvían, arrastrándoos a la discordia.

LA MISION DE LOS PUEBLOS DE SUD AMERICA

Los héroes de la independencia, los estadistas de la organización, los verdaderos poetas, han sentido, tratado de realizar, y han cantado

una América del Sur, fraternalmente libre, con un tipo de cultura propio, transformación purificada y nueva de la cultura europea; diferente de ella y de la del Norte de América.

Estamos retardados en esa gran obra social.

Paréciera que no fuéramos a cumplirla.

¡Volvamos el espíritu hacia los libertadores, que comenzaron por emanciparse de sí mismos para poder emancipar a los pueblos!

EL VOTO FINAL

Dignísimos Ministros y comisionados, representantes de las Repúblicas de Bolivia y del Paraguay:

Señores:

No hay diferencias irreductibles entre hombres y colectividades cuando existe buena voluntad. Siempre hallan la inspiración salvadora, o en las soluciones directas o en la equidad de un amigo justo...

En tan gran día, exaltemos nuestras almas en la fraternidad cordial; hagamos votos por la paz interior y exterior de los pueblos; porque los de Sud América dediquen su esfuerzo a colaborar en la formación de la nueva cultura; y especialmente por los pueblos de Bolivia y del Paraguay".



El amor, el férvido inspirador de la poesía y del entusiasmo, diviniza e identifica los nombres de los dos desdichados amantes, creación inmarcesible del coloso de la tragedia.

Los dos amantes, víctimas de un destino incruento, perecen sin haber logrado cuajar sus amores que ahogan las feroces luchas entre capuletos y montescos, en las que se destrozan sus familiares y amigos.

La historia de los desolados amantes, que el dramaturgo inglés desarrolló de un modo admirable con la sencillez y fuerza de los partos fecundos del ingenio para hacer resaltar la pureza de sentimientos de los enamorados, excitando la simpatía y la devoción de cuantos conocen su odisea y saben qué fugaz fué la noche estrellada que recogió sus suspiros y supo de sus tímidos balbuceos de amor, se tiene por auténtica.

Otros poetas y autores de distintos países la trataron antes de que Shakespeare la tratase.

Del primer narrador de ella que se tiene noticia es de uno llamado Mascucio; pero el que primero le dió potencia fué Luis de Porta, en 1535. Arturo Brook, en 1562, y Jerónimo de la Corte, en 1594, un año antes del estreno de la obra de Shakespeare, volvieron a tratar el tema.

Brook tradujo o imitó su poema de las "Historias trágicas" de Boistel, quien a su vez las tomó de las "Novelas" de Mateo Bandello, donde figura la historia de los amantes que Shakespeare había de immortalizar infundiendo a sus figuras el hálito humano que resal-

HEROES DE SHAKESPEARE

Romeo y Julieta

ta en todos sus personajes. La tragedia se publicó en 1595 o en 1599.

Conocido es el argumento. Los capuletos y los montescos, familias poderosas de Verona, viven en lucha continua, cuyos estragos perturban la vida de la ciudad. Romeo, hijo del jefe de los montescos, asiste, disfrazado, a un baile de carnaval dado en casa del jefe de los capuletos. Le acucia el deseo

de contemplar a su amada Rosalina. La presencia de Julieta, hija del dueño de la casa, transmuta este amor en una pasión absorbente por la joven que acaba de conocer, a la que declara su pasión con vehemencias y apresuramientos. Julieta, prendida en la misma llama, encarga a su madrina que corra tras del joven y averigüe quién es. "Si es casado — afirma —, la

YO PIENSO EN TI

Yo pienso en tí; tú vives en mi mente: sola, fija, sin tregua, a toda hora; aunque tal vez el rostro indiferente no deje reflejar sobre mi frente la llama que en silencio me devora.

En mi lóbrega y yerta fantasía brilla tu imagen apacible y pura, como el rayo de luz que el sol envía al través de una bóveda sombría al roto mármol de una sepultura.

Callado, inerte, en estupor profundo, mi corazón se embarga y se enajena; y allá en su centro vibra moribundo, cuando entre el vano estrépito del mundo la melodía de tu nombre suena.

Sin lucha, sin afán y sin lamento, sin agitarme en ciego frenesí, sin proferir un solo, un leve acento, las largas horas de la noche cuento, ¡y pienso en tí!

José BATRES MONTUFAR.

tumba me servirá de lecho nupcial".

Romeo, a quien no abandonaba el recuerdo de la joven, quiere verla de nuevo, corre a la casa de ésta, salta la tapia del jardín y cambia con ella promesas y afectos. Sabedores de los obstáculos que encuentran para unirse, dadas las posiciones rivales de sus familias, acuerdan ir en busca de un padre, Fray Lorenzo, que los case. Acepta éste y promete interceder para frenar los odios que ensombrecen el camino de los jóvenes.

Pero el rumbo que la fatalidad traza no puede torcerse, y un capuleto, primo de Julieta, provoca a Romeo, el cual lo mata.

El príncipe de Verona castiga el hecho con pena de destierro, y Romeo se apresta a abandonar su ciudad natal. Antes corre a ver a su amada, y con ella tiene una escena de ternura y pasión cuyo colofón pone el canto de la alondra.

A poco, Julieta se ve obligada a casarse con París, joven que sus padres le imponen creyéndola soltera, y ante ese conflicto la joven consulta con fray Lorenzo, que le da unos polvos que le harán pasar por muerta.

Pero Romeo recibe la noticia de la muerte de Julieta antes que fray Lorenzo pueda hacer llegar a su mano la carta explicatoria. Romeo corre a la ciudad, mata a París, a quien no conoce, y creyendo muerta a su amada, toma un veneno que le hace caer muerto junto al cuerpo de Julieta. Entonces llega fray Lorenzo, pues sabe que Julieta ha de salir de su letargo, y cuando ésta ve el cadáver de su leal Romeo, se atraviesa el corazón con el puñal de éste.

Francisco Nitti, antiguo profesor de ciencias de las Finanzas en la Universidad de Nápoles, diputado al Parlamento durante varios períodos, ministro del Tesoro y de Hacienda y tres veces presidente del Consejo de Ministros de Italia, analizador profundo de los problemas que plantea la decadencia de Europa, la Europa sin paz, la tragedia de Europa, y la Paz, acaba de publicar una nueva obra que lleva por título: Bolchevismo, Fascismo y Democracia.

Se ha dicho que los grandes agitadores de ideas tienen fama, no sólo por las ideas que ellos manifiestan en sus obras, sino también por las que saben suscitar en los que las leen. La grandeza de estos hombres está medida precisamente de esta fuerza de sugestión que ellos ejercitan sobre quienes los rodean, y sobre esta vivificación, que ellos imprimen a todo lo que tocan. Por esto los sembradores de ideas geniales tienen valor no solo por lo que ellos mismos crean directamente, sino también por lo que sus mismas creaciones, a su vez, producen y fructifican, gracias a la potente fuerza vital que el sembrador genial ha impreso en ellas.

Nitti es uno de estos sembradores geniales, y el libro de que hablo es una de estas creaciones. Se trata tan solo de noventa páginas donde están diseminadas con la prodigalidad con que un gran señor pródigo diseminaría su oro, una multitud de ideas, de concepciones, de reflexiones nuevas, originales, y, lo que más vale, verdicas en gran parte, profundamente y humanamente verdicas, concepciones que os sugestionan y os encierran tan de cerca que suscitan en el cerebro nuevas ideas, nuevas reflexiones, y que, en fin, os obligan a lo que pocos libros tienen el don de hacer: os obligan a pensar.

Si yo quisiera por eso decir aquí del goce intelectual que se prueba con tal lectura, si quisiera poner sobre el papel los miles de pensamientos que cada página suscita, si quisiera junto a la crítica que cierto pesimismo, esparcido en todo el libro, puede despertar, — decir toda la admiración que vibra en el espíritu al contemplar este pequeño monumento sociológico que tiene, en sus líneas, un arte y un sentimiento que os hace pensar a una estatua griega, — si quisiera decir y escribir todo esto, — digo, me perdería en un laberinto de pensamientos y de observaciones y, lo que es peor; haría extraviar al mismo lector.

Que el lector por tanto recurra directamente a la fuente y lea el libro: un libro que se lee dulcemente, tranquilamente, — y que se contente, aquí, de tener tan sólo una pálida y descolorida idea de algunas de aquellas páginas tan ricas de pensamiento y de color.

El libro comienza con una serie de reflexiones acerca de la crisis de la libertad después de la guerra mundial, que ha sido una cosa horrible, no sólo por los lutos que ha sembrado, por la destrucción de vidas y de riquezas que ha causado sino también por la ausencia de toda idealidad, por la ofuscación de todo sentido de humanidad, por la siembra de odios feroces, de salvajes espíritus de violencia.

Se ha repetido durante cuatro años que aquella debía ser, que había sido la última guerra, que se

El último libro de Francisco Nitti

combatía y se debía vencer precisamente para que triunfaran los principios de democracia en política interna y externa, a fin de que todo peligro de tiranías y todo turbio suelo de predominio de un pueblo sobre otro pueblo fuese barrido para siempre. Y bien, ¿que es ésta política de la post-guerra de los pueblos victoriosos, sino una traición cotidiana de las idealidades por cuyo triunfo se dijeron necesarias la guerra y la victoria, sino una diaria é ininterrumpida preparación de las condiciones que mañana harán inevitable una nueva guerra? El autor hace observar que el resultado de la guerra ha sido que las dos mitades de la Europa continental han perdido o están a punto de perder la libertad. En Rusia y en Italia hay ahora gobiernos de minorías, que, con fines opuestos, están basados en la fuerza y proclaman un altanero desprecio por la práctica de la libertad. Añade después que se ha for-

sólo es un elemento necesario sino el elemento más necesario para la vida y considerábamos la libertad como un valor absoluto, la personalidad humana como intangible en el desarrollo armónico de los atributos morales y espirituales; estudia en seguida la doctrina y la práctica de la libertad en el siglo XIX, que ahora escarnece o insultan los ignorantes, siglo de la libertad humana, del libre intercambio, de las grandes invenciones y, al mismo tiempo del principio de la nacionalidad y de la formación de las grandes unidades nacionales.

Quisiera aquí abrir un paréntesis para aplaudir a estas afirmaciones del autor, acerca del "estúpido" siglo XIX, según la ignorante arrogancia de León Daudent. La imagen dantesca del naufrago que aferrado en la orilla se vuelve para mirar de nuevo la furia de las ondas, mal traduce la condición del espíritu de quien se rehaga a pen-

sión: el fascismo que "ha surgido en Italia por obra y gracia de los socialistas revolucionarios, que después de haber reprobado la guerra se convirtieron a la causa de la guerra, añadiendo que "el fascismo se presentó al público en Mayo de 1919 sosteniendo todas las cosas que ahora niega. En lugar de las formas de antidemocracia de gerarquía que ahora proclama, el programa tenía un sabor extremadamente radical. Era una forma de colectivismo atenuado con proclamación de las ideas más extremas y reunió fácilmente a los jóvenes más entusiastas y descontentos de la guerra".

Algunas bellas páginas dedica Nitti para poner de relieve el fascismo como bolchevismo blanco y sus peligros para la paz, la libertad, y otras dedica al estudio de la reacción, y al socialismo como fenómeno histórico, a las exageraciones sobre el bolchevismo y la debilidad de las clases de reacción, y a varios otros puntos importantísimos de política y sociología, con la contribución de un conocimiento de los hombres y de una experiencia de los hechos, para los cuales sin hacer revelaciones de secretos diplomáticos, logra dar a las cosas descripciones, una fisonomía más viva, más concreta, más sugestiva.

El libro de Nitti es importante, y se lee con el más intenso interés porque es una requisitoria elocuentísima contra el espíritu de violencia predominante en algunos países europeos.

Bajo la apariencia dolorosa que domina en toda la requisitoria de Nitti, y frente a la constatación del decaimiento de Europa por falta de paz y de libertad, se insinúa un viso de esperanza, mejor dicho de certeza. No obstante el desatino de gente que ve la humanidad condenada a una perpétua lucha fratricida, de la que las vicisitudes de repiten con aspecto y suerte inmutables sin una posibilidad de una acción de superar y de liberación, el hecho es que en el mundo va constituyéndose una solidaridad siempre más extensa, cuya exacta sensación puede ser ofuscada por el resurgir, que la guerra ha producido, de sentimientos atávicos y de viejas ideologías, barnizadas con novedad de frases y de justificaciones doctrinarias pero que tendrá que hacer sentir (y no podrá no hacerlo) su admonición imperiosa y perentoria, si los hombres no quieren ser todos arrastrados en la vorágine de muerte que ellos confían de haber abierto, con ventaja propia, para la ruina exclusiva de sus enemigos...

El exámen crítico de los varios capítulos que constituyen esta importante obra sería aquí demasiado extenso. Envío sin más, los lectores al texto, tan rico de interés, ya que en las pocas líneas de esta nota objetiva no hubo posibilidad material de hacer un completo resumen.

Me agradecería sin embargo transcribir, en rápida síntesis, las profundas observaciones que Nitti hace en los cuatros últimos capítulos, pero arruinaría la belleza de aquellas páginas sin dar un adecuado concepto de su contenido. Y con esto hago punto final, invitando al lector a leer todas las páginas de esta obra de la cual aquí no he dado a conocer más que alguna línea general.

Oreste CIATTINO

FRAY MOCHO

Ha trasladado sus oficinas de
Dirección, Redacción y Administración, a su nuevo domicilio
situado en la calle
CERRITO 607

esquina a Tucumán
U. T. MAYO 1899

mado una atmósfera extraña que existe un quietismo que inclina a la aceptación de todas las instituciones que garantizan la conservación, y termina el breve capítulo poniendo de relieve el hecho que en un siglo hemos pasados de Lord Byron, pronto a morir por la libertad de un pueblo; de Garibaldi, siempre pronto a combatir por la libertad de todos los pueblos; de la maravillosa legión de los idealistas y de los románticos franceses, cada día más dispuestos a la realización de las más altas obras humanas; a los financiadores de las aventuras de reacción.

Este hecho Nitti ilustra serena y humanamente en las páginas siguientes al tratar de las consecuencias de la guerra y de la paz, y se pregunta con amargura: ¿Ha servido de algo la experiencia de la guerra? ¿Ha terminado el peligro de la diplomacia secreta? ¿No hay ya acciones individuales que temer? ¿No se establecen a pesar de la Sociedad de las Naciones, inteligencias y acuerdos que puedan preparar nuevas guerras?

Constatado que actualmente Europa experimenta un período de reacción, el autor pone de relieve que la generación que ha venido después de la guerra no parece tener el mismo culto a la libertad ni la misma fé en la democracia, pues nosotros estamos educados en la convicción de que la libertad no

sar en los acontecimientos y en los hombres, a los prodigiosos descubrimientos, a las glorias del siglo XIX.

Ningún siglo puede gloriarse de tantos descubrimientos como el siglo XIX: la locomotora, los buques a vapor, el telégrafo, los cables submarinos, el teléfono, el telégrafo sin hilos, los rayos Roetgen, el aire líquido, los prodigios de la mecánica y de la química industrial; se ha poblado América, colonizado Australia y Nueva Zelandia, penetrado el África y Asia en todas sus partes; agrandado el horizonte de la historia humana hasta la civilización de los antiguos egipcios de las Pirámides; se ha difundido la cultura y hecho accesible a todos con el libro barato, con las bibliotecas públicas, con la revista, con el periódico; se cuentan en el siglo XIX, pensadores y artistas como Darwin, Spencer, Marx, Byron, Heine, Víctor Hugo, Manzoni, Rossini, Wagner, Verdi, Canova, Vela, Segantini, Ibsen, Tolstoy — cito confusamente los primeros que me vienen a la memoria — y... cierro el paréntesis para volver al libro.

Nitti pasa en seguida a estudiar las causas crecientes de desorden, la crisis de los partidos liberales y sus causas, el nacionalismo como negación de la libertad y de la democracia, la reacción en Europa y la fiebre mediterránea de las dictaduras, la nueva forma de reac-

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Las cortinas de muselina u otras telas ligeras, que se usan en los dormitorios, deben lavarse con agua de alumbre. Este es el único medio de que no pierdan el color, y además se las convierte por ese medio en incombustibles. La proporción del alumbre ha de ser de unos 60 gramos, disueltos en 4 litros y medio de agua.

Los dolores reumáticos se curan, o por lo menos se calman mucho, con el siguiente remedio:

En poco más de un cuartillo de agua hirviendo se echa una onza de bicarbonato de sosa, y con una franela empapada en la disolución, lo más caliente que se pueda resistir, se frota la parte afectada varias veces, hasta que el dolor desaparezca.

Para dar brillantez y excelente pulimento al latón no hay nada mejor que una pasta hecha de parafina y polvo de esmeril, mezclados de modo que formen una masa de regular consistencia.

Con ella tarda bastante tiempo en deslustrarse el latón.

Lo mejor para limpiar los relojes de pared, lo mismo cuando ha entrado polvo en ellos que cuando se ha secado el aceite, es meter dentro un copo de algodón en rama empapado en parafina. Conviene, al hacer la operación, quitar el péndulo y dejar que el reloj marche como quiera.

La vapores de la parafina tienen efectos disolventes verdaderamente notables, como puede observarse mirando la basura que se deposita en seguida en la parte inferior del reloj.

Desde luego, no debe recomendarse la parafina como lubricante, porque en seguida se secarían las piezas; pero para limpiar, no hay nada que pueda superarla.

Curación de las quemaduras por medio de la glicerina. — Es, en efecto, esta sustancia, la más útil que hasta el día se conoce para aquellos accidentes. Bastará para esto aplicar sobre la quemadura una compresa o trapo de hilo empapado en glicerina.

Carteles impermeables. — Se mezcla agua de cola con óxido de cinc, greda o sulfato de barita, y se da al papel una mano de este flúido. En cuanto se haya secado se le da una mano de silicato de rosa con un poco de magnesia, y finalmente se deja el papel expuesto unos cuantos días a una temperatura de 410° centígrados próximamente.

Las hojas de papel preparadas de este modo, se pueden dejar dentro del agua, o expuestas largo tiempo a la humedad sin que se borre lo que tengan escrito o dibujado.

Para engomar las etiquetas cuando no se hayan de pegar en el momento, puede hacerse una goma que tiene la ventajosa propiedad de no enrollar el papel al secarse. La base de esta goma es la gelatina de

buena calidad puesta en remojo en agua durante una noche. De ella se toman 250 gramos y se funde al baño-maria. Después se añaden 50 partes de azúcar, 10 de glicerina y, por último, 125 partes de goma

arábiga disuelta por anticipado, en frío, en un poco de agua. Hay que añadir bastante agua, para que la preparación contenga, en total, un millar de partes. Se aplica al papel estando todavía tibia.

Cuando el almidón está caliente todavía se le echa un terroncito de alumbre y se mueve lentamente hasta la disolución. Un terrón de alumbre del tamaño de la yema del dedo meñique es la proporción para un litro de almidón. El alumbre impide que se agarren las planchas y los tejidos se conservan limpios más tiempo, porque quedan algo impermeabilizados.

El dorado galvanico se hace con el siguiente baño:

Cianuro de potasa		1 gramo
Fosfato de sosa		50 "
Bisulfato de sosa		15 "
Cloruro de oro		1,5 "
Agua		933 "

Se emplea a temperatura de 50° C., la intensidad de la corriente 0.20 ampére por decímetro cuadrado.

Para aleaciones de cobre se puede emplear la siguiente fórmula:

Cloruro de plata		70 gramos
Oxalato de potasa	..	100 "
Cloruro amónico		40 "
Cloruro de sodio		150 "
Agua		1.000 "

Hay otra solución, muy buena, pero venenosa, que se compone de:

Cianuro de potasa	..	60 gramos
Nitrato de plata		10 "
Agua destilada		1.000 "

Estos métodos producen un plateado de entonación amarillenta, el cual desaparece en gran parte frotando con "crémor tártaro".

Cemento instantáneo. — Se trata de una cola que puede servir para pegar y componer mil objetos menudos, de uso corriente. Se prepara cada vez que se necesita, porque es necesario aplicarla en caliente, en una cuchara de hierro o en un recipiente análogo, que permita fundir a la lumbre una pequeña cantidad.

El cemento en cuestión se compone de 4 ó 5 partes de resina, (ó mejor aún, de goma mastic) y de 1 parte de cera de abejas.

Es muy bueno para objetos de porcelana, pero debemos advertir que no sirve para objetos que hayan de estar expuestos a una temperatura muy elevada.

Las pieles blancas se limpian perfectamente y de un modo muy económico empleando la magnesia.

Con un cuarto de kilo hay más que suficiente para limpiar una piel, por grande que sea. La magnesia se pone en un recipiente bien limpio, se va cogiendo a puñados y se frota con ella la piel. Luego se sacude y se cepilla, y queda terminada la operación.

Muerte de María Estuardo

Estaba la Reina vestida de terciopelo negro: en la una mano llevaba un crucifijo, y en la otra un libro: del cuello pendiente una cruz y de la cinta un rosario. De esta manera salió a la sala, y subió en el tablado, con tan maravilloso esfuerzo, como si fuera a una gran fiesta y real convite. Subida en el tablado, volvió los ojos con gran gravedad y mesura y miró a la gente que estaba presente, que serían como trescientas personas, y hablóles de esta manera:

"Creo que entre tantos que aquí estáis presentes y véis este espectáculo lastimoso de una Reina de Francia y Escocia y heredera del reino de Inglaterra, habrá alguno que tenga compasión de mí y lllore este triste suceso, y dé verdadera relación a los ausentes de lo que aquí pasa. Aquí me han traído, siendo Reina ungida y soberana señora, y no sujeta a las leyes de este reino, para darme la muerte, porque siendo Reina, me fié de la fe y palabra de otra Reina que es mi tía. De dos delitos me acusan: el haber tratado de la muerte de la Reina, y haber procurado mi libertad. Mas por el paso en que estoy, y por aquel Señor que es Rey de los reyes y Supremo Juez de los vivos y de los muertos, que lo primero me levantan, y que ni ahora ni en algún tiempo jamás traté de la muerte de la Reina.

"Mi libertad he procurado y no veo que procurarla es crimen, pues soy libre y Reina y soberana señora. Pero, pues Dios nuestro Señor quiere que con esta muerte yo pague los pecados de mi vida que son muchos, y que muera porque soy católica, y que con mi ejemplo aprendan los hombres en qué paran los cetros y grandezas de este mundo, y entiendan bien cuán espantosa cosa es la herejía, yo acepto la muerte de muy buena voluntad, como enviada de la mano de tan buen Señor, y os pido y ruego a todos que aquí estáis y sois católicos, que rogéis a Dios por mí, y que me seáis testigos de esta verdad, y que muero en la comunión de la fe católica, apostólica y romana. Y protesto en esta última hora que la causa principal de haber procurado mi libertad ha sido el deseo y celo de restituir y ensalzar nuestra santa religión en esta desventurada isla, y si viviera muchos años, no dejara de procurarlo, aunque ellos no pudieran ser muchos por la poca salud y mucha flaqueza que tengo, como podéis ver, y así voy contenta, porque, habiendo de morir una muerte, muero por tan buena causa".

Acabado este razonamiento, se puso en oración con sus dos damas, hablando en latín con Dios. Llegóse un deán hereje, como quien la quería ayudar en su oración y disponerla para aquel paso; mas ella dió voces y dijo: "Callad, deán, que me turbáis, y no os quiero oír ni tener parte con vos". Después, el Conde de Kent la tornó a tentar y a desasosegar, burlándose del crucifijo que llevaba la Reina en la mano; pero no le valió, porque ella le tenía metido en su corazón. Y así dijo al Conde: "Justo es que el cristiano en todo tiempo, y más en el día de su muerte, traiga consigo el marco de su redención". Mostró otra vez deseo y ansia de algún sacerdote católico, y de nuevo se lo negaron. Tornó a repetir que era inocente; perdonó a todos sus enemigos; rogó por los que injustamente la habían condenado a muerte y particularmente por la reina de Inglaterra. Luego se presentó a la muerte, enclavados los ojos en el cielo, como arrobada y suspensa, con una magnanimidad y constancia admirable... Y como amaba lo que es eterno, y moría por la fe católica, no se enflaqueció ni turbó; antes con ánimo invencible, ella misma comenzó con sus propias manos a bajar el collar de su ropa para aparejar el cuello al golpe.

Una de sus damas le puso el velo delante de los ojos; y con esto, puesta de rodillas, continuó largo rato sus oraciones con grande afecto y amorosos suspiros a Dios... Dijo tres veces aquellas palabras: "In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum". Luego puso la cabeza sobre el madero, y el verdugo se la cortó con un hacha, unos dicen en dos, otros en tres golpes.

Voló el espíritu de la santa Reina, puro, y limpio y lavado con su sangre, al cielo, dejando al cuerpo su compañero, tendido en el suelo y revuelto en la misma sangre. Este fué el fin de María Estuardo, Reina de Escocia y Francia.

Pedro de RIVADENEIRA

Dorothy Sebastian, en peligro de muerte. — Cuando se estaba filmando una de las escenas de "El fantasma del mar", frente a San Pedro, en California, Dorothy Sebastian, la célebre como bonita protagonista de esa película estuvo a punto de perder la vida.

El velero "Villings" que se utilizó para la filmación de esa película tiene que ser volado con dinamita en una de las escenas finales del drama. Dorothy Sebastian, en ese momento tiene que saltar, en compañía de Ray Hallor, al mar. Sin embargo, como la escena no salió bien el primer momento, tuvo que repetirla. Los minutos que se perdieron en esa doble impresión, hizo que las llamas que empezaban a cubrir la cubierta del barco, por poco alcancen a la gentil artista, que si no hubiera sido por la sangre fría de su compañero y del director, hubiera, probablemente, perdido la vida.

Juan M. Stahl, nombra a Roy Fitzroy, su ayudante. — Juan M. Stahl, jefe de los directores de la compañía Tiffany Stahl, acaba de nombrar como ayudante suyo, a Roy Fitzroy.

Roy Fitzroy, es una gran adquisición para la Tiffany Stahl, por el prestigio que él ya se ha sabido conquistar y por el conocimiento perfecto que tiene de todo lo que se refiere a producción de películas de éxito.

Actividad del estudio de ediciones de la Corporación. — Desde el mes de Mayo, en que fué inaugurado el estudio de ediciones de la Corporación el trabajo no ha sido suspendido ni un solo minuto, y hasta la fecha ya se han filmado, 24 películas, las que serán exhibidas muy en breve en una presentación privada.

Entre los artistas que piensan trabajar en el De Forest Phonofilm se encuentran: la Bozán, la Merello, Caplán, Arata, Casaux, y posiblemente también Parravicini.

Con esos astros tan conocidos del público porteño y con los temas típicamente criollos que figurarán en la pantalla, el "De Forest Phonofilm" tendrá el éxito que lógicamente merece.

"El nudo corredizo". — Película recientemente estrenada por Max Glucksmann. — Un joven aparece, al iniciarse la acción de este film al lado de un cuerpo inánime y teniendo en sus manos un revólver humeante aún.

De esta escena impresionante parte el drama que desarrolla la película y en la que el famoso Richard Barthelmess realiza la más potente y bella creación de su brillante carrera, secundado por un grupo de excelentes actores, como son: Montagú Love, Alice Joyce, Lina Basquette y otros. El siguiente es su argumento: Nickie Elkins (Richard Barthelmess), joven e inexperto ha sido desviado de la buena senda por las malas compañías. En un cabaret, donde se reúne la pandilla de contrabandistas de alcohol que capitanea Buck Gordon (Montagú Love), Nickie mata de un balazo a éste. Detenido se rehúsa a decir una sola palabra sobre la causa que determinó el homicidio.

Nickie es condenado a muerte. Intercede en su favor la señora del gobernador del Estado. Todo es inútil: Nickie morirá sin confesar las causas.

Notas cinematográficas

Nickie, en su celda, recuerda lo ocurrido. Buck, le ha reconvenido por su actitud en cierto "negocio" de contrabando. Nickie resuelve abandonar la pandilla. Le conduce a ello, en primer término, el sincero amor que siente por Phyllis,

na de Films, acaba de estrenar, en su programa Extra Arte, la producción "Donde nacen las estrellas", dirigida por Frank O'Connor, e interpretada, en sus principales personajes por: Gertrude, Stuart, Holmes, Jack Richardson, Jack Ro-



Una nueva estrella de la constelación cinematográfica, que acaba de ingresar a las filas de la conocida productora FOX FILM y que, muy en breve, la veremos actuar en una serie de producciones extraordinarias.

MARY DUNCAN, que apenas cuenta 20 años, nació en Virginia y cursó sus estudios en la Universidad de Cornell de la cual egresó con un caudal de dotes que ha sabido aplicar a su arte interpretativo en la pantalla muda.

Hace poco pudo apreciarse su labor en su primer película conjuntamente con Antonio Moreno titulada "VEN A MI CASA", donde Mary Duncan desempeña un rol de regular importancia.

Su atrayente belleza, su talento y sus cualidades interpretativas le valieron un contrato con la Fox Film que por espacio de cinco años le otorga el privilegio de ser estrella en el elenco de tan poderosa empresa como lo es la Fox.

Curioso es citar que Mary Duncan no ha tenido que pasar los sinsabores y penurias de "Extra" como muchas otras miles de aspirantes a la gloria de la pantalla.

(Thelma Todd), una muchacha de la sociedad. Buck lo sabe y le odia por eso. La pandilla que capitanea Buck, tiene un encuentro con otros contrabandistas y Buck mata al jefe de éstos. Se hacen recaer las sospechas sobre Nickie.

Nickie llega a saber por boca del mismo Buck, por qué los delitos de éste quedan impunes: es hijo del gobernador del Estado.

Conoce, además, otra terrible verdad: él, Nickie, es hijo de la esposa del gobernador Nickie, rehusa a seguir perteneciendo a la pandilla de Buck.

Este le golpea brutalmente, y entonces ocurre el trágico hecho por el cual le condenan ahora a muerte.

De cómo Nickie, al fin, se libra de morir ejecutado, sin que haya pronunciado una sola palabra que pueda perjudicar la reputación de la madre, es una de las partes más dramáticas e interesantes del film.

"Donde nacen las estrellas". — La Corporación Argentino America-

bards y Collins Palmer. He aquí su asunto:

Polly Primrose (Gertrude Short) a pesar de su humilde condición, soñaba con llegar a ser una gran figura de la pantalla, cuya gloria eclipsara la de las más grandes actrices cinematográficas y aún teatrales.

Mientras se ocupa en los quehaceres domésticos, en una casa de pensión, ensaya poses que considera del mayor efecto, con gran decepción de Angel Witee comb, (Jason Robards), perdidamente enamorado de ella.

Polly, no obstante sus excentricidades, ama a Wicomb, más, sepáralos lo que ella llama "su arte".

Cierto día, mientras prepara el desayuno para los pensionistas, acierta a leer, en un viejo periódico, la noticia de un concurso de belleza celebrado en Hohokus, bajo los auspicios de la "escuela de Artistas de Hollywood, el que aún no se ha clausurado.

No poseyendo una fotografía digna de figurar en dicho concurso, y resuelta a tomar parte, vélese de una treta para robar a Lizzie Smith (Collins Palmer), pensionista de la casa, una de las suyas, y, previamente informada de que la joven no tomará parte en dicho concurso, envía su fotografía.

Dijérase que la población en masa habíase congregado para admirar, de cerca, a la belleza triunfante.

Entre los curiosos encuéntrase Lizzie. El jurado, presidido por Bertram Wallington Fairmont, de Hollywood, no satisfecho con las aspirantes presentadas al concurso, decide escoger entre las fotografías.

Polly, que ha llegado en retardo, se presenta en el preciso instante en que el juez pronuncia su nombre, más, no existiendo semejanza alguna entre ella y la fotografía, es igualmente rechazada. Reconocida Lizzie entre la concurrencia es unánimemente proclamada "Miss Hohokus".

Angel, que ha acompañado a Polly, ruégale una vez más que abandone tan descabellada idea, para unirse a él en matrimonio. No pudiendo conseguirlo, se dirige a Hollywood, a donde, a fuerza de sacrificios ha conseguido llegar Polly. Wicomb emplea el monto de una reciente herencia en la filmación de una película, imponiendo a sus asociados, la condición de que la estrella debe ser cierta joven llamada Polly Primrose, y que ignorará sus derechos sobre la película.

El día de la exhibición privada de dicho film el público ríe ruidosamente a causa de su nulidad. Polly huye de la sala, mientras Angel se marcha indignado, creyéndose defraudado en sus propósitos, invistiendo, con su auto, a la infeliz actriz. No obstante, el joven recibe un elevado ofrecimiento, solicitándole la actuación de la joven en otras producciones, pero ella, sintiéndose para siempre curada de su sed de gloria, manifiéstale que solo desea regresar con él a Hohokus, y ambos enamorados celebran la dicha de comprenderse mutuamente con un beso.

"El circo", nuevo film de Charlie Chaplin. — Acaba de estrenarse el nuevo film de Charlie Chaplin, titulado "El circo", y se dice que en él demuestra el célebre comediante mas talento que en ninguna de sus obras. El argumento es algo por este estilo.

Debido a un error la policía persigue a Charlie, que se refugia en la carpa de un circo. El público cree que es un clown y ríe de sus bufonadas. Luego aspira, a ser actor y debido a la enfermedad del hombre que camina por la cuerda tensa, Charlie se ofrece a sustituirlo. Le atan un alambre, para que no se caiga; el alambre se rompe, y Charlie queda suspendido en el aire, demasiado asustado para atreverse a dar otro paso. Como podéis imaginar, Charlie ha hecho un estudio de la psicología del miedo.

Charlie ha necesitado varios meses de ensayo para aprender a caminar sobre el alambre, y ahora lo hace con bastante perfección. El film hará desternillar de risa al público, pues es el que más se aproxima por su tipo a "Armas al hombro".

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

N.o 32 — CHARADA

Con CERO y CERO más N
un verbo has de componer,
que podrá, muy bien, leerse
al derecho y al revés.

N.o 33 — JEROGLIFICO

EL SOL

Una vieja - Un viejo
Un par de botines
viejos

N.o 34 — COMPRIMIDO

IIIM::
DDDKN
SO

N.o 35 — JEROGLIFICO



N.o 36 — CHARADA

Es una prima segunda
tanta segunda-primera.
Esto me dijo Facunda
camino de la pradera.

N.o 37 — COMPRIMIDO

SA

N.o 38 — CHARADA

Una vocal es mi prima
y la cuarta musical,
consonantes dos y tres
y un apellido el total.

N.o 39 — COMPRIMIDO

NOTA
UUU
ACIERTO

N.o 40 — JEROGLIFICO

AM 2E 0,5
0,5

N.o 41 — COMPRIMIDO

D BLE

N.o 42 — CHARADA

Primera: Letra griega.
Segunda: Nota Musical.
Tercera: Plural de otra nota.
Todo: En los edificios.

Soluciones del número anterior

- N.o 21—Galvanoplastia.
„ 22—Pericón.
„ 23—Fácil.
„ 24—Tomar te de arriba.
„ 25—Catalina.
„ 26—Merecidos.
„ 27—Cuatro veces despedidos.
„ 28—Escandaloso.
„ 29—Antecesor.
„ 30—Para internos.
„ 31—Consejos.

—Este tango, ¿quiere usted? —
preguntó Mauricio Dubreuil, incli-
nándose ante Elena Hervant.

Cuando la joven, dichosa por ver-
se invitada por él a bailar, se le-
vantó:

—¿Y si hablásemos? —prosiguió.

Ella rehusó:

—¡No! Baillemos.

—¿Por qué?

—¿Va usted a hacerme el amor?

—¿Le da a usted miedo?

—No quiero.

Mauricio la miró un instante y
gravemente dijo:

—Es serio.

Ella se ruborizó.

—Tenga usted cuidado.

—Le juro a usted que es muy se-
rio, Elena.

Ella se volvió hacia el joven.
Vió dos ojos que suplicaban, y va-
cillante, pues su amor se entregaba
públicamente, le dijo dándole la
mano.

—Depende, pues, de mí su feli-
cidad?

—Elena, la ado...

—¡Silencio! Si nos oyesen...

—Entonces, míreme usted. Há-
blarán mis ojos.

—He comprendido. He compren-
dido.

Y escapó.

Mauricio Dubreuil fué a sentar-
se en un saloncito, junto a una
mesa de "bridge". Estaba muy tran-
quilo. Se asombraba de la rapidez
de su noviazgo. "Hecho. Qué fácil
es". Sentía una vanidad satisfecha,
la alegría viva del triunfo, y, al
mismo tiempo, cierto pesar ante lo
irreparable. Después, ideas de or-
den, de fortuna, de lujo, desfilaron
ante su mente en un "carrousel"
tranquilizador y pomposo.

CUENTO BLANCO

Por Luis León Martín

Mauricio se levantó. Elena salía
con su madre. Se adelantó, y en
el vestíbulo ofreció a la joven su
salida de baile. Rápida, Elena se
volvió de espaldas. Mauricio con-
templó la línea delicada de sus
hombros, su espalda bien moldeada,
sus brazos torneados, encanta-
dores. Lentamente, con un gesto
protector y tierno, le colocó la sa-
lida de teatro. Ella se estremeció

bajo la caricia y alzó hacia él su
mirada, llena de amor y sumisión.
Mauricio comprendió que acaba-
ba de entregarle su alma. Sintió el
orgullo del amo y fué feliz.

Elena, un poco sentimental, ha-
bía ido a Versalles para confiar su
alegría a un paisaje amigo. Había
sido una noche un poco loca, llena

de esperanzas y promesas. La se-
ñora de Hervant condujo a su hija
al hotel de moda.

Era la hora del té. Junto a la
de Hervant, su hija, ausente, se
entregaba a su ensueño de amor.
Entró una joven, seguida de Mau-
ricio Dubreuil.

Elena palideció al verlo. Al prin-
cipio no comprendió; pero pasado
el aturdimiento pensó en la decla-
ración de la noche anterior y sintió
una gran vergüenza. Se sentía
disminuida, menos pura, por haber-
se confiado, y esta idea le causaba
un gran sufrimiento. Recordó su
felicidad de la víspera, y le pare-
ció que había caído muy bajo y que
todo era obscuridad en torno suyo.
Temió llorar, y reuniendo todo su
valor:

—¡Hace un calor aquí, madre!...

Se levantó y salió seguida de su
madre, que le preguntó en la calle:

—¿Has visto a Mauricio Du-
breuil?

Mauricio había visto a Elena.
En seguida comprendió que su ma-
trimonio se había deshecho. Y co-
mo en la alegría de la víspera, se
enorgulleció también ahora de per-
manecer impasible.

Camino de París, volaba el "au-
to". Mauricio, al volante, iba silen-
cioso.

Su amiga, conmovida por la ho-
ra y el paisaje, se acercó a Mauri-
cio cariñosa.

—¡Déjame en paz! —dijo él, re-
chazándola.

Porque en el fondo sentía un
gran despecho y se acusaba de tor-
pe.

EL METODO

El mancebo y los pájaros

Vió Gil de un árbol caer
"Cinco" pájaros, y todos
Corriendo por varios modos,
Los quiso a un tiempo coger.

—"Deja, buen Gil, de correr,
Pues no cogerás ninguno.
¿A qué tras "cinco" ¡importuno!
A un tiempo vas con ahínco,
Si para coger los "cinco"
Tienes que empezar por "uno"?

Ramón de CAMPOAMOR.

"Naranja en flor". — Los poemas de Blanca Lila.

Bien escogido está el título de "Naranja en flor", ese ramillete de fragantes poemas que Blanca Lila, la excelsa escritora paraguaya ha reunido en su reciente libro cuyos méritos la prensa extranjera elogia sin cesar.

Y en verdad, en este volumen de añoranzas juveniles todo culmina en la plenitud de la flor: cada parte que integra el libro es un *bonquet* fresco y lozano, es agua de manantial cristalino que corre libremente por las sinuosidades del cauce para aletargarse con los primeros velos crepusculares; la vida palpita en sus páginas con la intensa pujanza de la naturaleza, la juventud le presta su cálido ardor y el soplo de los recuerdos agita las viejas reminiscencias, como en un bosque el viento rumoroso las copas de los pinos sombríos.

Blanca Lila posee la rara virtud de decir las cosas emotivas con exquisita sensibilidad y mágica finura; su pluma asombrosamente ágil para el relato erótico, sabe trazar, sin esfuerzos vanos, imágenes rotundas de belleza incontestable: se diría que fuera escogiendo las palabras más dulces entre las más puras del lenguaje humano, para luego formar las primorosas frases que contienen la vehemencia amorosa de sus poemas.

En el alma de esta mujer ingenua y soñadora, que sin emplear el verso sabe hacer poesía con solo los recursos de la prosa, yo adivino en ella un caudal de riquezas naturales que emanan sutiles como una lluvia de lejanas recordaciones; y veo, también, la mano del artífice hilvanando las divinas cuentas de ese rosario que llevan en el corazón los espíritus selectos.

Observad en este cuadro místico que yo transcribo fragmentariamente por falta de espacio, pero que da una idea aproximada de su estilo, su forma y su valor; observad, digo, la suave melancolía que fluye de esta poética narración cuya escena litúrgica tiene lugar en la dulce penumbra de un templo solitario:

RESURRECCION

El templo está vacío. Una que otra devota penitente eleva sus plegarias en los rincones piadosos. Las voces del órgano, perdiendo sus formas sonoras, se disipan en la penumbra discreta del coro. El silencio ha extendido su manto sobre el recinto sagrado. Las bujías parpadean como luces misteriosas de otros mundos.

De labio a labio, el aire grave no lleva el rumor de una oración olvidada, ni las cuentas del rosario se desgranar cautelosamente, ni las hojas de los libros se mueven con cuidadosa atención.

A los pies del sagrario una rosa té se desvanece con languidez humana.

¿Qué de secretos saben las flores que en los jarrones chinoscos, en las salas a media luz, en los *toilettes* junto al rubí y a las perlas y al argentado reflejo de los espejos, en flexibles descalmientos y elegantes poses, se deshojan... entre tanto en los altares, recatadas devotas como almas que en el santuario se despojan de sus afectos terrenos,

permanecen dulcemente, ansiando morir con la pureza de una virgen!...

Los últimos rayos del poniente doran las altas vidrieras góticas y sobre un Cristo moribundo van a extinguirse, renovando el milagro de las sombras...

Y así como este ejemplo que acabo de citar y que muy bien podría servir de modelo para apreciar los quilates de su producción, así es el resto de su obra romántica cu-

tor de diversos volúmenes sobre bancos y finanzas, trata de todos los problemas argentinos relativos al crédito y a la moneda y plantea las reformas que son indispensables para que el país cuente con un organismo modernizado y reglado de acuerdo con las necesidades que exige el progreso actual. Las deducciones y los puntos de vista señalados, no se basan en teorizaciones abstractas sino en los hechos producidos y en los fenómenos some-

po el Catálogo de la Exposición y por ello la Comisión de Editores y Libreros argentinos solicita de todos los editores, así como de los autores que a la vez son editores de sus libros, que comuniquen a la Secretaría de dicha Comisión—Florida 359, Buenos Aires—el número de fichas que cada uno necesita para anotar cada libro que haya de enviarse a Madrid en su día.

Como los trabajos van muy adelantados, la Comisión ruega a Editores y Autores, pidan a la brevedad posible el número de fichas que precisen y se les enviarán a vuelta de correo.

"Tratado de Cooperación".—por Domingo Bórea.

En este grueso volumen, que se debe a un competente, no se sabe si admirar el orden, la claridad, la tracción completa, por cuanto el autor con mucha modestia manifieste en el prefacio que "otros autores de mucha mayor preparación y talento del que suscribe, publicarán tratados de cooperación aún más completos".

El trabajo del doctor Bórea, es el resultado, según su autor, de seis lustros de estudio, de observación, de práctica y de experimentación, sobre economía, administración y legislación agraria y cooperación y mutualidad, materias en las que el autor se ha especializado y que enseña y practica, en las Universidades Nacionales de Buenos Aires y La Plata y en el Ministerio de Agricultura de la Nación.

La obra da acabadamente lo que promete el título de la misma, ya que quien no se asuste de la mole del trabajo cerca de 700 págs. grandes, y llegue a la segunda parte se convence que no alcanzará a conocer sólo teóricamente lo que es la cooperación, sino que llegará a conocer lo que se hizo en materia de cooperativismo en la República Argentina.

Es sumamente interesante toda la primera parte, consagrada a exponer la teoría y la práctica de la cooperación; pero su interés crece en la segunda por su notable valor científico y social.

El autor, en la conclusión, como él la llama, hace estas consideraciones: "La mutualidad y el cooperativismo son factores esenciales en el progreso material y moral de una nación. Un mutualista, un cooperativista "puro", es un hombre de nobles sentimientos, no un sectario. Altruista, porque la mutualidad y el cooperativismo transforman progresivamente el egoísmo en altruismo, no en virtud de idealismos o razones de orden místico, sino por la conciencia de una rara y justa utilidad...

Advertimos, en fin, que es de la máxima importancia la estadística de las sociedades cooperativas establecidas en el país y la amplia bibliografía.

La obra del doctor Bórea es un trabajo apreciable bajo todos sus aspectos; pero el método, por el contenido, por la armonía de las partes, por la seriedad científica acoplada a una clara exposición.

O. C.

PAPEL Y TINTA

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E. Carrulla

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades internas

MEJICO 1360

Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Víctor Moraschi

OCULISTA

Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"

de 2 a 4 1/2

PARAGUAY, 1815

U. T. 7297 Juncal.

Dr. Eloy A. Escobar Bavió

Director de los Servicios Médicos del Jockey Club y del Círculo de la Prensa.

Atiende especialmente enfermedades del corazón, aorta y sangre.

Consultas: de 16 a 19 horas

CALLAO, 433, 1.º piso

U. T. Mayo 1828

Dr. Alberto T. Barragán

Dentista Cirujano

De 14 a 18 SAENZ PEÑA 216

U. T. 38, Mayo 6837

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor Sebilleau (París)

Consultas: de 2 a 4 p. m.

LIBERTAD 1375 U. T. 6854, Juncal

Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson

Matriz, ovarios y cirugía de señoras

Suipacha 27. U. T. Riv. 0500

Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano

Enfermedades de los ojos

Consultas de 14 a 18

SARMIENTO 735 U. T. 7385 Avda.

ya dulzura se impregna en nuestro espíritu conservando su inmaculada pureza y nítido esplendor.

En este libro cuyo estilo adquiere la sonora armonía de las confidencias y donde el ritmo acaricia el oído del lector, se palpa la belleza literaria en feliz consorcio con la inspiración. Yo al leerlo, por la noche, en la quietud de mi recinto, lejos del bullicio callejero que trastorna la paz hogareña, he experimentado los tiernos estremecimientos de la emoción más íntima; y es que "Naranja en flor", es un breviario espiritual para meditarlo en el silencio de las tardes agonizantes, o bien para leerlo en las playas marinas, ante el sublime misterio del cielo y del mar.

Ricardo ARAMBURU

"Ordenación monetaria argentina y programa bancario", por Gastón H. Lestard. — Editores Juan Roldán y Cía, Buenos Aires.

Esta nueva producción del autorizado financiero Sr. Lestard, au-

tidos a la prueba analítica de las demostraciones numéricas.

Es pues, "Ordenación Monetaria Argentina y Programa Bancario", un resumen hecho con criterio práctico, presentado en forma sintética, clara, que lleva al lector, de inmediato, una impresión sobre el estado general de toda economía bancaria y monetaria argentina y de sus imprescindibles reformas.

Es tema harto difícil el de este libro y requiere una persona versada en tales cuestiones para no caer en inexactitudes. La autoridad de Gastón H. Lestard es bien probada, por cuanto sus libros anteriores demostraron una competencia extraordinaria para abordar los estudios de los bancos, de las finanzas y de sus derivados.

La comisión de editores argentinos prepara las fichas para el catálogo de la Exposición del libro Argentino a celebrarse en Madrid.

El Comité Ejecutivo de la "Exposición del Libro Argentino en Madrid" desea preparar con tiem-

TEATRO Y CINE

Dígame lo que se quiera, la actualidad no es tan efímera o, de lo contrario, París no es tan parisién como se cree. Decimos esto, porque en un diario que se precia de bien informado como "L' Eclair", hemos leído hace pocos días una polémica del notable crítico André Norion contra un colega que no cita, acerca de la vieja cuestión sobre la supremacía del teatro o del cine. El tema lo considerábamos entre nosotros agotado, pero se ve que los problemas ideológicos, igual que las rencillas familiares, son susceptibles de reproducirse por cualquier futesa y, a veces, sin futesa alguna.

Pero ello es que el crítico francés no aporta en su cálido alegato ningún argumento nuevo a favor de su tesis teatralista. Las ideas son las mismas de siempre y si en todo ello hay alguna novedad es la de afirmar que en estos momentos el teatro francés sigue ocupando el primer lugar en el mundo.

Dejamos por cuenta del autor esta afirmación y ya que de cine y teatro se trata, nos parece discreto recordar que el asunto había quedado hace años resuelto en una forma salomónica y definitiva.

En efecto, sin tener en cuenta el permanente renacimiento del teatro francés, a pesar de los lamentables y aburridores espectáculos bataclánicos que se nos han ofrecido recientemente en un teatro de la calle Corrientes, habíamos quedado hace ya tiempo en que no era preciso que nadie muriera en esta pretendida guerra sin cuartel entre el teatro y el cine. No se trata de luchas encarnizadas, ni siquiera de actos de hostilidad entre ambas manifestaciones artísticas, sino de un pacífico turno de preferencias semejante al que en los menús ofrecen el corderito y el chanchito o el pejerrey y la brótola.

Nada de tragedias. El público no se preocupa de cuestiones de fondo, cuando de divertirse se trata. En tales casos, se limita a ir adonde le parece que va a pasarlo mejor, sea teatro o cine o cancha de football, que para todo hay en la viña del Señor.

Y lo mejor es que casi siempre prescindimos de la opinión de los críticos, incluso — ¡asómbrense ustedes! — del colaborador de "L' Eclair".

AL QUE NO QUIERE CALDO...

A estas horas debe de estar ya estrenada en el Liceo una pieza de Vicente G. Retta titulada "La taza de caldo". Sabemos que el autor ha tratado de hacerle el caldo gordo a la empresa, pero de todos modos siempre vendría a tonificar la temporada porque en estos días de frío a nadie le hace mal una taza de caldo.

Creemos, sin embargo, que la obra que nos ocupa sería más substancial si la hubiese escrito Schaeffer Gallo y no porque creamos más en este último autor, sino porque haciéndola él, siempre resultaría "La taza de caldo" de gallo, que es lo más parecido que conocemos a la taza de caldo de gallina, lo más substancial que darse puede.

EN EL NUEVO

Confirmado el éxito de "Próspero, che", esta pieza monopoliza el

cartel en yunta con "La calle Corrientes". El siempre divertido Casaux da vida en ambas piezas a los papeles de mayor importancia, logrando así acentuar su éxito en el público.

UN EMBAJADOR

QUE NO LLEGA

En el Smart se ha venido anunciando hace muchos días el estreno de una pieza titulada "Se necesita un embajador". No podemos darnos bien cuenta del para qué de esta necesidad de un embajador en el Smart, pero ello es que los anuncios se han prodigado sin que la pieza haya subido a escena hasta el momento. Estas cuestiones diplomáticas son siempre muy escabrosas y no hemos de ser nosotros los que metamos cizaña en el asunto, pero a fuer de sinceros no podemos silenciar nuestra opinión de que al Smart no le hace por el momento maldita la falta ningún embajador. Con "El teniente Peñaloza" y "Locos de remate", tiene Ruggero bastante para proseguir su temporada con toda felicidad, sin meterse en todos esos complicados líos que, como cajas de Pandora, encierran las cancelerías.

Y de paso consignemos que Vacarezza se está destacando como el autor del año en cantidad y calidad, pues con "El teniente Peñaloza" ha incorporado a los escenarios nacionales, uno de esos largos éxitos de los que él parece tener el secreto.

COMEDIA ITALIANA

Con aplauso ha sido recibida la compañía Menichelli-Migliari-Pescatori que cultivaba en el Politeama el teatro italiano contemporáneo, especialmente las producciones amenas o francamente cómicas, que son por el momento las que el público prefiere. "La serenata al viento", de Veneziani, que sirvió para el debut, ya dió la medida de la simpatía con que es recibido el trabajo de este excelente elenco, sostenida después por otras piezas tales como "Il paradiso sotto chiave", "I due signori della signora", "Mescalina", etc.

MUÑECOS

Muñecos y de ocasión, pero de muy buen resultado son los que ha presentado Martínez Cuitiño en el Nacional. La obra sigue gustando y en compañía de "El cadenero", que tira duro y parejo, llenan el cartel del teatro de Carcavallo y con él, la sala.

DOS ALTOS PERSONAJES

Dos héroes del martirologio civil llenan con su tragicómica vida la actualidad del Cómic. Son ellos "San Juan Moreira", cuya canonización han hecho en verso Retta y Paz y, por otra parte, un señor "Giacomo Mussolini" que triunfa ya como Mussolini, ya como ácrata. Uno y otro tipo son encarnados por Arata y el segundo es también "encarnado" por sus ideas.

Los dos cumplen su misión de entretener al público, teniendo el santo en su ventaja la de sus versos inspirados y correctos, cosa que no es frecuente ver por ahí.

TEATROS

DOÑA ANGELINA

El público, en discreto número, favorece los espectáculos del Ideal, tanto en las obras de carácter infantil, esto es, las dedicadas a la gente menuda, como en aquellas que, como "La ley de las madres", son para mayores. Es, pues, la temporada de la Pagano bastante afortunada.

Como novedades prepara una pieza de Elías Castelnuovo, autor de vanguardia, que será el próximo estreno, y otra de Leónidas Barletta.

PEPE GOMEZ

Exhumó de sus archivos la compañía del Ateneo, la romántica obra de Octavio Feuillet, "La novela de un joven pobre", que hacía mucho no asomaba al balcón de las carteleras nacionales.

Tanto Gómez como la Bernal, primeras figuras del elenco, a cargo de importantes papeles, fueron aplaudidos por el público.

MEXICO EN BUENOS AIRES

En el Avenida, sala donde ahora se pasan películas españolas, se anuncia la presentación, para los primeros días de agosto, de una compañía mexicana de la que será primera actriz la Sra. María Montoya, que según los telegramas viene realizando una "tournée" artística por América con buen éxito, al frente de un discretísimo elenco.

EN LA COMEDIA CONOCE

REMOS LA FELICIDAD...

...y seguramente en compañía de muchos, pues la felicidad es el pájaro azul que perseguimos todos. De Rosas, la Rivera y Eva Franco, triángulo artístico insuperable, después de tanto "Querer" se van acercando a la felicidad, si es que al salir este número no han llegado ya a ella.

"La comedia de la felicidad", obra del autor ruso Nicolás Evreinoff, ha sido dada a conocer hace poco en Madrid y París con gran éxito. Se dice que es un trabajo de grandes méritos y en la Comedia esperan que interesará mucho. Así sea.

ZARZUELA EN EL SAN MARTIN

Para el 27 del actual, se anuncia el debut de la compañía española de Casenave y Barreta en el San Martín, que anda cultivando la zarzuela por provincias.

REAPARECIO PERDIGUERO

Apenas una semana estuvo el Mayo inactivo, mejor dicho, vacante. La compañía Díaz-Perdiguero, convenientemente reorganizada para representar teatro cómico, "irrumpió" nuevamente en su escenario familiar, ante una sala totalmente llena que renovó sus manifestaciones de simpatía a las figuras que encabezan el cartel. Una novedad absoluta, "Adiós, Facundo", pieza festiva de Ramiro Ruiz y Francisco Loygorri, era la principal atracción del debut.

Se trata de un "disparate cómico", según aparece clasificado, de fábula vieja, pero no exento de gracia en muchas escenas, que el público celebró con ruidosas carcajadas. Bien ensayada, la pieza se

interpretó con agilidad, destacándose las principales elementos de la compañía.

LA PIROTECNIA DE PARRA

Parravicini ha desempeñado en escena infinidad de oficios, desde los más humildes hasta los encoquetados. Pero pocos le dieron tanto prestigio como el de fabricante de fuegos artificiales, bien que en lenguaje figurado se puede decir que todos los fuegos escénicos son artificiales. Con la pieza cómica "En Villa Bonete ha sonado un cohete", estrenada hace más de un mes, el descacharrante actor viene haciendo estallar petardos de risa por el Argentino, logrando que se rían hasta los acomodadores. ¿Cuándo se estrenará el "barón" de Hicken? Chi lo sa...

MUÑO

Renovó parte de su cartel la compañía del Buenos Aires, estrenando la pieza de Pico, "Trigo guacho", la que comentaremos en otra edición.

PARADOJAS TEATRALES

En pleno invierno, se ha presentado en el teatro de Verano una compañía bataclánica, esto es de desnudos más o menos artísticos. Los pilotos de la polar excursión escénica son los ardientes autores Mario Bellini y Raúl Doblas, dos expertos exploradores teatrales de las regiones árticas de la Capital. Pero no hay que confiar mucho ni en la capacidad técnica ni en la audacia de los pilotos, ya que el ejemplo de Nóbile está fresco aún en la memoria. Nuestro voto porque no se hielen las pantorrillas de las bataclanas...

BELTRAN, ORADOR

POLIEDRICO

Oscar R. Beltrán, que además de autor aplaudido, es abogado, cateórico, novelista, poeta, político y periodista, en materia de oratoria es un poliedro. Con efecto; Beltrán lo mismo habla de la excelencia del partido al que pertenece, que pronuncia una conferencia sobre el amor en las comedias, que improvisa, a pedido general, sobre tópicos nipones, germánicos o abisinios, y siempre con palabra fácil, galana y clara. Ultimamente, en un banquete, después de derramar tres frascos de sal (sal de mesa), el simpático escritor dejó boquiabiertos a los comensales hablando de las costumbres niponas, relatadas con tanta prolijidad que un escucha preguntó "sotto voce": "¿Es japonés ese señor?"

GRAND SPLENDID

En el programa de la semana se involucran admirables películas, que atraerán, como siempre, a las familias más selectas de nuestra sociedad, convirtiendo las funciones en verdaderas reuniones sociales.

GLORIA

Bonitas películas serán exhibidas en estos días en el acreditado salón de la avenida de Mayo, diariamente muy frecuentado por el público.

CAPITOL

Con creciente éxito desarrolla su temporada este cine que es favorito de muchas familias. Nuevas cintas de mérito se pasarán en la semana.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1 — Traje de crespón Georgette color gris, trabajado con calados y cordoncillos plata. — 2 — Traje formando conjunto con el abrigo de kasha beige, confeccionado en crespón-satén beige, empleando ambos lados y adornado con nervaduras. — 3 — Traje de noche para joven, ejecutado en crespón Georgette color blanco, adornado con grupos de pliegues nervaduras; cascada de crespón a un costado y motivos de bisutería en el talle. — 4 — Modelo Rolande. — Traje para la noche, confeccionado en moiré de seda color rosa, con botoncitos de acero.

"Mi único y exclusivo cigarrillo"



No hay otro
que satisfaga
tanto como un
Camel

MFD by R.J. REYNOLDS TOBACCO CO.
Unicos Agentes MASSALIN & CELASCO
TAGUARI 560. Bs. Aires.